

ABBY BAKKER

**AL MAL  
TIEMPO  
BUENA  
CARA**

**D.J.57**

**Click**  
EDICIONES

# Índice

Dedicatoria

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Capítulo XX

Capítulo XXI

Capítulo XXII

Capítulo XXIII

Capítulo XXIV

Capítulo XXV

Capítulo XXVI

Capítulo XXVII

Capítulo XXVIII

Notas

Créditos

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

*Para mi madre y mi abuela,  
por tantas cosas que, para enumerarlas todas,  
necesitaría más de las que tiene este libro.*

# I

Las enormes ruedas del tren de aterrizaje del avión procedente de Milán golpearon con fuerza el suelo sacudiendo todo el aparato. Antes de que las azafatas se levantaran de sus lugares y las lucecillas del techo dieran permiso a los pasajeros para desabrocharse los cinturones, ya se habían escuchado más de un centenar de chasquidos metálicos. Todos tenían prisa por desembarcar y seguir con sus ajetreadas vidas. Pero la más rápida fue una mujer, cuyos tacones enseguida pisaron la moqueta del pasillo avanzando velozmente, pero con estilo, hacia la salida en el morro del avión. Esa mujer es Lucía, nuestra protagonista, una experta en arte que viaja en avión como el que lo hace en autobús para recorrer más de medio mundo ofreciendo sus servicios a los más importantes coleccionistas internacionales. Después de una rápida visita a Milán para tasar un par de obras de arte que un ricachón tenía expuestas en su mansión del lago Como, Lucía regresaba a su ciudad, Barcelona, para descansar. Aunque no lo pareciera.

Con una habilidad ganada gracias a años y años yendo de rebajas, Lucía pudo esquivar a las dos primeras azafatas que intentaron parar sus elegantemente ataviados pies, antes de que la tercera le bloqueara el paso en la puerta de salida.

—Por favor, regrese a su asiento hasta que la maniobra de aterrizaje se haya completado —le pidió amablemente, aunque ya tenía las piernas firmemente apuntaladas en el suelo y las manos se agarraban con fuerza al marco de la puerta.

—¿Perdona? —exclamó Lucía ladeando la cabeza y poniendo cara de asco.

—Le pido que se siente, señorita —insistió la azafata.

—¿Por? —preguntó la mujer sin borrar aquella expresión de asco de su cara.

—Para poder mantener la seguridad dentro de la cabina durante la maniobra de aterrizaje.

—No me vengas con tecnicismos de manual, sé de sobra que podríamos viajar de pie sin ningún problema. Así que déjame pasar.

La azafata empezaba a cansarse de aquella sabelotodo que se creía la reina del mundo por llevar ropa que valía mucho más dinero que todo lo que ella

podiera tener en su armario. La miró inquisitivamente mientras empezaba a andar con la esperanza de que la otra cediera.

—Si sigue comportándose inadecuadamente, me veré obligada a llamar a seguridad en cuanto lleguemos al aeropuerto y...

Pero antes de que pudiera completar la frase, Lucía, que no se había movido ni un centímetro, la interrumpió.

—¿Tú y cuántos más?!

Aquello hizo rebotar la paciencia de la azafata, que no dudó en llamar a seguridad en cuanto la puerta del avión se abrió. Al cabo de pocos segundos llegaron dos hombres de casi dos metros de alto y de ancho, con cara de malas pulgas y vestidos de un horrible color marrón, y se llevaron detenida a Lucía mientras algún atrevido pasajero los abucheaba.

Tras hacerla andar a trompicones y sin dejar de protestar por más de media terminal, el singular trío llegó a la oficina de seguridad, un pequeño cuchitril de paredes de pladur pintadas de un apagado color gris capaz de deprimir a la persona más alegre del mundo.

—Hemos llegado —anunció uno de los hombres con una sorprendente y graciosa voz aguda—, no se mueva...

Y antes de que la mujer protestara por enésima vez, levantó el dedo índice a modo de advertencia:

—Y sin decir nada.

Lucía, que no quería luchar cuerpo a cuerpo con aquel par de hombretones, ladeó la cadera y cruzó los brazos sobre su pecho expresando sus protestas a través de una mirada de superioridad.

Pero en cuanto ambos se dieron la vuelta para hablar con la anodina mujer sentada al otro lado del mostrador, no dudó en empezar a correr. Sin embargo, apenas había abierto la puerta de aquel horrible lugar cuando cuatro manos la cazaron al vuelo y la arrastraron de nuevo a aquel infierno gris.

—¡No saben con quién están tratando! —exclamó mientras la llevaban en volandas hacia el interior de la oficina de seguridad y la encerraban en un cuartucho de apenas cuatro metros cuadrados, cuya única decoración eran una silla y una mesa del mismo color de las paredes—. ¡Cuando mi padre se entere ya no serán tan duros! —dijo aporreando con fuerza la puerta—. ¡Mierda! —y miró su mano derecha: la uña del pulgar mostraba una horrible grieta.

Tras dos horas que parecieron dos días dentro de aquella habitación, la puerta se abrió y apareció Eduardo del Castillo, el atractivo ayudante de su padre que le tiraba los tejos desde que la conocía.

—Aquí está tu caballero de brillante armadura —anunció hinchando el pecho.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó ella completamente avergonzada—. Eduardo, por Dios, cállate.

—Edu, te he dicho mil veces que me llames Edu, creía que entre nosotros había confianza —dijo él mostrando su mejor sonrisa.

—Precisamente es eso lo que pretendo evitar —respondió Lucía mientras salía de lo que había sido su hogar durante las dos últimas horas—, tener confianza contigo.

—Muy graciosa, sé que me adoras.

La mujer lo miró de reojo. La verdad era que lo detestaba con toda el alma, y más cuando sus padres no hacían otra cosa que intentar emparejarla con él. Incluso el hecho de que él, en lugar de su padre, se presentara en el aeropuerto para sacarle las castañas del fuego no podía ser más que una estratagema de su querido papá para que la mayor de sus hijas por fin se casara.

Caminaron por unos cuantos pasillos llenos de gente, que Lucía creía que eran plenamente conscientes del numerito que había montado en el avión, mientras Eduardo no paraba de vanagloriarse de la jugada con la que había logrado sacarla de allí en tan solo dos horas y le lamía el culo diciendo que hubiera actuado igual que ella. Y por fin pudo respirar el aire libre de la calle. Inspiró y espiró profundamente, como si aquellas dos horas de detención hubieran sido dos largos años de trabajos forzados en una mina.

Sin hacer caso de lo que el pesado de Eduardo le estaba contando, Lucía aceleró el paso hacia la parada de taxis y, sin preguntar a cuál de ellos le tocaba salir, se puso al frente de la cola de futuros clientes y abrió la puerta del primero que vio.

—A la calle...

—Oiga, señorita —empezó a decir el taxista con la boca llena, mientras sostenía en sus manos un descomunal bocadillo del que se desparramaban lonchas de jamón serrano—, debe hacer cola como todo el mundo y subir al taxi que le toque. ¿Qué quiere, que el sindicato me parta las piernas?

—Me da absolutamente igual lo que haga el sindicato con sus piernas —respondió ella sin mirarlo, mientras observaba cómo la gente de la cola empezaba a protestar a gritos—, lléveme a la calle...

—No la pienso llevar a ningún sitio —dijo el taxista tragando con fuerza el pedazo de bocadillo que tenía en la boca—, así que bájese y...

Antes de que la sangre llegara al río, la puerta trasera del taxi se abrió y Eduardo hizo acto de presencia.

—Discúlpela, ha tenido un viaje horrible y solo desea llegar a casa —dijo mostrando aquella sonrisa tan entrenada. Vamos, cariño, regresemos a casa.

Lucía, maldiciendo a su supuesto amigo para sus adentros, bajó del taxi oyendo como la gente de la cola la abucheaba y se dejó llevar de la mano.

—Hoy estás peleona —bromeó Eduardo mientras iban hacia el aparcamiento—. Ven, he traído el coche.

Cuando llegaron, sacó el mando a distancia de su coche, apretó un botón y las luces de un Audi azul marino parpadearon. Eduardo se adelantó y abrió la puerta del acompañante con su amplia sonrisa, pero antes de que llegara a su asiento Lucía se acercó a él.

—Como vuelvas a llamarme cariño descubrirás qué fácil me resulta hacer que dejes de sonreír —le amenazó mostrándole una temible mueca.

Eduardo comprendió que Lucía no estaba para bromas y que aquel no era el mejor día para conquistarla, así que el viaje hasta la ciudad fue extremadamente silencioso, sobre todo cuando él quiso encender la radio y ella le lanzó una mirada completamente indescriptible de odio e ira. La verdad era que, a pesar de conocerla desde hacía años, no la comprendía. Él era encantador, siempre la recibía con una sonrisa y un cumplido, pero ella siempre le correspondía con un insulto, una amenaza o un respingo que no se merecía, más cuando sus padres le aseguraban que estaba perdidamente enamorada de él. ¿Se estarían equivocando sus futuros suegros? En absoluto, era normal que Lucía sintiera algo así por él, Eduardo del Castillo era el mejor partido: joven, guapo, encantador, con un trabajo con futuro, mucho dinero y, además, amigo de su padre. ¿Qué más podía pedir?

Tras esta reflexión, para la que necesitó invertir todo el potencial que le ofrecía su cerebro, empezó a imaginarse cómo sería su vida junto a la bella y sofisticada Lucía, cómo podría compartir los momentos más especiales de su vida con ella, cómo ascendería de forma vertiginosa gracias a su suegro, cómo... Y antes de que pudiera seguir soñando despierto había llegado ante la casa de Lucía.

—Ya estamos —anunció felizmente, esperando algún tipo de compensación por haberla salvado. Pero antes de que hubiera conseguido mostrar su inimitable sonrisa una vez más, Lucía había bajado del coche y cerrado la puerta del acompañante sin tan siquiera mirar a su chófer. Lo único que pudo ver Eduardo fueron sus piernas subiendo los peldaños de acceso al edificio en el que vivía.

—¡Qué mujer! —dijo suspirando—. Debe ser mía.

Completamente agotada por la experiencia vivida en el aeropuerto y horriblemente asqueada por la simple presencia de Eduardo, Lucía se encaminó a la entrada y, por primera vez en todo el día, notó una sensación de alivio al sentirse tan cerca de su casa y del merecido descanso. Subió los seis escalones que había justo después de la puerta de acceso a la finca, cruzó el camino de

baldosas de mármol bordeado por césped recién cortado y entró al vestíbulo del edificio. Aunque no era nuevo, hacía poco que lo habían remodelado por completo y del pasado ya solo conservaba su diseño externo al más puro estilo art déco. El interior, completamente funcional, impolutamente blanco, tenía ese toque industrial que tanto gustaba últimamente. Era un edificio tan moderno que se había decidido prescindir del portero y sustituirlo por un centenar de cámaras de vigilancia, un conducto para deshacerse de la basura y un jardinero que trabajaba unas pocas horas. Todo lo más eficiente del mundo.

Lucía cruzó el vestíbulo, llamó al ascensor y esperó arreglándose el peinado gracias al reflejo que le ofrecía la puerta metálica. Pocos segundos después se oyó el sonido de una campanilla, y su espejo improvisado se partió por la mitad dándole acceso al interior del ascensor. Entró, pulsó el botón del ático y esperó a que una voz robótica le anunciara que había llegado. Las puertas se abrieron pausadamente, salió al rellano y torció a la derecha.

Pero incluso antes de llamar al timbre, la puerta se abrió y tras ella apareció una mujer de no más de sesenta años, tampoco muy alta, con el pelo corto y teñido de pelirrojo y una mirada penetrante. Cualquiera hubiera dicho que era su madre, pero en realidad se trataba de Teresa, su criada.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó sorprendida la mujer sin dejar pasar a Lucía.

Ante aquella pregunta cualquier jefe hubiera podido despedir a su empleado, pero este caso era distinto. Teresa la conocía desde que era pequeña, tan pequeña que Lucía no llegaba a recordar el día que aquella mujer había entrado en su vida. Teresa se había hecho cargo de ella y de su hermana como si de sus hijas se tratara, y cuando Lucía abandonó el nido paterno, sus padres pidieron a Teresa que se fuera con ella. La mujer había aceptado con un modesto «Claro que iré, sin mí no podrías seguir adelante».

—¿Alguna novedad? —preguntó Lucía queriendo eludir la inquisitiva pregunta mientras entraba en su piso.

—¿Qué tal que te han detenido en el aeropuerto? —respondió Teresa sarcásticamente.

Lucía no respondió, tan solo la miró con la esperanza de que comprendiera que no tenía ganas de hablar de su reciente altercado.

—Bueno, sí —respondió por fin la mujer tras unos segundos durante los cuales se examinaron mutuamente con la mirada—. Tu hermana se ha independizado.

—¡Ah, sí! ¡Por fin! —exclamó Lucía— ¿Dónde va a vivir? Espero que en Pedralbes o Sant Gervasi...

—Aquí —respondió Teresa con desgana.

—Odiaría tener que ir a otro lugar que no fuera... —Lucía continuó sin prestar atención, hasta que se dio cuenta de lo que acababa de oír—. Perdona, ¿qué?

—Que ha venido a vivir aquí —repitió Teresa.

—¿Cómo?!

## II

—Esto no es independizarte —exclamó Lucía—, sigues dependiendo de alguien.

—Como tú dependes de papá —protestó Claudia.

—No es verdad.

—Pero si vives a dos pasos de él.

—Igual que tú ahora —a Lucía solo le faltó sacar la lengua para acabar de adornar aquella discusión infantil que había entablado con su hermana desde que había cruzado la puerta y Teresa le había dado la «agradable» sorpresa.

El problema de Lucía con el cambio de dirección de su hermana no era tanto el hecho de compartir piso con ella, algo que preocupaba más a Teresa, que tendría que aguantar a las dos juntas. Era que Claudia había conseguido trabajo gracias a su hermana mayor, que la contrató en su agencia de tasación de arte con la esperanza de que por fin se fuera de casa de sus padres y empezara una nueva vida. Ahora iba a soportar a su hermana en el trabajo y en casa, día y noche, constantemente.

—Ya que cobras un sueldo, ¿por qué no buscas tu propio piso? —propuso Lucía en tono conciliador.

—Porque con lo que me pagas no puedo vivir ni en Sarrià —protestó Claudia.

—¡Serás mentirosa! —exclamó Lucía lanzándose contra su hermana.

En pocos segundos, ambas quedaron enzarzadas en una pelea de arañazos, tirones de cabello y mordiscos en las orejas, hasta que Teresa no pudo más.

—¡Basta ya! —gritó.

Las dos hermanas se quedaron completamente quietas en la última posición en la que estaban, Lucía cogiendo del pelo a Claudia, y esta pellizcándole los brazos.

—Parecéis crías —siguió Teresa—, a vuestra edad y todavía os peleáis como cuando teníais diez años. Lo único que ahora, en lugar de llevar el chándal del colegio usáis vestidos de Chanel.

—El mío es de Prada... —respondió Claudia ofendida.

—¡Me da igual! —la hizo callar Teresa—. Está claro que Lucía te paga bien, así que en cuanto puedas te buscarás un piso donde sea.

Lucía rio malévolamente mientras soltaba el pelo de su hermana.

—Mientras, te quedarás aquí con ella.

Claudia miró a su hermana y le sonrió con soberbia.

Ambas se levantaron del suelo, se alisaron el vestido y empezaron una feroz batalla para arreglarse el peinado.

—Pero, Teresa, tú no podrás estar en casa de las dos —reflexionó Claudia mientras daba los últimos toques a su flequillo.

—Es que no voy a estar en casa de ninguna de las dos —respondió la mujer tranquilamente.

—¿Cómo? —Lucía sentía como su mundo se desmoronaba.

—Vuestros padres me han ofrecido volver con ellos a tiempo parcial, así tendré tiempo de estar con mis nietos.

—¿Tienes nietos? —preguntó Lucía.

—¿Tienes hijos? —preguntó Claudia.

Teresa las miró completamente indignada, pero prefirió no decir nada y dejar por imposible a las dos hermanas. Ella había luchado todo lo que había podido para que ambas fueran mujeres independientes, pero sus padres no paraban de malcriarlas, así que tampoco era tan extraño que se mostraran tan desconsideradas.

—¿Y quién lavará la ropa? —preguntó Lucía completamente desamparada.

—Tú —respondió Teresa.

—¿Y quién planchará?

—Tú —repitió.

—¿Y quién preparará la comida? —siguió Lucía.

—Tú —volvió a decir señalándola con el dedo.

—¿Y la basura? ¿Y el suelo? ¿Y las ventanas?

—¿Y los baños? —Claudia, con cara de asco, completó las preguntas.

—Vosotras —respondió Teresa—, lo haréis vosotras.

—¡Ah, no! —exclamó Claudia—. Yo regreso con papá y mamá.

—Ni se te ocurra, tú de aquí no te vas —la amenazó Lucía—. Tú te quedas aquí, ¿verdad que querías independizarte? Pues toma independencia.

Ante tal noticia, Claudia puso cara de pánico e intentó negociar con Teresa para que se quedara con ellas hasta el fin de los tiempos, luego solo unos años, o unos meses, o unos días...

—¿O unas horas? —dijo sollozando.

—No, a finales de este mes me voy —sentenció Teresa.

—Pero ¡si solo faltan quince días!

—Lo sé, pero la vida es así, chicas.

Entonces miró el reloj que llevaba en la muñeca y se dio cuenta de la hora.

—¡Madre mía! ¡Qué tarde es! —exclamó—. Voy a prepararos la comida. Y si no queréis moriros de hambre cuando me vaya, mejor será que vengáis a ayudarme, que no sabéis ni freír un huevo.

—Uy, no —respondió Lucía con cara de cansancio—, tengo que deshacer la maleta y descansar del viaje y...

—Yo es que... —empezó a excusarse Claudia.

Antes de que pudieran decir nada más, Teresa les dio la espalda y se fue a la cocina. Eran dos irresponsables, pero con el tiempo conseguirían hacerse la comida por ellas mismas. O eso esperaba.

\* \* \*

—No me puedo creer que Teresa se vaya —dijo Claudia.

—Ni yo —respondió tristemente Lucía.

Las dos hermanas estaban sentadas en la parte de atrás de un taxi sin saber qué decirse después de la terrible noticia que les había dado Teresa. El vehículo las llevaba hasta la agencia de tasación de Lucía, en la Diagonal, casi en la esquina con Balmes, cerca del Círculo Equestre.

—¿Qué haremos? —preguntó Claudia.

—No sé —respondió Lucía viendo como el taxi reducía la velocidad y se detenía justo delante de su oficina.

Lucía pagó, ambas bajaron del taxi, dieron dos pasos y entraron por la vieja puerta de hierro forjado del edificio. Sin decirse ni una sola palabra, tomaron el ascensor que las llevó hasta el tercero, donde bajaron y pulsaron el timbre de la única puerta que había en ese piso. Al cabo de unos segundos una chica morena, pequeña y de la edad de Claudia les abrió la puerta.

—Buenas tardes —las saludó.

—Hola, Berta —dijo Lucía con una pobre sonrisa, intentando recuperar el ánimo.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó Berta amablemente—. Suponía que vendrías antes de comer.

—El viaje bien, pero me han detenido en el aeropuerto.

—¿Que te han qué? —preguntó la otra mientras empezaba a reír—. ¿Por?

—Por encararme con una azafata.

—Sí, señor. ¡Viva la revolución! —gritó Berta llevada por un falso entusiasmo alborotador mientras las tres entraban en la oficina y cerraban la

puerta.

Berta era una recién licenciada en Historia del Arte y se había especializado en museología. A pesar de las diferencias entre ellas, era lo más parecido a una amiga que tenía. No es que no tuviera otras, sino que se había dado cuenta de que las demás eran como su hermana, con la que era imposible sincerarse sin que perdiera el hilo de la conversación. En cambio, con Berta era distinto, siempre la escuchaba y le daba buenos consejos, aun siendo más joven que ella y con un concepto tan diferente de la vida.

La oficina de la Agencia ARS era un espacio muy amplio y funcional, formado por la unión de las dos viviendas que habían convivido en aquel rellano, reconvertidas ahora en una amplia recepción, dos despachos, una sala de reuniones y un pequeño almacén aclimatado para poder guardar alguna obra de arte temporalmente mientras era tasada. La recepción, de la que se encargaba Claudia, era un espacioso escritorio a dos alturas encarado a la puerta principal, con varias butacas enfrente, a modo de sala de espera, y una pared translúcida a su espalda en la que podía ver el enorme logo de la agencia. Tras esta pared, una galería hacía las veces de pasillo y área de descanso, donde se habían instalado una máquina de café Nespresso y una nevera. Hacia la derecha estaban el despacho de Berta y la sala de reuniones, y hacia la izquierda el despacho más grande, el de Lucía, que daba acceso al almacén que, en aquellos momentos, se encontraba vacío.

Mientras Claudia se acomodaba en su escritorio, Lucía y Berta se dirigieron a la galería.

—¿Cómo está el tema de aquel Turner? —preguntó Lucía mientras dejaba el bolso al lado de la cafetera y pulsaba los botones dispuesta a obtener un buen chorro de energía.

—No muy bien, la verdad —empezó Berta—, el propietario nos ha enviado las imágenes y todo apunta a que es real. Si se tratara de una falsificación o del trabajo de un discípulo misterioso, estaría muy bien hecho. El trazo parece el mismo, la firma es perfecta y el tratamiento del color deja lugar a pocas dudas, pero sin el original es muy complicado dar una sentencia definitiva.

—Comprendo —respondió Lucía sorbiendo su café recién hecho—. ¿Dónde vivía el propietario?

—Múnich.

—Genial —exclamó Lucía con desgana—, debo planear un viaje a Baviera a mitad del mes que viene.

Berta sonrió, estaba claro que su amiga no estaba de humor, así que prefirió buscar una solución más práctica.

—Lo que podemos hacer es darle unas cuantas largas con la excusa de que necesitamos ver el cuadro en directo, y así retrasar el tema unas cuantas semanas más.

—Perfecto —respondió Lucía cogiendo el bolso y llevándose el café a su despacho sin seguir la conversación.

Ni corta ni perezosa, Berta, que percibió que a su jefa le ocurría algo, le siguió los pasos hasta su despacho.

—¿Qué pasa? —preguntó de forma desagradable Lucía mientras se sentaba tras su escritorio.

—¿Todo bien en Milán? —inquirió la otra intentando discernir dónde estaba el problema de Lucía.

—Sí, sí —respondió—, la hemos clavado, los dos eran copias de los originales, no valen ni la tela en la que están pintados.

Berta levantó los pulgares de ambas manos con un profundo sentimiento de victoria, pero no dijo nada.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Lucía sin entender qué quería Berta, que seguía allí de pie en mitad de su despacho.

—¿Qué te pasa a ti, borde? Que llevas una cara que asustaría hasta al mejor de tus amigos.

—Nada, cosas de casa.

—Por eso parece que vengáis de un entierro, ¿no?

Lucía la observó sosteniendo la tacita de café con ambas manos. Después de darle muchas y rápidas vueltas a la cabeza, al fin reventó.

—Teresa se va.

—¿Quién? —preguntó Berta sin comprender nada.

—Teresa.

—¿Tu chacha?

—Mi criada —respondió Lucía, ofendida por cómo la había llamado Berta.

—Tu criada se va, ¿y?

—Pues que no sé cómo voy a seguir adelante... Además, ahora tendré que cuidar de mi hermana, que se ha venido a vivir conmigo y...

—Frena, frena, frena —la interrumpió su amiga—, que pareces una niña de ocho años huérfana y sin familia que tiene que cuidar de su hermana de tres.

—Pues casi casi —se lamentó la otra.

—¡Joder, Lucía! Que ya eres mayorcita.

—Pero es que no sé cocinar, ni lavar, ni planchar, ni...

—Pues aprendes, como todos. ¿Crees que cuando yo me independicé era una gran chef y mejor lavandera?

—No, pero, bueno, tú eras...

—¿Pobre? ¿No tenía cri-a-da? —respondió Berta con el acento más barriobajero que pudo poner.

—Yo no lo diría así, pero... —Lucía intentó ser diplomática.

—Lucía —Berta se acercó a ella y le puso una mano en el hombro—, no pasa nada, si estas son todas tus preocupaciones, no tienes motivo para tenerlas. Todo el mundo supera estas cosas. Además...

El timbre de la puerta sonó.

—¡Rápido! Adecéntate y sal a recibir al cliente —dijo Berta mientras corría hacia su despacho.

Lucía dejó el café sobre la mesa, se arregló el vestido, se peinó el cabello con las manos y salió rápidamente, con el tiempo justo de ver cómo su hermana abría la puerta de la agencia.

—Bienvenido a la Agencia... —al ver quién era, Claudia interrumpió el mensaje de bienvenida que se había aprendido y terminó la frase con su voz más sensual—: Hola, Eduardo, qué guapo estás hoy, ¿no?

Lucía al verlo no pudo dejar de exclamar:

—¡Me cago en la puta! —profirió Lucía sin poder evitarlo—. El que me faltaba.

El comentario hizo que su hermana se girara con la palabra perplejidad escrita en la frente, que Eduardo perdiera su sonrisa y que desde el despacho de Berta se escuchara una sonora carcajada.

### III

Después de aquella espectacular entrada, Lucía se dirigió a la parte trasera de la recepción para tomarse un café, un agua o lo que fuera que lograra calmarla. Normalmente estaba de mal humor y no era muy agradable con los que la rodeaban, pero ahora se había dado cuenta de que tenía los nervios a flor de piel. Tan a flor que se habían marchitado. Cogió una de las cápsulas de al lado de la cafetera, la introdujo en la máquina, pulsó un par de botones y, tras un sonido de agua borboteando, el café empezó a salir, aunque no cayó en ninguna taza. No la había puesto. Contrayendo los labios como si hubiera dejado de respirar, cerró fuertemente los ojos mientras se intentaba relajar apretando los puños contra la mesa de la cafetera.

Cuando sintió que una mano se posaba en su hombro, se giró con expresión crispada pensando que sería Eduardo queriendo hacerse el héroe de nuevo. En su lugar encontró a Berta, que la miraba comprensivamente.

—Lucía, sinceramente, ¿qué te pasa?

—No sé —respondió furtivamente ella—. Teresa, el trabajo, los aviones, Eduardo...

—¿Eduardo? —preguntó su amiga extrañada mientras sacaba la cabeza para repasar al maromo que, en aquel preciso instante, estaba encandilando a Claudia—. Pero si es muy guapo.

—Ya —respondió Lucía—, y un imbécil.

—Bueno, nadie es perfecto —bromeó Berta.

—El problema es que él tiene más de imbécil que de perfecto —protestó Lucía.

—¿Le has dado una oportunidad?

Ella negó con la cabeza.

—Pues, entonces, no sabes si es el hombre de tu vida.

—Berta, por favor —Lucía se iba relajando a la vez que insultaba más a Eduardo—. ¿Cómo va a ser ese mendrugo el hombre de «mi» vida? ¡Pero si solo piensa en él!

Berta no dijo nada, solo la observó.

—Soy guapa, inteligente y con un empleo envidiable, ¿y tengo que conformarme con eso? ¡Venga ya!

—Bueno, no debes sufrir por ello —intentó consolarla Berta—, aún eres joven.

—¿Joven? ¡Ja! Tengo casi cuarenta años y mi único pretendiente es ese pelagatos con aires de grandeza cuyo único sueño es lamerle el culo a mi padre.

—Venga, no exageres, que solo tienes treinta y tres.

—Ya, pero...

Berta la miró detenidamente y, entonces, sonrió con malicia.

—Lo que puedes hacer es alegrarte el día, ¿no? —propuso—. No haces daño a nadie.

Lucía la miró lentamente, sin acabar de comprender a qué se refería.

—Lucía, estás muy tensa y tienes a ese tío coladito por ti.

—No necesito a Eduardo...

—¿De verdad? Por cómo actúas, cualquiera diría que sí necesitas a Eduardo.

—¿Para qué? —preguntó ella extrañada.

Berta la miró indignada.

—¡¿Para qué?! ¡¿Para qué?!

—Sí, ¿para qué?

—Lucía, pareces tonta. ¡Que lo que necesitas es un polvo!

Ella se sobresaltó y sus mejillas enrojecieron.

—¿En serio me estás diciendo que me aproveche de él? —miró de reojo al otro lado de la pared traslúcida.

—¿Por qué no? En el peor de los casos puedes quejarte a tu padre de que te ha roto el corazón y seguro que no lo verás en una buena temporada.

Ahí estaba, otro excelente consejo de Berta. Podía pasarlo bien y a la vez matar dos pájaros de un tiro.

—Tienes razón —dijo finalmente respirando hondo y sacando a relucir su mejor sonrisa.

Sin decir nada más, Lucía se desabrochó un par de botones de la camisa y empezó a caminar sensualmente hacia la recepción, mientras Berta la contemplaba divertida.

Allí, Eduardo ligaba descaradamente con Claudia, que, a diferencia de su hermana, se dejaba querer.

—Así que tienes un apartamento con vistas a la playa —preguntaba Claudia ensimismada.

—Sí —respondía él altivamente—, es genial. Y las puestas de sol se ven espectaculares desde la terraza.

—Algún día, no sé, cuando te apetezca, ¿me lo enseñarás?

—Claro, y si quieres te llevaré a... —las últimas palabras de Eduardo se perdieron en el aire cuando Lucía irrumpió en la sala.

Con pasos firmes pero atractivos, apareció en la recepción de la agencia sacando pecho y mirando a Eduardo lascivamente. Llevado por su instinto de conquista, él no dudó en dejar a un lado a la pequeña de las hermanas y prestar toda su atención a la recién llegada.

Mientras recorría aquellos pocos metros, la mente de Lucía no sabía en qué centrarse. Por un lado, Eduardo siempre le había dado cierto repelús y no podía imaginarse ofreciéndose de aquella forma tan poco elegante. Por el otro, Berta tenía razón, tenía que librar tensiones, y Eduardo era la opción más fácil y rápida. La verdad es que era bastante atractivo y se cuidaba bastante, pero cuando abría la boca solo pensaba en cerrársela a golpes.

—Y a mí, ¿también me llevarás? —preguntó con voz seductora, apoyándose en la mesa de Claudia y dejando el espacio suficiente para que Eduardo la contemplara como si fuera un trozo de carne.

—¡Ejem! Sí, claro... Puedo llevar a las dos —respondió, mientras en su frente se veían las primeras gotas de sudor—. Aquí hay Eduardo del Castillo suficiente para todas.

«¡Por Dios!», pensó Lucía al escuchar aquella mamarrachada. Sin embargo no dejó de mostrarse, con la esperanza de que aquel estúpido cortejo no durara demasiado y pudiera olvidarse, cuanto antes mejor, de lo que estaba a punto de hacer. Sin pensárselo, acercó sus labios a los de Eduardo y, justo cuando él creyó que iba a darle un beso, se apartó un centímetro y le preguntó:

—¿Me invitas a cenar y seguimos hablando de tu dormitorio? —soltó una risilla maliciosa y concluyó la frase—. Perdona, ¿y hablamos de tu apartamento?

Eduardo tenía la cara enrojecida, las manos sudorosas y la mente en cualquier lugar menos donde estaba él. No sabía qué responder. Sabía que las mujeres eran complicadas, pero aquella chica que lo estaba poniendo a cien en público no se parecía en nada a la que había recogido unas horas antes en el aeropuerto.

—Claro —dijo con un hilo de voz—. Por supuesto.

—Perfecto —sonrió Lucía—. ¿A las ocho en mi casa?

Eduardo tragó saliva y respondió afirmativamente con la cabeza. Giró sobre sí mismo y se dirigió a la salida sin despedirse de Claudia. Antes de que cruzara el umbral, Lucía lo atrapó y le dijo algo al oído que lo hizo enrojecer aún más.

Una vez que por fin se fue, Lucía se encaminó hacia su despacho.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Claudia.

—Eres demasiado pequeña para entenderlo —respondió mientras se arreglaba la ropa y se recomponía de la escena que acababa de montar.

—¡Lucía! —chilló su hermana—. Estaba a punto de invitarme a su apartamento. Nunca te había interesado, hasta que él se ha interesado por mí.

Lucía se quedó mirándola y se acercó a ella.

—No te preocupes, cuando termine con él es todo tuyo.

Luego continuó hacia su despacho dejando a Claudia boquiabierta, completamente atónita ante lo que su hermana acababa de hacer.

Cuando Lucía regresó a la parte trasera de la recepción, vio cómo Berta se acercaba a ella corriendo.

—Menudo numerito has montado, ¿eh?

—Bueno, he seguido tu consejo y me he procurado un desestresante.

Berta sonrió mientras asentía, complacida al saber que podía influir en los demás. Una vez en el despacho, no pudo aguantar más.

—Ahora en serio, ¿qué le has dicho? —le preguntó a Lucía expectante.

Su amiga la miró durante unos segundos, pensando en si debía confesar lo que le acababa de decir a Eduardo.

—Vamos, dímelo —pidió Berta.

—Vale, le he dicho que esta noche podrá hacer conmigo lo que quiera —respondió sonriendo.

—¿En serio? —preguntó Berta con cara de incredulidad.

Lucía afirmó con la cabeza.

—¿En serio? —volvió a preguntar Berta, pero esta vez con los ojos y la boca abiertos de par en par.

—Sí —respondió Lucía orgullosamente.

—Cuando quieres eres una guarrilla —sentenció la otra con una sonrisa en los labios.

—Lo que pasa es que siempre me has conocido como «tu jefa», y no en mi versión más perversa.

Después de aquella breve escena, propia de la peor comedia romántica jamás vista en televisión, cada una volvió a su trabajo. Lucía tenía que completar una larga serie de papeleo, Claudia estaba atareada peleándose con la página web de la agencia y Berta seguía analizando el Turner que había dejado apartado para ver, desde primera fila, la opereta que se había interpretado en la oficina a primera hora de la tarde. No sucedió nada importante hasta que el teléfono de la agencia empezó a emitir la habitual musiquilla de Vivaldi en politono.

—Agencia ARS, ¿en qué puedo atenderle? —Lucía oyó responder a Claudia.

Tenía que admitir que, a pesar de todo, Claudia se tomaba bastante en serio su trabajo y actuaba como una auténtica secretaria, aunque a veces la sacase de quicio, como en esa ocasión.

—Ahora le paso con mi hermana —respondió desde la recepción.

Le había dicho un centenar de veces que, en el trabajo, no eran hermanas. Aquel no era un negocio familiar. Sin embargo, Claudia siempre pecaba de inocente.

Sonó el teléfono de su despacho.

—Diga —respondió tras descolgar el auricular.

—Te paso una llamada de un tipo que habla con un acento muy raro.

Lucía prefirió no hacer comentarios al respecto.

—De acuerdo —tampoco quiso aleccionar a su hermana sobre el tipo de negocio que era su agencia.

Se oyó un clic y supo que, al otro lado de la línea, estaba el posible cliente.

—Dígame.

—Buenas tardes —respondió una voz con un marcado acento francés—, me llamo Patrice y soy el secretario de monsieur Mauresmais.

—¿En qué puedo ayudarle?

—No, no, no. Por favor, tutéame.

—Por supuesto —Lucía fue rápida dándole la razón al cliente—. ¿En qué puedo ayudarte, Patrice?

—Verás, monsieur Mauresmais ha adquirido hace poco una pintura cuyo valor real desconoce, y estaría interesado en que su agencia la examinara y tasara.

—Estaremos encantados de ayudaros —Lucía sabía que, si alguien podía permitirse un secretario, también podría pagar unos costes de tasación elevados—. Verá, en ARS trabajamos de la siguiente manera: vosotros nos enviáis unas fotografías por correo electrónico y nuestros especialistas lo...

—No, eso no será posible —Patrice la interrumpió—. Monsieur Mauresmais está interesado en concertar una visita para hacer la tasación.

—De acuerdo —Lucía aceptó extrañada. Normalmente, los clientes preferían enviar fotografías y, de este modo, evitarse a una persona entrando en sus casas y toqueteando sus propiedades. Aunque tampoco era raro que al final tuvieran que desplazarse hasta el domicilio del dueño—. ¿Dónde vive monsieur Mauresmais?

—En Ploumanac'h —respondió Patrice.

A pesar de dominar el francés, Lucía no comprendió lo que le acababa de decir su interlocutor.

—Perdón, no te he oído bien, ¿dónde has dicho?

—Ploumanac’h.

—¿Dónde?

—Ploumanac’h —volvió a responder Patrice.

—Entiendo —dijo finalmente Lucía para acabar con aquella extraña conversación, mientras intentaba apuntar el nombre de aquel lugar en un pòsit—. Consultaremos la agenda, y en pocos días concretaremos el día y la hora.

—*Magnifique!* —respondió el hombre al otro lado del teléfono.

Lucía tomó nota del número de Patrice, le dio el suyo personal y se despidieron.

Después abandonó su despacho y se dirigió a la recepción.

—Claudia, ¿estás muy ocupada?

—A medias, depende de para qué.

—Bien, en ese caso quiero que me busques dónde está este lugar y me mires, más o menos, el precio de los vuelos, hoteles y todo lo demás —y le alargó el pequeño pòsit amarillo con el nombre de la ciudad escrito en él.

—¿Qué pone aquí? —Claudia miraba la nota mientras encogía la nariz y fruncía el ceño—. ¿Plumeraco?

—No, Ploumanac’h.

—¿Cómo se escribe? Aquí no se ve nada, entre tu horrible letra y que has hecho tachones....

—Pues tal como te lo digo, Ploumanac’h.

—Ni que fuera fácil.

—Tú búscalo.

—Sí, señora —respondió Claudia volviéndose en su silla y encarándose a su ordenador.

Antes de que Lucía tuviera tiempo de desaparecer detrás de la pared de cristal, su hermana la llamó.

—Claudia, no es tan complicado, solo tienes que buscar en Google Maps el nombre de la ciudad —protestó mientras regresaba a su lado.

—Ya lo he hecho, borde —le respondió Claudia ofendida—. Lo que pasa es que no te va a gustar lo que he encontrado.

—¿El qué?

—Esto —dijo señalando la pantalla del ordenador.

Junto a su dedo de perfecta manicura estaba el nombre que le había dicho Patrice apenas unos minutos antes, Ploumanac’h. El problema era que se encontraba al norte de la Bretaña francesa.

—¡Mierda! —exclamó Lucía.

Al cabo de un segundo, Berta apareció cabalgando en la recepción. Se notaba que no quería seguir trabajando, ya que a la mínima ocasión abandonaba

su mesa.

—¿Qué pasa? —preguntó expectante.

—Que la próxima vez que acepte un trabajo debo mirar antes dónde está.

Berta no lo entendió al principio, pero enseguida vio lo que Claudia todavía señalaba en la pantalla.

—¿Sabes cómo puedo llegar hasta ahí? —preguntó Lucía con los hombros caídos y entrecerrando los ojos de agotamiento.

—Siento decirte que no te va a gustar la respuesta —afirmó Berta.

—Da igual, hoy ya no puede ir nada a peor.

—Creo que sí —Berta empezaba a sonreír.

—Dímelo ya —pidió Lucía.

—No hay aeropuerto.

—¿En serio?

—En serio, pero...

—Pero si vivimos en el siglo XXI, ¿cómo puede ser que no haya un aeropuerto en... Ploumanac'h? —dijo Lucía en un tono realmente sarcástico.

—Bueno, en realidad sí que hay uno, en Rennes.

—¿Pero? Porque a esa frase le falta un pero al final.

Berta intentó ocultar una sonrisa.

—Pero —prosiguió— no hay vuelos desde Barcelona.

—¿Y cómo podemos llegar hasta... Ploumanac'h?

—Bueno, tienes dos posibilidades... —Berta interrumpió la frase, ya que se le escapaba la risa.

Lucía la miraba completamente ofendida.

—¡Ejem! —Berta se aclaró la garganta—. Puedes alquilar un coche en Barcelona y vas hasta Ploumanac'h directamente, o bien tomas un vuelo a París y lo alquilas allí.

Lucía no dijo nada, no sabía qué decir.

—Aunque, bueno, siempre tienes una tercera opción —dijo Berta.

—¿Cuál? —preguntó su amiga esperanzada.

—Coger el tren.

—¡Anda, no me jodas! —exclamó Lucía de la forma más chabacana que pudo.

Berta no pudo más y estalló en una sonora carcajada.

—Ya vale, ¿no? —protestó Lucía.

Pero Berta no pudo detenerse. Sus mejillas estaban al rojo vivo y por ellas empezaban a descender lágrimas. Contagió su risa a Claudia, que comenzó a hacer lo mismo mientras Lucía las contemplaba completamente ofendida.

—Así demostráis que sois personas inteligentes, riéndoos de las desgracias ajenas.

Ni su hermana ni su amiga reaccionaron.

—¡Mañana voy a ir a un mercadillo de pueblo! —anunció entonces, haciendo que las otras dos se callaran de golpe.

Cuando obtuvo la atención de ambas, prosiguió.

—Ha sido lo primero que se me ha ocurrido para que os callarais. Respecto al viaje a... —no entendía cómo todavía era incapaz de recordar a la primera el nombre de aquel pueblo—, bueno, a ese sitio, ya veremos cómo voy.

Las otras dos la miraron, con las caras todavía un poco enrojecidas por el ataque de risa.

—A trabajar —dijo finalmente Lucía.

Claudia se giró hacia el ordenador mientras ella y Berta regresaban a sus despachos. Pero, antes, Claudia miró a su hermana preocupada.

—Ahora en serio, espero que mañana no vayas a un mercadillo.

Lucía la observó atentamente y, sin decir nada, regresó a su despacho completamente sorprendida por lo ilusa que Claudia podía llegar a ser.

## IV

Apenas tuvo tiempo de sentarse y mirar la pila de papeles que había en su escritorio, cuando Lucía se dio cuenta de que era la hora de irse. Quisiera o no, aquella noche tenía una cita. Cogió su chaqueta y su bolso y salió del despacho.

—Chicas, me voy —anunció mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿A qué hora llegarás a casa?

—¿Por?

—Para saber si Teresa tiene que preparar comida para las dos o no.

—¿Desde cuándo comes en mi casa?

—Desde que vivo en ella —respondió Claudia ofendida.

Lucía abrió los ojos de par en par.

—No te acordabas, ¿verdad? —preguntó su hermana.

Y Lucía le respondió sacudiendo la cabeza. Se había olvidado por completo de que ahora Claudia era también su compañera de piso.

Ella no pudo reprimir su enfado y se encaró a su ordenador sin prestar ni la más mínima atención a su hermana mayor.

—A ver si tienes suerte y Eduardo se porta como un hombre —dijo Berta mientras aparecía en recepción con una carpeta llena de papeles entre las manos. Estaba claro que no quería perderse la escena final de la comedia de aquella tarde.

—¡Berta! —exclamó Lucía.

—No te alarmes tanto, que todas sabemos a qué vas.

Lucía no respondió, se estaba poniendo la chaqueta cuidando de que no se le escapara alguna blasfemia mientras pensaba en qué iba a hacer con Eduardo.

—Mañana ya nos contarás qué tal te ha ido —bromeó mientras regresaba a su despacho—. Esperemos que bien, ¡ja!

Lucía se despidió de ambas y salió por la puerta de la agencia. Al llegar a la calle notó un golpe de viento y se subió las solapas de la chaqueta mientras luchaba para evitar que el aire la despeinara. Miró a su alrededor en busca del algún taxi, hasta que por fin vio uno a lo lejos y alzó la mano.

Pocos segundos después, un viejo Seat destartado se detuvo ante ella. Durante un momento pensó en no subirse, pero llegaba tarde y no quería volver

a pelearse con un taxista, como había hecho aquella mañana. Así que, sin pensárselo demasiado, se montó en él.

Antes de que el taxista preguntara, le dijo dónde quería ir.

—Calle Tokio, número 4.

—Ahí vamos, señorita.

Durante unos segundos reinó un incómodo silencio, que al poco rato se convirtió en una incómoda conversación.

—Qué viento hace, ¿verdad? —preguntó el taxista.

—Sin duda —respondió Lucía sin prestarle atención mientras miraba a través del cristal de la luna trasera.

—Esta mañana en la radio decían que esto iría a peor.

—Ajá —asintió ella completamente abstraída.

—Se esperan rachas de hasta... —el taxista interrumpió lo que estaba diciendo y miró a Lucía por el retrovisor—. ¿Le sucede algo, señorita?

— ¿Eh? ¿Qué? —Lucía se dio cuenta de que le estaba preguntando algo—. No, solo he tenido un mal día.

—¡Uy! Los malos días son los peores. Yo una vez, hará unos diez años, también tuve un mal día. Desde que me levanté hasta que me fui a dormir parecía que todo iba de mal en peor. Además, me acuerdo de que se parecía mucho al de hoy: viento, nubes, a punto de llover. Horrible.

Lucía no podía creer que un taxista le estuviera contando su vida. Deseaba que sucediera algo que hiciera callar a aquel hombre.

—Y recuerdo que mi mujer, cuando estábamos comiendo, me dijo: «Acuérdate de ese refrán. Al mal tiempo, buena cara»...

Lucía quiso morirse. Un taxista le estaba aconsejando con refranes populares que le decía su mujer. Empezó a rezar en su cabeza para que aquel horror de conversación improvisada acabara.

—Y tuvo razón —proseguía el hombre—, puse de mi parte y al día siguiente...

Entonces una musiquilla empezó a sonar dentro de su bolso. El móvil.

—Disculpe, tengo que responder.

—Sí, sí, claro. Haga, haga.

Lucía cogió el móvil, pulsó un par de botones y respondió.

—¿Sí?

—Hola, Lucía.

—Papá —la voz de su padre la alegró durante un segundo, hasta que supo por qué la llamaba.

—Eduardo ya me ha dicho que esta noche vais a cenar. Contenta, ¿no?

No podía creérselo. A Eduardo le había faltado tiempo para irle a decir a su padre que cenarían juntos. Y para colmo se ponía de parte de aquel inútil. Ojalá hubiera podido continuar hablando con el taxista acerca del tiempo.

—Sí, bueno, bien.

—¿Cómo que «sí, bueno, bien»? Sabes que a tu madre y a mí nos gusta mucho Eduardo.

«¿Y por qué no os casáis con él si tanto os gusta?», pensó.

—Debes darle una oportunidad a este muchacho —continuó su padre—. Se esfuerza por agradarte y tú nunca le has agradecido todo lo que hace por ti. Como lo de esta mañana.

—Papá —por ahí sí que no podía pasar—, esta mañana te he llamado a ti, no a Eduardo. ¿Por qué lo has enviado a él?

—Hubiera ido enseguida, pero estaba reunido. Y creí que te gustaría que acudiera Eduardo, y no cualquiera de mis abogados, a rescatarte al aeropuerto.

—No, papá. Crees mal, al último que quería ver esta mañana era a Eduardo.

—Pues ahora vas a cenar con él. No debo haberme equivocado demasiado al enviarlo —respondió su padre con una vocecilla alegre y triunfante.

—No es lo mismo —Lucía no sabía cómo esquivar aquella realidad—. Pero en este caso lo he decidido yo, no me habéis emparejado vosotros.

—Vale, vale. Tranquila, intentaremos no inmiscuirnos en tu vida. Aun siendo tus padres...

—Papá, no te hagas el ofendido, que te conozco.

Él soltó una carcajada.

—Tengo que dejarte, papá —Lucía no sabía cómo lo hacía, pero su padre siempre se salía con la suya.

—Pásatelo bien, pequeña. Mañana nos contarás qué tal ha ido.

«Lo que sea que pase, no será apto para adultos», pensó Lucía.

—Adiós, papá.

—Adiós.

La comunicación se cortó.

Justo en el instante en que Lucía levantaba la mirada del teléfono y lo guardaba en el bolso, el taxi se detuvo frente a su casa. Pagó la carrera al taxista y se bajó.

—Y recuerde —empezó el taxista—, al mal tiempo, bue...

El sonido de la puerta trasera interrumpió el consejo. Lucía se la había cerrado en los morros. Sin girarse a mirar cómo el coche desaparecía por la calle, la chica se encaminó hacia su casa.

Después de subir en ascensor hasta el piso, justo cuando iba a introducir la llave en la cerradura, la puerta se abrió. Al otro lado estaba Teresa a punto de

irse.

—Hola, Lucía, ¿qué haces tan temprano aquí?

—He quedado para cenar y debo prepararme. Me pasan a buscar a las ocho. Teresa la miró tiernamente.

—¿Cosas del trabajo?

—¡Eh..., no! —Lucía se dio cuenta de que Teresa no sabía que había aceptado cenar con Eduardo.

—¿Placer?

—Más o menos. En realidad...

—No hace falta que sigas —la interrumpió Teresa—, tu madre ya me ha llamado.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Es que no puedo tener vida privada o qué? —Lucía sintió como todo su mundo se derrumbaba alrededor.

Teresa sonrió y le cogió la mano cariñosamente.

—Escúchame, pequeña. Haces bien en cenar con aquel chico. Puede que no te caiga bien, puede que no lo soportes, pero si no te atreves nunca lo sabrás de verdad. La vida está hecha de atrevimientos. Si tu hermana no se hubiera decidido a salir de casa, probablemente nunca hubiera dado un palo al agua. Si yo no soy capaz de despedirme de vosotras, nunca veré a mis nietos. Las cosas importantes de esta vida se logran atreviéndose a hacerlas.

Lucía la miró. No sabía qué título darle, pero estaba claro que aquella mujer no era solo su criada.

—Además, hace tiempo que no sales con ningún chico y te sentará bien.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lucía confusa.

—Tú ya me entiendes —respondió ella guiñándole un ojo.

—¡Teresa!

La mujer sonrió, se acercó y la besó en la mejilla.

—Mañana nos vemos —le dijo, dejándola plantada en la entrada de su casa. Cuando ya estaba en el ascensor, Lucía reaccionó.

—Teresa, ¿seguro que tienes que irte? —preguntó sinceramente.

—Seguro.

Teresa le dedicó una sonrisa justo antes de que las puertas del ascensor se cerraran, y Lucía se quedó allí, solo acompañada por su reflejo en las puertas de acero del aparato.

Con el corazón muy hundido en su pecho, entró en su piso y cerró la puerta tras ella. Entonces fue cuando se dio cuenta de que su hermana había llegado realmente a su casa. Al mediodía no se había fijado o no había prestado atención,

pero ahora veía una decena de maletas ocupando el centro de su comedor. Probablemente estaban llenas de ropa de marca de todo tipo y, con total seguridad, permanecerían ahí en medio hasta que empezara a usar cada uno de los modelitos. ¿Para qué iba a ordenar aquella ropa en su habitación si podía dejarla ahí en medio?

Intentando olvidarse de su nueva compañera de piso, Lucía miró su reloj de pulsera y comprobó que eran casi las siete y media. Apenas faltaban treinta minutos para que Eduardo apareciera frente a su casa. Fue corriendo a su cuarto, abrió los armarios de par en par y empezó a examinar todo lo que había en ellos.

Debía arreglarse acorde con el lugar al que fueran a cenar. Tal vez no lo aguantaba, tal vez le resultaba insoportable, pero, por lo que sabía, Eduardo tenía unos gustos muy caros en cuanto a restaurantes. Así que no podía presentarse con cualquier cosa.

Cuando solo faltaba un minuto para las ocho, salió de casa a la máxima velocidad que sus tacones le permitieron. Aunque lo habitual era hacer esperar al chico, en este caso no deseaba parecer interesada en Eduardo. Quería que le quedara claro que iban a cenar como amigos con derecho a roce, bueno, como amigos. No, mejor como conocidos.

Justo frente a su portal, aparcado entre dos plazas como si la calle fuera suya, estaba el coche de Eduardo. Él estaba sentado sobre el capó, vestido con un elegante traje que, seguramente, era más caro que el coche. Lucía comprendió que tenía la intención de impresionarla.

—Buenas noches —le dijo acercándose a él.

—En dos palabras... ¡Im-presionante!

Eduardo fue rápido, y antes de que Lucía abriera la puerta se comportó como un caballero del siglo pasado. La chica se sentó en el coche y esperó a que su chófer hiciera lo propio para hablar con él.

—¿Dónde me llevas a cenar?

—Ya lo verás —respondió él mientras arrancaba el potente motor de su coche.

En ese momento Lucía no supo qué pensar, este era capaz de llevarla al restaurante más caro de la ciudad solo a cambio de un polvo. ¡Pobre infeliz!

Unos cuantos minutos más tarde estaban entrando en un selecto restaurante del Paseo de Gracia. Lucía ignoraba el valor de aquel lugar a nivel culinario, sin embargo lo conocía por el exorbitado precio medio del menú. Rondaba los doscientos euros. Así que ya podía estar bueno.

Un amable *maitre* los acompañó a una mesa del primer piso, con vistas a la calle, iluminada solo por un par de velas y la suave luz de ambiente.

—¿Te gusta? —preguntó Eduardo al sentarse.

Ella asintió con la cabeza.

—Me ha costado una barbaridad conseguir una mesa para hoy mismo, pero todo es poco para ti.

Fingió sentirse halagada.

—¿Sabes?, tengo ciertos contactos que me han dado acceso al propietario y ha conseguido hacerme un hueco. No preguntes lo que me ha costado.

Estaba claro que Eduardo quería que preguntara, pero ella no deseaba escucharlo hablar de su influencia y poder, así que no dijo nada.

—¿No preguntas? —dijo sorprendido.

—Me has dicho que no pregunte.

—Ya —respondió él defraudado—, para que lo hicieras.

—Entonces dime, Eduardo, ¿cómo has conseguido mesa para hoy? —preguntó con una pose estúpidamente falsa.

—Sí —él se aclaró la garganta—, verás, tengo un cliente que...

El sonido del móvil de Lucía dentro de su bolso interrumpió la verborrea de Eduardo.

—Lo siento. Tengo que cogerlo. Puede ser trabajo.

Él asintió.

—¿Sí?

—¿Lucía? Soy Patrice, el secretario de monsieur Mauresmais.

—Buenas noches, Patrice —respondió ella alegremente.

—Siento llamarte a estas horas, pero monsieur Mauresmais me ha hecho notar que no te he hablado de la obra de arte en cuestión.

—Tiene toda la razón. Dime, ¿de qué se trata? —se sentía agradecida por que Patrice los hubiera interrumpido. En ese momento Eduardo pedía el vino, y seguro que estaba haciendo el fante con el sumiller.

—Se trata de una pintura al óleo de unas bailarinas.

—¿Parecida a las de Edgar Degas?

—Es de Edgar Degas.

—Todas esas pinturas están en museos, a no ser que...

—Sea completamente desconocida —Patrice terminó la frase.

—¡Coño! —exclamó Lucía, haciendo que el sumiller vertiera vino sobre el regazo de Eduardo y los demás comensales la miraran.

Mientras se disculpaba vocalizando la palabra perdón un sinfín de veces, Patrice seguía hablando.

—Personalmente he revisado todo lo que se conoce de Degas y no he sabido encontrar ninguna referencia al respecto, por eso nos pusimos en contacto con vosotros.

—Entiendo. Ahora ya lo tendré en cuenta, pero lo mejor será que mañana hablemos.

—*Magnifique!* —dijo Patrice—. Entonces, hasta mañana.

—Adiós, hasta mañana.

Colgó y miró a Eduardo, que observaba apesadumbrado sus pantalones.

—Lo siento muchísimo, Eduardo. Ya te pagaré el tinte.

—No te preocupes. Supongo que se trataba de trabajo.

—Sí, sí, un posible cliente que tiene entre manos algo que le irá de perlas a la agencia.

—¡Genial! En ese caso ya te dejaré que me pagues el tinte —bromeó.

Y, por raro que parezca, el comentario consiguió arrancar una sonrisa a Lucía.

A partir de ese momento la conversación, si bien intrascendental, resultó agradable, y Lucía se fue olvidando poco a poco de todo lo que le había pasado aquel día. La detención en el aeropuerto, la independencia de su hermana, la marcha de Teresa, Eduardo... Lo que no sabía era que el relax le duraría poco.

Cuando estaban a punto de llegar los postres, y mientras miraba por la ventana, Eduardo buscó al camarero con los ojos.

—No puedo esperar más —le dijo a la distraída Lucía a la vez que chasqueaba los dedos.

El móvil de ella sonó otra vez.

—Perdona, será un momento —dijo mientras Eduardo la miraba nervioso.

—¿Sí?

—Hola, cariño, soy tu madre.

—Mamá, ¿qué quieres? Estoy cenando, mañana ya os diré qué tal ha ido.

—Supongo que todavía no te lo ha preguntado.

Entonces se empezó a escuchar la dulce melodía de un violín que se acercaba a la mesa. Eduardo la miró todavía más nervioso, como si tuviera algo importante que decirle.

—¿El qué me tenía que preguntar? —Lucía seguía sin entender lo que sucedía a su alrededor.

Sin embargo, en un instante, todo encajó. Algo se encendió en su cabeza que ató todos los cabos. No podía haber caído en la trampa de aquella manera. Entendió a qué se refería su madre al decir «no te lo ha preguntado». Suerte tenía de que fuera tan entrometida.

Eduardo la miró mientras sacaba algo del bolsillo interior de su americana. Pero antes de que pudiera hablar, Lucía, completamente asustada, se levantó, cogió su bolso y su chaqueta y se encaminó a las escaleras que llevaban a la

salida, dejándolo a punto de preguntarle algo a lo que no pensaba responder, mientras el violín seguía sonando.

Cuando tuvo el pie en el primer peldaño, sintió que él se merecía una despedida.

—Lo siento, Eduardo, debo irme —fue lo único que se le ocurrió.

—¿No quieres saber a qué viene todo esto? —preguntó el otro con el corazón completamente despedazado.

—No, lo siento, solo quería sexo.

El violín emitió un horrible chirrido, una decena de cubiertos golpearon sus respectivos platos y un par de copas se estrellaron contra el suelo. Lucía notó cómo todos los comensales y camareros la miraban completamente boquiabiertos.

## V

Lucía salió pitando del restaurante. No quería ser partícipe de lo que pudiera suceder en él. Estando en mitad del Paseo de Gracia, hizo algo que nunca antes había hecho: andar sin rumbo fijo.

Mientras intentaba que el aire fresco de la noche la ayudara a aclararse las ideas, vio claramente que aquel no era el mejor de sus días. Incluso podía afirmar que era uno de los peores.

Primero la detención en el aeropuerto, después la noticia de Teresa y la bienvenida forzada de Claudia a su casa, y, para rematarlo, el intento de proposición de Eduardo.

«¿Qué se creía Eduardo?», pensaba. Apenas lo conocía. Bueno, en realidad sí, desde hacía años además. Y tal vez, con suerte, algún día lo considerara un amigo. Pero ¡por Dios! Le iba a pedir que se casara con él. ¿Se podía saber en qué estaba pensando aquel mendrugo?

Necesitaba hablar con alguien. Contarle todas sus penas a alguna persona que la consolara y no quisiera casarse con ella. Claro que Lucía deseaba sentar la cabeza, pero no de ese modo. No era lo mismo sentar la cabeza que darse un cabezazo contra la silla.

Rebuscó con manos temblorosas en su bolso hasta que encontró el teléfono. Pulsó los botones y se lo apoyó en la oreja, esperando que la otra persona no tardara en responder. Tras un par de tonos, descolgó.

—Hola, hermanita —respondió Claudia con una voz extrañamente alegre.

—Te llamo porque...

—¡Ya lo sé! —chilló con un tono de voz extremadamente agudo que ensordeció a Lucía.

—¿El qué sabes?

—¡Que te vas a casar con Eduardo! Ya me lo ha dicho mamá —Claudia terminó la frase con un grito tan agudo que solamente los perros lo pudieron escuchar.

—Claudia, espera...

—Dime que seré tu dama de honor ¿O eso es solo en América? Bueno, da igual, mientras me des el ramo. ¿O lo vas a tirar? ¡Tíralo! ¡Tíralo! ¡Tíralo!

Aunque eso puede tener poca clase. Por cierto, ¿dónde os vais a casar? Espero que sea un sitio elegante. ¿Y será por la mañana o por la tarde? Porque, claro, el vestido que tenga que llevar yo debe ser...

Lucía no esperó a que su hermana terminara, simplemente le colgó sin decirle nada. ¿Cómo se le había ocurrido llamarla? Ni que fuera la persona más sensata que conocía. Solo tenía una opción.

Marcó otro número, y esperó a que le respondieran.

—¿Qué quieres a estas horas? —la voz dormida de Berta sonó al otro lado de la línea.

—Necesito hablar contigo.

—¿En serio? Mira, Lucía, si tienes que despedirme hazlo mañana, déjame dormir en paz y mañana me echas.

—No quiero despedirte —respondió Lucía—. Además, ¿por qué iba a despedirte?

—Por nada. ¿Qué quieres entonces?

—Necesito hablar con alguien.

Hubo una pausa, Berta se estaba despertando y, entonces, se dio cuenta de que Lucía no estaba con Eduardo.

—¿No deberías estar en mitad de un polvo del que mañana te arrepentirás?

—Bueno, eso creía yo, pero no ha sido así. Iba a declararse.

—¡¿Qué?! —exclamó Berta despertándose del todo.

—Pues eso, que Eduardo iba a proponerme que...

—¿Te casaras con él? —la interrumpió.

—Sí.

—Oye, no te ofendas, pero ¿no deberías llamar a tu hermana? Esto parecen cosas más de hermanas.

—Ya lo he hecho, pero no sé para qué.

—¿Por? ¿Qué te ha dicho?

—Se ha emocionado porque mi madre ya se lo había explicado dándolo por seguro, ha empezado a hablar sobre la boda y se ha olvidado por completo de que yo quería hablar con ella.

Berta emitió un bostezo.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó compasivamente.

—Necesito emborracharme hasta no saber qué es lo que hago.

—Lucía, cariño, sabes que soy muy liberal, me caes muy bien y todas esas cosas, pero no esperes que sea la sustituta de Eduardo esta noche.

Lucía enrojeció de vergüenza.

—No, no, no —respondió rápidamente, agradeciendo que Berta no estuviera allí—, solo quiero coger una melopea tal que me haga olvidar este

horrible y maldito día.

—¿Borrachera de chicas despotricando de los hombres? —preguntó Berta.

—Sí.

—¿Y me explicarás todos los detalles de lo de esta noche?

—Sí.

—En dos minutos estoy en la calle —Berta era una auténtica cotilla—.

¿Dónde andas?

—Bajando el Paseo de Gracia, creo.

—Pues empieza a subir y nos encontramos en el cruce con Diagonal.

—Vale.

Ninguna de las dos dijo nada más y colgaron el teléfono. Lucía se detuvo en mitad de la calle, miró a su alrededor y, durante un instante, se sintió completamente perdida. Fue como si la tierra se la tragara. Todas las cosas pendientes de hacer, todos los problemas que tenía y todas las desgracias que le habían pasado la cubrieron hasta hacerla sentir insignificante. Por un segundo creyó que se le terminaba el aire. Sintió cómo sus lágrimas se descolgaban por sus mejillas. ¿Qué le había hecho ella al mundo para que la tratara así? No era una santa, pero tampoco merecía un día como aquel. Llevada por un impulso, se quitó los zapatos, los lanzó hacia los lados y arrancó a correr.

Apenas llevaba unos pocos metros cuando regresó sobre sus pasos en busca de sus zapatos. Una cosa era que se sintiera desgraciada y la otra tirar unos zapatos tan caros como aquellos. ¡Coño, unos Louboutin!

\* \* \*

Veinte minutos después de que la llamara Lucía, Berta la estaba esperando justo enfrente de Palau Robert. Pelándose de frío y mirando hacia todos lados, buscando algún taxi en el que pudiera llegar su amiga... Su jefa, quería decir su jefa. Por ese motivo estaba ahí fuera, no quería quedarse sin trabajo por ser una borde con su jefa. No tenía nada que ver con que sintiera pena por la que, desde hacía ya unos años, era una de sus amigas... ¡Jefas! Bueno, jefa.

Antes de que pudiera seguir dándole vueltas a la extraña relación que mantenía con Lucía, por fin la vio, y enseguida comprendió que no se encontraba bien. Iba hacia ella corriendo descalza por una de las aceras del Paseo de Gracia, sin ningún tipo de dignidad. Completamente despeinada, con el maquillaje corrido, el bolso cruzado de cualquier forma y un zapato de suela roja en cada mano.

—¡Berta! ¡Por fin! —exclamó jadeando.

—¿Pero se puede saber qué te ha pasado?  
—No sé, he subido corriendo.  
—Pero ¿por qué?  
Lucía se encogió de hombros.  
—Anda, dame —dijo Berta cogiéndole los zapatos.  
—Cuidado, que valen quinientos euros.  
—¿Cuántos?  
—Quinientos.  
—¿Cómo puedes andar con doscientos cincuenta euros bajo cada pie?  
Lucía todavía estaba recuperándose.  
—¿Dónde vamos? —preguntó—. Quiero olvidar.  
—Sí, mejor será que olvides. Porque no te has visto, ¿verdad?  
—No, ¿tan mal estoy?  
—Bueno... Lo mejor será que vayamos a mi casa. Tengo un botiquín con todo el alcohol que necesites.  
—No quiero que me cures, quiero que me emborraches...  
—Me refería al mueble bar —la interrumpió Berta.  
—En ese caso, vamos.

\* \* \*

Berta abrió la puerta de su casa. Un pequeño apartamento en Gracia, decorado con un peculiar estilo ecléctico. Podía haber un póster de un grupo de música completamente desconocido para Lucía al lado de una litografía oficial de cualquier obra de arte del mundo.

—¡Qué lugar tan bonito! —dijo Lucía al entrar—, ¿por qué nunca me habías invitado? —preguntó.

—No sé, entre otras cosas porque eres mi jefa.

Lucía asintió pesadamente mientras agitaba el dedo índice, justo antes de dejarse caer sobre un sofá chester.

Berta la miró durante un segundo, tal vez todavía no había probado una gota de alcohol, pero lo que le había pasado aquel día y la carrera por el Paseo de Gracia le habían afectado profundamente. Tanto como para parecer absolutamente borracha.

Mientras se entretenía mirando a su alrededor, asimilando todo aquello que hubiera en el apartamento de Berta, esta se acercó a un pequeño armario del comedor y sacó una botella y un par de vasos.

—Empezamos con un whisky y luego ya iremos cambiando.

—Por mí perfecto, solo quiero que este día se quede en una simple pesadilla o un recuerdo muy lejano.

—¿Tan malo ha sido? —preguntó Berta sirviéndole un largo chorro de licor.

—Bueno, lo del aeropuerto hubiera podido pasar por una divertida y vergonzante anécdota —explicó Lucía tragándose de una sola vez todo el whisky de su vaso.

—Cierto —Berta le volvió a servir—, y lo de tu hermana...

—Lo de mi hermana es algo pasajero. Y, a pesar de todo, nos llevamos muy bien, por lo que tampoco hubiera sido tan horrible —Lucía vació su vaso de nuevo—. Pesado y tedioso, pero no horrible.

—Y llegamos a Eduardo —afirmó Berta volviendo a llenarle el vaso.

—No me hables de Eduardo, no quiero volver a oír ese nombre —el alcohol empezaba a producir los primeros efectos.

—Pero sí, precisamente, me has llamado para hablar de él.

—Sí, pero no menciones su nombre —Lucía dio un sorbo—, a partir de ahora lo vamos a llamar... ¡Capullo!

—Sé más original, no puedo creer que solo le llames capullo.

Lucía dio otro sorbo mientras seguía pensando en cómo llamar a Eduardo.

—¿Qué te parece Papanatas?

—No me seas remilgada, Berta. A mí me gusta más Gilipollas.

—Vale, yo no seré remilgada, pero tú no seas tan evidente.

Lucía afirmó mientras se levantaba.

—¿A dónde vas?

—A ver si tienes algo más que esto —dijo mostrando su vaso de nuevo vacío.

Luego regresó al sofá con una botella en cada mano.

—¿Y el vaso?

—¿Qué te he dicho de ser remilgada? —preguntó con malicia dándole la botella de su mano derecha.

—Vale, pero mañana no te quejes si no doy palo al agua en el trabajo.

—Si quieres te hago un justificante.

Ambas rieron y dieron un largo trago a sus respectivas botellas.

—¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! —exclamó Lucía después de tragarse lo que fuera que hubiera escogido para ella—. Lamesuegros.

Berta no pudo evitar la carcajada. Lucía, a pesar de la borrachera creciente, había dado en el clavo. Entonces su amiga se dio cuenta de que estaba cogiendo la cogorza de su vida, porque sintió cómo la embargaba una risa estúpida provocada por el alcohol, pero se dejó llevar.

—Pues, ahora que tenemos nombre, ¿qué ha sucedido con el lamesuegros?

—Me ha llevado a un restaurante impresionante. Edua... El lamesuegros puede caerme mal, pero debo admitir que sabe escoger un restaurante. Aunque sea por el precio —volvió a sorber de su botella—. Y, después de lo que parecía una cena perfecta, el tío hace llamar a un violinista y empieza a sacarse algo del pantalón...

—Que no era lo que querías —la interrumpió Berta, y las dos empezaron a reír como estúpidas.

Cuando se hubieron calmado, y con un par de tragos más, Lucía intentó seguir con su explicación.

—El tío iba a pedirme que me casara con él.

—¿Y qué le has dicho?

—En realidad, no le he dado tiempo de preguntar y me he ido.

—¿Así, tal cual?

—No, mujer, no. Cuando estaba en la salida me he despedido.

—¿Cómo?

—He creído que como mínimo se merecía eso.

—Me refería a cómo te has despedido.

—¡Aaahhh! —dijo Lucía, pero su explicación se fundió en un estallido de carcajadas.

—¡Va! —exclamó Berta intentando ponerse seria—. ¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que solo quería sexo —respondió su amiga con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos entrecerrados.

—¿En serio?

—Sí, en medio del restaurante.

Berta abrió los ojos de par en par, no podía creer que la pija de su jefa hubiera soltado eso en medio de un restaurante carísimo del Paseo de Gracia.

—Un brindis por ti, Lucía. Eres mi heroína.

Hicieron chocar las botellas, y la que sostenía Lucía reventó en mil pedazos manchándola a ella y al sofá de lo que parecía ser... ¿tequila?

—¿Has estado bebiendo tequila a palo seco? —preguntó Berta mientras la lengua se le pegaba.

Lucía asintió con la cabeza soltando una risilla desde el mueble bar, donde andaba buscando otra botella con la que sustituir la de tequila. Berta miró la suya, era de vermú negro.

—Lucía, cuando quieres eres una guarra.

—¡Brindemos por eso! —exclamó ella levantando una nueva botella.

Después de aquello, la noche se volvió borrosa y, ahora, tiempo después, ninguna de las dos recuerda lo que sucedió. Aunque ambas están de acuerdo en

que nada indecoroso.

## VI

Fue como si alguien le golpeara la cabeza. Intentó abrir los ojos, pero notó que todo rayo de luz, por pequeño que fuera, la cegaba por completo. Logró abrir la boca y la sintió pegajosa, y aunque parezca imposible pudo oler cómo su propio aliento apestaba a alcohol. Se incorporó pesadamente mientras su cerebro rebotaba con fuerza en el interior del cráneo.

Por segunda vez quiso abrir los ojos. Fue como si alguien se los pinchara con una navaja. Consiguió ver que no estaba en su casa, sino en un pequeño apartamento mal decorado y que, por lo que parecía, también apestaba a alcohol. Luchando contra la luz que cruzaba las rendijas de la persiana, observó que aún iba vestida como la noche anterior.

«La noche anterior. ¿Qué había sucedido la noche anterior?», se preguntó.

Cuando consiguió centrar la vista comprobó que lo que apestaba no era aquel apartamento, sino su ropa. A juzgar por las manchas y ronchas que había en su vestido, debió haberse bañado en todo tipo de licores.

No entendía nada, empezó a mirar a su alrededor en busca de algo que pudiera darle una explicación hasta que, por fin, lo recordó todo. Bueno, si no todo, la parte relevante que le resolvía todas sus dudas.

A su lado, en un sillón orejero, estaba Berta completamente dormida y abrazada a una botella de ginebra, evidentemente, vacía.

—¡Berta! —gritó sin calcular el tono de voz—. Mierda, mi cabeza.

Berta emitió un gruñido y se acurrucó aún más.

Al ver que no despertaba, Lucía optó por otra táctica que no fue la de gritar su nombre. Se acercó con cuidado, sin agitar demasiado la cabeza, y la movió por el hombro.

—Despierta —susurró.

Berta volvió a gruñir y se acurrucó peligrosamente en el borde del sillón.

—Berta, despierta.

Su amiga quiso repetir la acción, pero antes de que pudiera emitir un tercer gruñido cayó del sillón y se dio un golpe seco contra el suelo.

—Mierda, mi cabeza —exclamó.

—Eso mismo he dicho yo. ¿Se puede saber qué narices hicimos ayer?

—No lo sé ni me importa.

Por un segundo ambas mujeres se miraron con los ojos abiertos llevadas por el mismo pensamiento. Se examinaron de arriba abajo, la una a la otra, y cuando comprendieron que no había sido nada más que una borrachera, respiraron aliviadas.

—Repito —volvió a decir Berta desde el suelo—, no lo sé ni me importa.

—¿Qué hora será?

—No quiero resultar pesada —respondió Berta acurrucándose de nuevo, esta vez en el suelo—, no lo sé ni me importa.

Y mientras cerraba con fuerza los ojos intentando que ni un ápice de luz cruzara sus párpados, Lucía se levantó de golpe y empezó a rebuscar por todas partes. En su bolso, bajo los cojines del sofá, en el suelo. Miró en la cocina, en el dormitorio de Berta e, incluso, en el baño.

—No encuentro mi móvil —dijo poniéndose nerviosa.

—Ya lo he dicho, pero si insistes, lo repetiré...

—No lo sabes ni te importa —la interrumpió Lucía.

—Eso.

Por fin dedujo dónde podía haberlo metido. Se acercó al pequeño mueble bar y abrió las puertas. Las pocas botellas que había en él estaban vacías, excepto una, rota, de la que solo quedaba la base. En su interior, sumergido en un líquido ámbar, flotaba a duras penas el teléfono.

—¡Ay, Dios! —exclamó demasiado alto.

—Mierda, mi cabeza —dijeron las dos chicas a la vez.

Lucía cogió su aparato y, aún húmedo, intentó encenderlo, pero, como supuso nada más verlo, había caído en combate.

—Mierda, mierda, mierda.

—Baño, baño, baño —respondió Berta señalándole el baño desde el suelo.

—No me refiero a eso, mi móvil se ha ahogado. Perderé todos mis contactos, mis mensajes, mis...

—Pues saca la tarjeta.

Lucía asintió, no había pensado en ello. Le sorprendió comprobar lo clara que tenía Berta la mente estando de resaca.

Con la tarjeta en la mano, Lucía atacó el bolso de su amiga y sustrajo el móvil. Sustituyó una tarjeta por la otra y lo encendió. Funcionaba. Por suerte no lo había perdido todo.

—Funciona.

—Claro que funciona.

Antes de que pudiera decirle algo más, el móvil empezó a vibrar en sus manos. Mensajes, llamadas perdidas y mensajes en el contestador se acumulaban

en la bandeja de entrada. Miró quién la había llamado durante la noche... Su madre, su padre, Claudia, Eduardo, incluso Teresa. Todos habían intentado hablar con ella en repetidas ocasiones.

—Berta, necesito ayuda.

—No puedo, fuera de servicio.

Lucía marcó el número del contestador automático, puso el altavoz y los mensajes empezaron a sonar en su oído.

«Enhorabuena, pequeña, por fin te casas —la voz de su madre—. He hablado con Claudia y ambas estamos de acuerdo en que hay mucho trabajo por delante. ¿Qué fecha habéis escogido?».

Lucía se llevó las manos a la cabeza.

«No sé si sentirme ofendido, todo el mundo sabe que te casas menos yo —su padre, con una de sus bromas—. Al menos me avisarás para que te lleve al altar, ¿no?».

«Lucía, hace horas que intento hablar contigo y no respondes», su madre de nuevo.

«Lo deben de estar celebrando», su padre de fondo.

Lucía vio que Berta escuchaba atentamente.

«Lucía, ¿molesto? Mamá me está atosigando con que no puede hablar contigo», Claudia de nuevo.

«Lucía —esta vez era Teresa—, solo te llamo para que sepas que en tu casa están un poco nerviosos. No has llamado a nadie desde que hablaste con Claudia».

—¡Joder, qué follón! —exclamó Berta sonriendo.

Lucía no se podía creer lo que había pasado por alto aquella noche.

—¿Se puede saber qué hicimos? —preguntó preocupada.

Berta agitó negativamente la cabeza.

«Lucía, no entiendo por qué me has dejado plantado en el restaurante —la voz de Eduardo sonó por el auricular—. Sabes que te amo, ¿verdad?». Esta vez parecía que estuviera sollozando. «No sé dónde estás, pero tus padres se preocuparán por ti. Voy a llamarlos».

—Mira el lamesuegros —dijo Berta entre carcajadas.

—De eso sí que te acuerdas, ¿no?

«Lucía —su madre de nuevo—, ¿qué quiere decir Eduardo con que le has dejado plantado en el restaurante?».

—Mejor ahí que en el altar —bromeó Berta.

«He llamado a tus padres —la voz de Eduardo—, están muy preocupados y no entienden tu comportamiento en el restaurante».

Berta soltó una sonora carcajada.

—La madre que lo parió —exclamó Lucía enfurecida, y colgó el teléfono—. Se supone que su hija soy yo, no el anormal de Eduardo.

Su enfado duró poco, se dejó caer en el sofá con los ojos perdidos en un punto inconcreto del suelo. Berta se sentó a su lado y la abrazó por los hombros.

—¿Qué debo hacer?

Su amiga no supo qué contestar, así que permaneció en silencio.

—Debería ir a casa de mis padres y explicarles todo esto.

—Puede, pero tampoco tienes que dar explicaciones. Tú no has hecho nada.

—¿Cómo?

—Vale, dejaste plantado a Eduardo en el restaurante —explicó—, pero tus padres no tienen nada que ver en eso. ¿Cierto?

—Cierto.

—Digamos que, sencillamente, te fuiste de fiesta, ¿no?

—Más o menos.

—Eres mayor, independiente y vives sola. ¿A quién tienes que dar explicaciones?

—A nadie.

—Por lo que los que la han liado parda son Eduardo y tu familia. Él fue quien llamó a tus padres, ellos fueron los que dieron por sentado algo que tú nunca dijiste.

—Pero ya sabes, quien calla otorga.

—No me vengas con tonterías. En este asunto no tienes nada que ver, Eduardo ya se apañará con tus padres.

Lucía no parecía muy convencida.

—Si te fijas, la única que te ha tratado como una mujer adulta es Teresa, porque sabe que ellos solos se han montado su propia historia. Bueno, en este caso, se han montado tu propia historia.

La joven sonrió.

—Así que crees que debería pasar por alto todos estos mensajes e ir al trabajo, ¿no?

—¿Tú crees que yo explico todas mis desventuras amorosas a mi familia?

—No.

—Pues aplícate el cuento.

—Ahora cogemos nuestras cosas, las botellas no están incluidas, y nos vamos a trabajar como cualquier otro día. Aunque con resaca.

—Vale.

Ambas se levantaron con los ánimos y las fuerzas renovados, pero al pasar frente a un espejo comprobaron que todavía no estaban en condiciones de irse a trabajar.

—¿Nos has visto? —dijo Lucía señalando sus reflejos.

—Sí, y no me gusta lo que veo —admitió Berta.

Durante unos segundos contemplaron lo desaliñadas que iban. Ambas llevaban unos peculiares peinados tras la noche dormida en el sofá, su ropa estaba sucia y apestaban a alcohol. Además, Lucía tenía la cara completamente desgraciada por el maquillaje y las medias rasgadas por todos lados. Y había perdido los zapatos.

—Mira mi cara —dijo.

—Eso te pasa por maquillarte. A mí no me ocurre —respondió Berta.

—Normalmente no compartiría tu opinión, pero en esta ocasión debo darte la razón.

—Vale, plan de ataque —anunció su amiga activándose de golpe—. Tú te duchas mientras yo intento limpiar el comedor. Luego, mientras yo me ducho, tú coges lo que quieras de mi armario.

—¿Qué diseñadores tienes?

Berta la miró con suspicacia.

—Quiero decir marcas, ¿qué marcas tienes?

—No tengo marcas —respondió Berta—, tengo ropa.

—Pero...

—No protestes.

—¿Qué me pongo?

—Te pongas lo que te pongas, te quedará bien y no te producirá urticaria, te lo aseguro, por muy barato que sea.

Lucía aceptó no muy convencida.

—Encontrarás toallas en el baño, sírvete tú misma.

Una vez que Lucía desapareció en la ducha, Berta se enfrentó al comedor. En el suelo había botellas y vasos tirados y rotos, un par de litros de licor y un pestazo a alcohol que no quitaría en tres meses. Pero lo peor de todo era que, por culpa de aquella noche de juerga casera, tendría que volver a rellenar el mueble bar.

«Y con lo que cuesta una botella de estas», se dijo mientras recogía los restos de una botella de whisky que, si no recordaba mal, fue la primera en vaciarse.

## VII

A pesar de los nervios que Lucía empezaba a acumular en la espalda, Berta insistió en ir a pie, para relajarse y respirar aire puro, según ella. Veinte minutos después de abandonar el apartamento de Berta, ambas chicas subían en ascensor hasta la agencia.

—Respira hondo y entra, no te lo pienses —le recomendó Berta.

—Pero...

—Respira hondo —ordenó.

Lucía le hizo caso.

—Y ahora entra sin miedo, como si nada.

Miró a Berta. Tenía unas ojeras temibles, que seguramente hubiera podido disimular con algo de polvo, pero se había negado a retocarse antes de salir. Lucía intentó recordar si la había visto alguna vez maquillada, pero no lo consiguió.

Se armó de valor y abrió la puerta de su agencia.

—Buenos días —saludó al cruzar el umbral.

Como era habitual, la recepción estaba vacía, tan solo Claudia levantó la mirada para observar a su hermana.

—¿Se puede saber dónde has estado toda la noche? —preguntó inquisitivamente.

Lucía miró a Berta buscando ayuda, y esta tan solo respiró hondo y puso cara de serenidad.

—¿Por?

—¡¿Por?! —preguntó Claudia subiendo el tono de voz—. ¿Puede ser porque nuestros padres te han estado buscando toda la noche? ¿O porque Eduardo está destrozado? ¿O porque yo no pude pegar ojo pensando que te había sucedido cualquier desgracia?

—Por favor, Claudia, ni que Barcelona fuera el Bronx —protestó Berta dirigiéndose hacia su despacho.

Las dos hermanas la miraron mientras desaparecía, y cuando dejó de estar en su campo de visión, Claudia volvió a su cantinela.

—¿Me vas a decir dónde has estado o no?

—Primero, soy tu hermana mayor, así que un poco de respeto. Segundo, con mi vida hago lo que me da la gana. Y tercero, y más importante, soy tu jefa. Así que mejor te calmas y vuelves a tu trabajo, o ya veremos cómo sigues siendo «independiente» sin este trabajo.

De fondo se escucharon los aplausos de Berta.

—Lo mismo digo para ti, Berta —amenazó Lucía señalando hacia el despacho de su amiga.

Claudia no quiso jugársela, tan solo se quedó observando a su hermana.

—Así que, si tienes algo que decirme sobre el trabajo, me lo dices, y si no sigues con lo tuyo. ¿De acuerdo?

Claudia afirmó con la cabeza. Lucía dio por sentado que no había ninguna novedad, así que se dirigió a su despacho. Pero cuando casi había llegado a la puerta, Claudia la llamó.

—Ha telefonado un tal Patrice. Parecía urgente. Hablaba de un Degas y de un tal señor Mauresmais.

—Muy bien, ahora me pongo con ello.

«Mierda», pensó, ni se había acordado del Degas ni de Patrice, al que tenía que llamar esa mañana para concretar la visita a casa del señor Mauresmais.

Al llegar al despacho miró el reloj que tenía colgado en la pared. Eran casi las doce, que en Francia era como decir las dos del mediodía, es decir, todo el mundo se disponía a comer.

Sin sentarse, buscó el número de Patrice entre el centenar de papeles que cubrían su escritorio. Lo encontró en un pequeño pósit. Pulsó los dígitos en el teléfono fijo y esperó a que alguien respondiera.

—*Allo, allo* —a Lucía le pareció la voz de Patrice.

—Buenos días, Patrice, soy Lucía, de la Agencia ARS.

—*Bon jour*, Lucía, creí que ya no llegarías a llamarme.

—Disculpa, Patrice, ha surgido algo de última hora esta mañana y no he pasado por el despacho ni he podido avisar a la secretaria.

—¿Tu hermana?

—Sí, mi hermana —maldita Claudia, qué manía de presentarse como su hermana.

—No pasa nada, antes debería disculparme yo por llamarte ayer noche a horas intempestivas. Seguro que estabas cenando.

—Sí, tranquilo, no era nada importante.

Durante un segundo pareció que ninguno de los dos supiera por qué tenían que hablar.

—Entonces, dime, ¿de qué pintura estamos hablando?

—Bueno, como te comentaba ayer, se trata de una pintura desconocida de Degas, una escena con un grupo de bailarinas.

—¿Qué te hace sospechar que estamos hablando de un Degas auténtico?

—No es que sea un experto, al contrario, sin embargo, cuando monsieur Mauresmais lo adquirió lo hizo siguiendo su instinto. Y tiene buen ojo, así que prefirió comprarlo sin estar seguro y valorarlo después.

—Entiendo.

—Me encargó examinarlo y asegurarme de que fuera un Degas. Así que repasé todo lo que pude de su obra, y entre eso y que la firma parecía idéntica, me atreví a afirmar que es auténtico. Sin embargo, en ningún lugar logré encontrar ninguna referencia ni descripción sobre él, así que empecé a dudar, y acordamos con monsieur Mauresmais buscar un experto para que lo tasara.

—Ahora no quiero perjudicarme, pero ¿por qué pensasteis en nosotros? —preguntó Lucía.

—Cuando monsieur Mauresmais comentó el problema en su círculo de amigos, estos le recomendaron vuestra agencia.

Lucía soltó una risilla de orgullo, que rápidamente fue correspondida por su interlocutor.

—Volviendo al tema de la tasación, sabes que viajar hasta el lugar donde se encuentra la obra y permanecer ahí varios días tiene un coste elevado.

—Eso no es un problema, monsieur Mauresmais dispone de efectivo suficiente para cubrir los gastos de tu estancia.

—Que, por cierto, dijiste que será en Ploumanac'h, ¿verdad?

—Así es. Sin embargo, no es exactamente en Ploumanac'h donde se encuentra la casa de monsieur Mauresmais.

—¿No?

—No, él vive en un antiguo *château*<sup>1</sup> a unos kilómetros del pueblo.

—Si me dijeras la dirección podría organizar todos los pormenores.

—Monsieur Mauresmais es muy reservado en este sentido, nosotros nos encargaríamos de ir a buscarte a Ploumanac'h. ¿Hay algún problema?

«¡Qué misterio!», pensó Lucía.

—Ninguno —mintió. No le gustaba ese tipo de enigmas, y más si tenía que meterse en casa de un extraño.

—En ese caso, ¿cuándo prevés que nos visitarás?

—Todavía no te lo puedo decir, aunque creo que en un par de semanas podría prepararlo todo para desplazarme hasta allí.

—Muy bien.

Lucía notó cómo Patrice seguramente anotaba la fecha de la posible visita.

—Cuando esté lista, os comunicaré la fecha exacta.

—Perfecto, quedamos así. Hasta entonces, *au revoir*.

—Adiós.

Ambos colgaron el teléfono.

Lucía ordenó sus ideas y se levantó.

—Ahora va en serio —le dijo a Claudia al llegar a la recepción—. Búscame la manera de llegar a Ploumanac'h y un hotel en el que quedarme.

Claudia empezó a pulsar su teclado. Berta apareció un segundo después.

—¿Seguro que nos compensa un viaje hasta la Bretaña? —preguntó.

—Sí, siempre y cuando el cuadro sea auténtico.

—¿Cómo?

—Patrice, el secretario del señor Mauresmais, propietario del cuadro, afirma que tiene entre manos una pintura de bailarinas de Degas —explicó Lucía.

—Eso es imposible —respondió Berta.

—¿Por qué? —preguntó Claudia sin separar los ojos de la pantalla de su ordenador.

—Porque todos sus cuadros están expuestos en museos —respondió Berta.

—Pero si este fuera auténtico... —empezó Lucía.

—¡Nos forramos! —exclamó Berta, a la que le apareció el símbolo del dólar en los ojos.

—Te ha costado, pero al fin lo has entendido —Lucía le dio unas palmaditas en la espalda.

—¿Dónde está el cuadro? —preguntó Berta.

—En el viejo *château* del propietario.

—¿En Ploumanac'h?

—No concretamente ahí. El *château* está a las afueras del pueblo, pero no me han dado la dirección exacta.

—¿Y cómo vas a llegar hasta el *château*? —preguntó Berta exagerando un gracioso acento francés.

—Me han dicho que me pasarían a buscar por Ploumanac'h.

—¡Uy! Eso suena a peli de terror —bromeó.

—¿El hotel tiene que estar precisamente en ese pueblo? —las interrumpió Claudia.

—No sé. ¿Por? —preguntó Lucía.

—Porque solo hay un hotel y parece que está cerrado.

—En ese caso, busca uno lo bastante cerca como para llegar a Ploumanac'h con tiempo de que me puedan recoger.

—O secuestrar —añadió Berta entre sonrisas

Ninguna de las dos hermanas le hizo demasiado caso.

—¿Para qué días hago la reserva?

—Dentro de dos semanas. Reserva dos o tres noches.

Claudia captó la orden de su hermana y asintió.

Lucía no dijo nada más y se fue a su despacho, Berta no tardó en hacer lo mismo y Claudia se quedó en la recepción trabajando en su ordenador. Lucía sintió que su hermana estaba realmente enfadada con ella. Tal vez tenía razón, y dejando aparte a Eduardo, sus padres estaban verdaderamente preocupados.

Al llegar a su despacho se sentó frente al escritorio, apiló los papeles a medio revisar y empezó a buscar todas las referencias bibliográficas posibles sobre Degas y su obra. Si iba a tasar un cuadro debía prepararse, incluso tendría que ir a la biblioteca de Historia del Arte, donde había estudiado. No recordaba si alguno de sus antiguos compañeros era especialista en arte impresionista.

Apenas se hubo sentado cuando el teléfono de su despacho sonó.

—Soy Claudia.

—¿Qué quieres? —Lucía ya se estaba preparando para una nueva discusión.

—Deberías hablar con papá y mamá.

—¿Por?

—Ayer por la noche estaban muy preocupados, estuvieron esperando a que les dijeras algo durante horas.

—¿Qué les tenía que decir? ¿Que un hombre que no me gusta me iba a proponer matrimonio alentado, precisamente, por ellos?

—¿No te gusta Eduardo? —preguntó Claudia con frialdad.

—Ni una pizca.

—Siempre había creído que tu mal humor con él era alguna historia rara entre vosotros. Y más viendo lo que le propusiste ayer por la tarde.

—Eso fue un error. Un tremendo error.

El silencio reinó en la línea telefónica.

—Bueno, haz lo que quieras, ya eres mayorcita, pero yo iría a hablar con papá y mamá.

—¿Y qué les digo? ¿Que no me voy a casar con su querido Eduardo? —preguntó Lucía con sarcasmo.

—En ese tono no, pero algo así. —Por primera vez en mucho tiempo, Lucía notó que su hermana ya no era la niña malcriada que creía—. Lo mejor será que les expliques lo sucedido y lo que tú sientes.

Lucía se mantuvo callada, dándole vueltas al consejo que le acababa de dar su hermana.

—Me lo pensaré. —Mentira, ya se lo había pensado; aquella tarde iría a casa de sus padres a disculparse por lo de la última noche y a explicarles la

verdad sobre el asunto de Eduardo.

Claudia no respondió, había hecho su papel de hermana a la perfección y no tenía nada más que decir, así que colgó el teléfono y volvió a su trabajo.

Lucía se quedó escuchando el sonido intermitente de la línea telefónica hasta que Berta apareció por la puerta.

—Estoy muerta de hambre —dijo frotándose la barriga—. ¿Vamos a comer?

Lucía no le hizo caso.

—¿Lucía, estás aquí?

Ella reaccionó, colgó el teléfono y miró a su compañera.

—Claudia me acaba de pedir muy seriamente que hable con mis padres. ¿Tú qué opinas?

—¿Ha sido sincera contigo? Quiero decir, ¿no se ha comportado como la pija estúpida que es habitualmente?

—Yo no lo expresaría así, pero sí, me lo ha dicho como una persona muy sensata.

—En ese caso, hazlo. Sin olvidarte de que se han entrometido en tu vida, pero en un tono un poco más conciliador del que has usado con ella.

Lucía bajó la mirada, que se perdió entre las vetas de madera del suelo.

Al ver que no decía nada, Berta se acercó a ella y le habló tan cariñosamente como la resaca que todavía llevaba encima le permitió.

—¿Lo hablamos mientras comemos? —insistió, más preocupada por llenar su estómago que por el follón sentimental de su compañera.

Y Lucía solo pudo responder con una leve sonrisa de aprobación.

## VIII

Lucía le agradeció mentalmente a Berta que no hiciera mención alguna a Eduardo y a sus padres durante la comida, y consiguió, por unos momentos, olvidarse de ellos y centrarse en otras cosas, como su inseguro viaje a la Bretaña francesa, el cuadro de Degas o lo bien que se estaba acostumbrando Claudia a su trabajo. Después de comer una ensalada ligera, pues apenas tenía hambre, salieron del pequeño restaurante y se detuvieron ante su puerta.

—Ve tranquila, pero segura —le dijo Berta acercándose a ella y dándole un fuerte abrazo.

Lucía no supo qué hacer, tan solo le devolvió el abrazo y se quedó allí plantada, viendo cómo su amiga se dirigía a la agencia. ¿Estaba segura de querer contarles la verdad a sus padres? ¿Los defraudaría o lo entenderían?

Sin pensarlo dos veces, levantó un brazo y detuvo un taxi. A diferencia de la última vez, se trataba de un Mercedes muy nuevo, cuyo modelo no supo identificar. El interior estaba cuidado y lo conducía un joven muy elegante, para los cánones que se le podían atribuir a un taxista.

—¿Dónde vamos, señorita? —preguntó cuando Lucía estuvo sentada en el asiento trasero.

—Calle Roserar, en Pedralbes.

—Enseguida —respondió mirándola a través del espejo retrovisor.

Lucía se fijó en esos espectaculares ojos azules, que contrastaban con el cabello negro. ¿Pero en qué estaba pensando? ¿Tan mal la había dejado Eduardo como para enamorarse de un taxista? Aunque, ¿quién sabe? Después de no conseguir su objetivo con el lamesuegros, si el cuerpo de aquel taxista era comparable a sus ojos todavía le haría... «¡Frena!», se ordenó. ¿En qué clase de mujer se había convertido? Empezaba a parecerse a Berta, con todo el cariño del mundo.

Intentando olvidar aquellos pensamientos perversos, empezó a organizar sus ideas para saber qué debía decir a sus padres cuando llegara a casa. No es que les tuviera miedo, siempre la habían mimado mucho, incluso demasiado. Pero estaba acostumbrada a hacer lo que ellos le recomendaban y, al negarse a

casarse con Eduardo, tal vez los estaba defraudando. Y, con total diferencia, aquello era lo que más miedo le daba: decepcionar a sus padres.

Aunque podía haberles dicho lo que fuera por teléfono, quería hablarles a la cara, a los dos, y sabía que los encontraría en casa a primera hora de la tarde. Su padre, principal socio de un importante gabinete de abogados, se permitía el lujo de ir a comer allí cada día y de llegar cuando le apetecía al despacho, siempre y cuando no tuviera alguna importante reunión. Y su madre, si bien no trabajaba, ocupaba su tiempo en numerosas actividades, desde voluntariados a actividades físicas, pasando por cursillos de todo tipo: arte, costura o lo que fuera. Sin embargo, las comidas eran sagradas. Lucía no conseguía recordar la última vez que no había visto a sus padres comiendo juntos en la misma mesa. Incluso creía recordar que durante los viajes de trabajo su padre también volvía a comer a casa al mediodía.

—Hemos llegado —anunció el taxista.

Lucía ni se había dado cuenta de que el coche se había detenido justo enfrente de la casa de sus padres.

—Gracias —respondió mientras le pagaba la carrera—, quédese con el cambio —no le podía negar nada a esos ojazos.

Al bajarse, se quedó unos segundos en la estrecha acera frente al que había sido, durante años, su hogar. La casa de estilo modernista, que asomaba por encima de una valla cubierta con un seto, tenía las paredes blancas con dibujos y decoraciones en tonos azules y naranjas. Se situaba en una calle pequeña, en mitad del barrio de Pedralbes, una calle tan corta y estrecha que no hacía falta saberse el número, ya que no había demasiado margen para equivocarse.

Lucía observaba todos aquellos detalles que siempre le habían llamado la atención. Los dibujos en la parte superior de la fachada, casi tocando el tejado. Supuestamente eran abstractos, formas sin sentido, sin embargo ella y Claudia siempre habían visto las siluetas de dos patos besándose. Y cuando alguna de las dos lo decía, su madre respondía con la misma frase: «Ni que los patos se besaran», tras lo cual su padre empezaba a hacer el idiota imitando a un pato e intentando besar a su madre.

No podía enfadarse con ellos, por mucho que quisieran emparejarla con Eduardo.

El enfado de la noche anterior en el restaurante ya se le había pasado. Entre la noche con Berta, las palabras de su hermana y el tiempo transcurrido, el cabreo que llevaba encima la noche anterior, mientras subía corriendo por el Paseo de Gracia, se había esfumado.

Entraría en su casa, se sentaría a la mesa mientras su padre tomaba un café y su madre un par de galletitas danesas y les contaría toda la verdad. Incluso la

recomendación de Berta de llevarse al huerto a Eduardo... Bueno, eso mejor no, eso se lo guardaría para ella.

A pesar de tener llave, llamó al timbre.

—¿Quién es? —preguntó la voz de Adelina, la criada de sus padres.

—Soy yo, Lucía.

—Ahora le abro.

Un segundo después se escuchó un chasquido metálico y la puerta metálica que daba acceso al jardín de su casa se abrió sola, como por arte de magia.

Mientras pisaba las piedras irregulares que conformaban el caminito hasta la puerta de acceso, vio como Adelina se disponía a abrir la puerta y era rápidamente sustituida por su madre, que la esperaba con los brazos abiertos.

—¡Gracias a Dios! —exclamó—. Estás bien.

—Hola, mamá.

Lucía creyó que no le daría tiempo a cruzar el umbral y que su madre ya le estaría preguntando qué le había pasado la noche anterior, pero no fue así.

—¿Por qué vas así vestida?

—¿Qué? —preguntó Lucía completamente desorientada.

—Digo que... ¿qué es esto que llevas puesto? —le dijo cogiendo con solo dos dedos el jersey que Berta le había dejado.

—Un jersey —la respuesta de Lucía fue lo más seca y cortante que pudo, conocía a su madre. Si le decía algo de más en temas de vestidos, aquello se convertiría en una discusión larguísima, mucho más grave que la que pudieran tener sobre el tema de Eduardo.

Si bien su madre era muy solidaria y participaba en actividades no muy habituales en una mujer de su posición, siempre lo hacía de punta en blanco, con vestidos carísimos y zapatos a juego.

Antes de que la interrumpiera, Lucía entró en casa.

—Tengo que hablar con vosotros, ¿está papá?

—Estamos los tres —respondió su madre.

«¿Los tres?», se preguntó Lucía. Si se refería a Adelina era absurdo, apreciaba a aquella mujer, pero no tenía nada que ver en aquello. Su hermana tampoco podía ser, pues la había dejado trabajando en la agencia, y dudaba que Teresa se metiera en esos temas. Una idea cruzó su mente como el rayo. «No es posible», se dijo.

Sin embargo, sus temores se confirmaron rápidamente nada más entrar en el comedor. A diferencia de un día cualquiera, su padre no estaba tomando el café sentado a la cabeza de la mesa que presidía el salón, sino en el sofá, y con su brazo consolaba a...

—¡Eduardo! ¡¿Se puede saber qué haces aquí?!

Eduardo estaba sentado en el centro del sofá junto a su padre. Tenía los hombros caídos y la cara, habitualmente presidida por una sonrisa perfecta, expresaba una tristeza muy profunda, con aquellos ojos ojerosos y enrojecidos. Cuando se dio cuenta de que Lucía había llegado, levantó la mirada y la observó con ojitos de cordero degollado.

La mirada que le dirigió Lucía solo podía traducirse como una larga lista de insultos e improperios que, por el bien de la salud mental del lector, pasaremos por alto; diremos únicamente que si la madre de Lucía, o cualquier madre del mundo, hubiera podido leerla hubiera quedado inconsciente en el acto.

Lucía intentaba no perder los estribos, se había relajado desde la noche anterior, sin embargo la presencia de Eduardo en casa de sus padres era... era... ¡Coño! ¡Que eran sus padres, y no los de Eduardo!

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—¿No lo ves? —habló su padre—, llora desconsoladamente por ti.

—¿Por mí?

—Claro, ayer le destrozaste el corazón.

—¿Y mi corazón? ¿Nadie pregunta cómo está? —exclamó Lucía sarcásticamente.

Su madre la miró con desaprobación mientras le daba un pañuelo a Eduardo.

Lucía respiró hondo, no quería ponerse nerviosa y desatar toda su ira en aquel preciso instante. Así que hinchó los pulmones un par de veces antes de empezar a hablar.

—Mamá, papá. No quiero casarme con Eduardo. Así de sencillo. No quiero ser su pareja, ni su amante; como mucho, y después de que se me pase el cabreo que tengo, tal vez podamos ser amigos. Pero ahora mismo no lo quiero ni ver.

Su madre quiso abrir la boca, pero Lucía la hizo callar.

—Soy consciente de que a vosotros os cae muy bien y os encantaría que formara parte de la familia —«aunque parece que ya lo sea», dijo para sí—. Sin embargo, todo lo que sucedió ayer no ha sido más que un cúmulo de malentendidos.

—¿Cómo puedes hablar de malentendidos cuando está en juego la felicidad de este pobre chico? —preguntó su padre, realmente convencido de lo que estaba diciendo.

Lucía se detuvo un segundo, lo miró a los ojos y vio en ellos una preocupación sincera por Eduardo que parecía no sentir hacia ella, su propia hija. Un tic nervioso le invadió el ojo izquierdo.

—¿En serio? —preguntó a su padre.

Él asintió.

—Ayer, este imbécil —ya había perdido los estribos—, después de «salvarme» en el aeropuerto, se presentó en la agencia y yo, inocente de mí, seguí el consejo de Berta, que pensaba que lo que necesitaba para relajar mis nervios era un polvo —sí, se lo estaba diciendo a sus padres—. Así que fui a por el objetivo más fácil que tenía: él. Lo que no entendió este pedazo de estúpido, y mira que fui clara, era que solo quería sexo. En mitad de la cena, veo que llama al músico del restaurante y empieza a sacarse algo del bolsillo. Suerte que tengo una madre cotilla hasta más no poder que me había telefoneado para saber si «ya me lo había preguntado». Até cabos y comprendí que se iba a declarar —Lucía cogió aire antes de seguir—. Asustada, salí del restaurante y fui a pillarme tal cogorza que esta mañana he despertado con resaca en casa de una chica. —Sus padres la miraron, lo habían entendido mal, pero a Lucía le dio absolutamente igual—. Y ahora que vengo a disculparme y explicar lo sucedido me encuentro con que el culpable de mi ataque de nervios está en el sofá de mis padres, siendo consolado por ambos, mientras que yo, su propia hija, debo disculparme.

Y después de soltar todo aquello, se quedó plantada esperando que alguno de los tres dijera algo. Sin embargo, Eduardo lloró con más ganas y su padre lo abrazó con más fuerza. Solo su madre se atrevió a hablar.

—Sigo sin entender por qué vas vestida de ese modo.

Lucía enrojeció de ira.

—¡Joder, porque me gusta! —gritó tanto como pudo, y antes de que nadie más tomara la palabra, les hizo un corte de manga a los tres y se fue de aquella casa, a la que parecía no pertenecer.

## IX

Lucía estaba sentada en uno de los incómodos asientos de la zona de embarque del aeropuerto de El Prat, esperando a que se abrieran las puertas de su avión. Miraba abstraída la pequeña maleta que tenía entre sus pies, lamentando lo que un rato antes había hecho con el móvil que le había prestado Berta. Sin embargo, no volvería atrás a buscarlo. Seguiría adelante, aunque no supiera hacia dónde. No sabía qué encontraría ni dónde viviría, pero quería irse de Barcelona y olvidar todo lo que le había sucedido aquellos dos últimos días, desde que bajó custodiada de un avión en aquel mismo aeropuerto. Deseaba olvidarse de sus padres, de su hermana y de Eduardo, y sabía que lo mejor que podía hacer era trabajar.

Aun así, continuó dando vueltas a lo que sucedió después de despedirse abruptamente de sus padres. Apenas recordaba cómo había llegado hasta ahí: tras salir dando todos los portazos posibles, sacó el móvil del bolso y llamó a la agencia.

—Agencia ARS, ¿en qué puedo atenderle? —la educada voz de Claudia respondió.

—Soy yo. Búscame un vuelo a París para hoy y alquila un coche que recogeré en el aeropuerto —ordenó Lucía mientras se dirigía a su casa.

—¿Cómo ha ido con papá y mamá? —preguntó inocentemente su hermana.

—¿No me has escuchado? Haz lo que te he pedido, pasaré a buscar los papeles en media hora.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió Lucía, y colgó inmediatamente.

Segundos después, cuando ya podía ver su finca, el móvil empezó a sonar de nuevo. Miró la pantalla antes de responder y pudo ver que la llamada se hacía desde la casa de sus padres. La rechazó. Volvió a sonar, esta vez desde la agencia. También la rechazó. La tercera procedía del teléfono de su madre. Sin duda, la rechazó. Y cuando el móvil sonó por cuarta vez, llevada por un impulso incomprensible de ira, Lucía arrojó el aparato hacia la calle, con la mala suerte de que atravesó la ventanilla cerrada de un coche que pasaba por allí en ese momento.

—¡Menudo hijo de puta! —exclamó el conductor, sin saber de dónde procedía lo que había roto en mil pedazos el cristal. Dio un frenazo y se bajó con la intención de encararse con quienquiera que fuese el culpable.

Antes de que identificara a Lucía como la autora de la gamberrada, esta arrancó a correr en dirección contraria a su casa.

Aquel maldito incidente la había obligado a dar un estúpido rodeo por las calles circundantes. Si bien no quería cruzarse de nuevo con el conductor, tampoco deseaba que sus padres la vieran de nuevo por allí cerca.

Tras unos minutos de carrera, por fin pudo encarar su calle y llegar hasta la finca. La sangre le palpitaba por todo el cuerpo. La adrenalina que le había provocado el incidente del móvil le había hecho relajarse un poco, sin embargo seguía convencida de que lo mejor era desaparecer del mapa.

Al entrar en el edificio, no pudo esperar a que el ascensor llegara a la planta baja e hizo algo que no había hecho en todos los años que vivió en aquel edificio: subir por las escaleras de servicio. Y además, corriendo.

Llegó arriba agotada y completamente empapada en sudor. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. En mitad del comedor estaba Teresa barriendo el suelo.

—Hola, Lucía, ¿qué haces aquí a esta hora? —preguntó mirando el reloj de su muñeca.

—Me voy —respondió ella entre resoplidos.

Teresa la miró extrañada.

—¿A dónde? Si se puede saber...

—Lejos, muy lejos.

Ella dejó de barrer, sorprendida por la respuesta.

—¿Qué te ha pasado, pequeña? —preguntó acercándose a Lucía.

Pero Lucía no respondió, simplemente se dirigió a su dormitorio, seguida de cerca por Teresa.

Nada más entrar abrió un armario y sacó una pequeña maleta de viaje. Todavía estaba llena con las cosas que se había llevado a Milán hacía apenas unas horas.

—Por cierto, ¿por qué vas así vestida? —preguntó Teresa para intentar que la chica le hiciera caso, pero esta se giró claramente enfurecida—. Vale, no he dicho nada —añadió la mujer levantando las manos.

Teresa se quedó sorprendida al ver que Lucía, sin apenas revisar lo que había en la maleta, abandonaba su habitación. Normalmente, antes de salir de viaje, por corto que fuera, tardaba horas decidiendo qué vestidos, zapatos y bolsos llevar. Sin embargo, acababa de coger una maleta llena de ropa usada sin prestar la más mínima atención a los modelitos que había en ella.

Pocos minutos después abandonaba el piso. Antes de salir por la puerta, se giró y miró a Teresa, que la observaba con atención.

—Adiós, Teresa —le dijo dándole un par de besos en las mejillas—. Eres la mejor y, aunque te echaré de menos, mereces vivir tu vida.

Teresa se quedó atónita, solo pudo devolverle los besos y abrazarla, ya que pocos segundos después había desaparecido y bajaba a toda prisa por las escaleras de servicio. Algo extraño y grave, muy grave, le tenía que haber pasado a aquella chica, pensó Teresa.

\* \* \*

Lucía levantó la mirada. A través de la enorme cristalera podía ver cómo aviones de diversas compañías circulaban por la pista. Unos se situaban para despegar, otros llegaban a las terminales para que los pasajeros embarcaran o desembarcaran. Metió la mano en el bolso y sacó las hojas impresas con la reserva de su vuelo. Con cierto aire de tristeza miró la información que había en aquella hoja de papel. El avión tardaría horas en salir. ¿Debía comer algo? No tenía hambre. Tal vez podría pasear por el *duty-free*. No le apetecía. ¿Por qué Claudia no le había conseguido un vuelo que saliera antes?

\* \* \*

Tras abandonar su casa, había tomado el primer taxi que encontró para dirigirse a la agencia. Durante el viaje pudo oír cómo el taxista le explicaba alguna cosa intrascendente, sin embargo su cabeza estaba en otro lugar. En un lugar lo suficientemente lejano como para que nadie la molestara con sus memeces y tonterías. El plan que tenía en mente era impulsivo e impropio de ella, sin embargo algo en su interior le decía que debía llevarlo a cabo hasta la última de sus consecuencias. Lo necesitaba.

Sin prestar atención, le dio un billete cualquiera al conductor y bajó del taxi.

—¿La espero? —preguntó él amablemente al ver que la propina era excesiva.

Lucía respondió negativamente con un monosílabo.

Sin ofenderse por el dinero extra, el taxi arrancó en busca del siguiente pasajero mientras la chica abría la puerta del antiguo edificio donde estaba su agencia de tasación de arte.

Tal y como había hecho en su casa, no esperó al ascensor, tenía demasiada prisa como para detenerse a aguardar que aquel viejo cacharro descendiera un par de plantas. Minutos después cruzaba la puerta de la agencia ARS.

—¡Por fin apareces! —exclamó Claudia al verla.

—¿Tienes lo que te he pedido?

—Eh... sí, pero... —titubeó mientras le alargaba unas cuantas hojas de papel.

—Dame —Lucía se las arrancó de las manos. Echó un vistazo y no le gustó lo que vio—. ¿No había asientos que no fueran de clase turista?

—No te ofendas, que antes de reservarlo te he llamado una docena de veces —protestó Claudia.

Lucía aceptó sin rechistar, pero tampoco mostrando culpa por su ausencia.

—Benditos los ojos —saludó Berta saliendo de su despacho—. ¿Cómo ha ido con tus padres?

—Mejor no preguntes —aclaró Lucía secamente.

—¿Tan mal?

Lucía la miró con cara de asco.

—En serio, ¿tan mal ha ido? —insistió Berta al ver su expresión.

—Sí, Eduardo también estaba.

—No me jodas. Ni que fuera su hijo.

—Si los hubieras visto lo hubieras creído así.

—¿Por? —preguntó Claudia inocentemente.

—¿Por? Porque tus queridos padres estaban consolando a ese pedazo de gilipollas en lugar de preocuparse por cómo se sentía su hija.

—¿Qué has hecho? —preguntó Berta perpleja.

—Esto —respondió haciendo un corte de mangas.

Claudia y Berta se miraron la una a la otra sorprendidas por cómo se habían comportado los padres de Lucía, pero también por la reacción de esta.

—¿En serio les has hecho eso a papá y a mamá? —Claudia señalaba con un dedo tembloroso el espacio que un instante antes había ocupado el corte de mangas de Lucía.

—Claro que va en serio. ¿Cómo podía reaccionar ante esa situación? ¿Consolando también a Eduardo?

—Bueno, visto así —Claudia, por extraño que parezca, no le quiso llevar la contraria a su hermana, seguramente asustada por si le respondía igual que a sus padres.

—¿Y no te han llamado? —quiso saber Berta, que conocía la obsesiva adicción a comunicarse todo el santo día a través del móvil de la familia de Lucía.

—Sí, pero no he respondido.

—¿Y han dejado de llamar?

—No exactamente —evitó dar más explicaciones.

Berta la miró sin comprender.

—Digamos que... te debo un móvil —quiso ser rápida, sin embargo su respuesta suscitó más preguntas.

—Perdón, ¿qué? —Berta ladeaba la cabeza para captar mejor lo que Lucía le intentaba explicar.

Ella intentó evitar decir la verdad.

—¿Qué le has hecho a mi móvil? —insistió Berta preocupada.

—Ha cruzado el cristal de un coche.

—¡¿Qué?! —exclamó Berta—. Pero ¿por qué?

—Mis padres insistían y no pude evitar arrojarlo a la calle, con tan mala suerte que se estrelló contra un coche.

Berta se frotó la cara con ambas manos, prefería no seguir preguntando sobre su móvil, así que se apartó de la conversación y se sentó en una de las sillas de la recepción.

Lucía seguía de pie, junto al escritorio de Claudia, repasando los papeles que le había preparado.

—¿Y el coche? —le preguntó.

—He intentado reservarlo en el aeropuerto, pero no tenían ninguno disponible.

—¿Y cómo voy a ir hasta Ploumanac'h? ¿Andando? ¿Haciendo autostop?

—Puedes probar a arrojar móviles a los coches, seguro que alguno se detiene —bromeó Berta con ironía.

—Cálmate —intervino Claudia.

—¿Por?

—He llamado y he conseguido averiguar que aunque no tengan coches puedes alquilar uno...

—¿Cómo? —la interrumpió Lucía.

—Puede que algún coche se quede disponible durante el resto del día. Deberás ir a preguntar tú misma.

Lucía comprendió asintiendo, mientras que en su cabeza reconocía que, en esa ocasión, su hermana había sido más astuta que ella. Seguramente, en su estado de nervios, hubiera optado por la propuesta de Berta.

A Lucía le fallaron las piernas. Llevada por su instinto, fue a sentarse mientras el mundo parecía darle vueltas.

—¿Estás bien? —preguntó Berta al verla, mientras Claudia se asustaba.

Asintió.

—¿Sabes? Es gracioso, puede que esta vez no lo esté —dijo sonriendo con tristeza—. Me doy cuenta de que mi vida es un desastre. No tengo pareja, mi trabajo me estresa, mis padres no me hacen caso, no me saco de encima a mi hermana ni queriendo...

—¡Oye, que estoy aquí! —resopló Claudia.

—No te ofendas, Claudia —respondió Berta—, pero te has independizado de tus padres para «dependizarte» de tu hermana.

Ella admitió la evidencia.

—Y, para colmo, cuando algo hace que mi vida se tambalee aún más, parece que todo el mundo se ponga en mi contra. Solo tú, Berta, me has apoyado, y Teresa se ha mantenido al margen —respiró hondo—. Vamos, todo un éxito.

—Yo te he apoyado —replicó Claudia.

—Perdona, Claudia —Lucía recobró su mal humor habitual—, todavía no te había explicado nada y ya estabas más preocupada por lo que ibas a llevar a mi supuesta boda que por si había una boda realmente.

Claudia no quiso protestar de nuevo, estaba claro que ese día no debía discutir con su hermana.

—¿Por eso te vas? —preguntó Berta recuperando el hilo de lo que Lucía había dicho antes de que Claudia la hiciera volver, por un instante, a su estado habitual.

—¿Tú qué crees? —respondió.

Su amiga asintió comprensivamente.

—¿Y cuándo volverás? —preguntó Claudia desde su sitio, detrás del escritorio de recepción.

—No lo sé —respondió Lucía repasando los papeles que le había dado su hermana—. Cuando haya terminado con el cuadro de Degas. Supongo que en unos días.

—Pero ¿volverás? —insistió Berta dubitativa.

—Sí. Supongo. No sé... Necesito tiempo.

Sin decir nada más, se levantó, cogió su maleta y salió de la agencia dejando a Berta y a Claudia completamente desorientadas.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó su hermana preocupada.

—¿A qué te refieres?

—Bueno. ¿Quién manda ahora?

Berta la miró sorprendida.

—Sigue mandando ella —y señaló hacia la puerta por la que Lucía había desaparecido hacía unos instantes.

—¿Y cómo nos las arreglaremos?

—Pues como siempre que Lucía se va de viaje. Tú en recepción y yo en mi despacho.

Claudia miró a su compañera y algo se le ocurrió justo en ese momento.

—No tardará en volver —afirmó, segura de lo que estaba diciendo.

—¿Por qué lo sabes?

—Lleva una maleta demasiado pequeña.

—¿Y?

—No tendrá suficiente ropa como para quedarse siempre en Francia.

Berta la miró con una sonrisa en los labios.

—La ropa se puede comprar en cualquier lugar, te lo aseguro —le dijo, y dejó a Claudia preguntándose si en Ploumanac'h habría las mismas tiendas que en Barcelona.

\* \* \*

Lucía solo recordaba a partir del momento en que salió de la agencia pedazos del viaje hasta el aeropuerto. La había llevado un taxista charlatán, cuyas ideas políticas no compartía. Superó los controles que tantas veces había pasado en sus años como tasadora de obras de arte y, sin entretenerse con nada, se dirigió a la puerta de embarque.

—Perdone, señorita, ¿viaja en este vuelo? —le preguntó una azafata con cierta impaciencia.

Lucía interrumpió sus pensamientos.

—Sí, disculpe —respondió.

«¿Disculpe?», se preguntó. ¿Desde cuándo se disculpaba con aquella facilidad? Estaba claro que no se encontraba bien.

Le entregó el billete y ella le dio acceso al avión.

Mientras recorría el túnel articulado, una extraña sensación de tristeza y ansiedad embargó su pecho. Por un segundo, algo le dijo que aquella despedida sería más definitiva que las de anteriores viajes de trabajo. Sintió cómo le picaban los ojos, sin embargo no estaba llorando, aunque tampoco se alegraba de marcharse de Barcelona. Le hubiera gustado que las cosas le fueran mejor en aquel lugar, sin embargo la ciudad en la que había vivido toda su vida la ahogaba. Siempre le costaba dejarla, pero todavía le costaba más regresar a ella. Podía ser que, por ese motivo, hubiera regresado de Milán con los nervios tan crispados, comportándose como una energúmena con la azafata y que hubiese empezado tan mal el que ya era, sin duda, uno de los peores días de su vida.

## X

El sonido de una extraña campanilla la despertó. Era el aviso de que los pasajeros podían desabrocharse los cinturones. Se había quedado dormida pocos segundos después de que su avión despegara de Barcelona y todavía llevaba abrochado el suyo. Debían haber sido los nervios, no se quedaba dormida en un avión desde que era adolescente y viajaba con sus padres.

Aunque los pasajeros embarcaron a su hora, se había producido un retraso en el aeropuerto de Barcelona que aplazó unos cuantos minutos el aterrizaje en Orly. Entre una cosa y la otra, cuando Lucía pisó suelo francés la ciudad que la rodeaba no era más que un montón de puntitos luminosos. No fue suficiente con tener que huir de su ciudad; además, debería conducir durante casi cinco horas por carreteras secundarias hasta Ploumanac'h, y encima de noche.

Pasó el control de salida del aeropuerto y se encaminó a la primera agencia de alquiler de coches que vio, una con el logotipo rojo. Con un francés un poco atrofiado, habló con la chica que atendía tras el mostrador.

—Buenas noches, ¿un coche de gama alta?

—¿Para cuándo lo quiere?

—Para ahora.

—Siento decirle que todos los vehículos de gama alta están reservados o no disponibles —le explicó la chica.

Lucía suspiró. Tendría que conformarse con cualquier coche, por muy desastre que fuera.

—Muy bien, pues deme uno de cualquier otra gama.

—Siento decirle que todos los vehículos...

—... de la agencia están reservados o no disponibles, ¿cierto? —la interrumpió sarcásticamente Lucía.

—Así es.

—Muchas gracias.

Lucía se alejó de aquel puesto de alquiler y probó en otro, uno con letras verdes y amarillas. Sin embargo, la respuesta que obtuvo no fue muy diferente.

—Siento comunicarle que todas las unidades de la flota están reservadas o fuera de servicio.

Y lo mismo sucedió en la agencia con el logo naranja, en la del logo azul y en la de topos verdes sobre fondo fucsia.

«Genial», pensó, tirada en el aeropuerto de Orly sin coches que la llevaran hasta su destino. Una vez más parecía que todo el mundo se ponía en su contra. Se trataba de una sensación provocada por el estrés, era impensable que hubiera una conspiración mundial contra ella. Así que se convenció de que debía relajarse y pensar con un poco de lógica, a ver si podía salir de aquello de una forma u otra.

Se acercó a una pequeña cafetería y pidió un café en la barra, pero antes de que el camarero se lo sirviera supo que solo tenía una alternativa.

—Guárdemelo —le dijo al pobre hombre, que ya estaba calentando la máquina—, enseguida vuelvo.

Salió disparada hacia los puestos de alquiler y decidió enfrentarse de nuevo a aquellas agradables chicas de sonrisas resplandecientes. Casi siguiendo el mismo orden que antes, empezó a buscar la alternativa hasta que, en la agencia de color naranja, le respondieron afirmativamente.

—Sí, mañana a las nueve tendremos un vehículo de gama alta disponible, ¿se lo reservo?

—Claro —respondió nerviosa. «¿Por qué crees que te lo pregunto, para pasar el rato?», pensó.

Mientras la chica rellenaba los formularios pertinentes y le solicitaba todo tipo de documentos de identificación, Lucía seguía sorprendida por lo difícil que podía ser conseguir un coche a última hora. Ni que estuviera en el fin del mundo, que aquel era el aeropuerto internacional de uno de los principales destinos de Europa.

—¿Por qué no me lo ha ofrecido antes? —preguntó con curiosidad apoyándose en el mostrador.

—No me lo ha preguntado —respondió la chica sin prestarle demasiada atención.

Lucía no supo cómo reaccionar ante aquella falta de iniciativa. Cuando un cliente necesitaba algo, el empleado debía hacer lo imposible para conseguirlo. Ella era capaz de ir hasta el lugar más remoto de Francia para tasar un cuadro.

Esperó a que le diera los papeles de la reserva y se despidió. Mientras los guardaba en un bolsillo exterior de la maleta, comprendió que el resto de su plan «alternativo» sería pasar una noche en uno de los hoteles del aeropuerto, y esperaba tener más suerte con la habitación que con los coches. Solo le faltaba que, para colmo, tuviera que dormir tumbada de cualquier forma entre un par de sillas de la terminal.

Decidida, empezó a andar por los pasillos siguiendo las señales que indicaban la situación de un hotel. Primero, las flechas indicaban que había uno a la derecha; después a la izquierda; después debió atravesar una puerta, continuar por debajo de unas escaleras mecánicas, y... ¡la salida de emergencia!

O las señales estaban mal puestas o su sentido de la orientación se había atrofiado desde que había subido al avión en Barcelona.

«Puede que tenga que esperar aquí hasta mañana. Pero no lo pienso hacer al modo en que lo haría Berta —se dijo—. ¿Y ahora cómo encuentro a alguien que me diga dónde se ubica el hotel?», se preguntó, y soltó la maleta mientras miraba alrededor buscando algún local abierto. Un quiosco, una cafetería o... ¡un bar!

—¡Mierda! —exclamó. Se había olvidado por completo del café que había pedido hacía un rato y que debía estar enfriándose en la barra. Cogió la maleta y regresó sobre sus pasos con la esperanza de recuperarlo de nuevo y no perderse.

Tras cruzar un par de pasillos con la maleta rodando a toda velocidad tras ella, encontró el bar. Ahí estaba, vacío de clientes, lo normal para aquellas horas, pero con un camarero que limpiaba vasos y platos tras la barra.

—Ya estoy aquí, gracias.

Cogió la taza y se bebió todo el café de un sorbo, entonces se dio cuenta de que estaba hirviendo.

—¡Aaahhh! —gritó al notar cómo su lengua y su garganta estaban siendo abrasadas por aquel maldito brebaje—. ¡Quema! —exclamó de forma ahogada—. ¿Por qué?

—Cuando se fue antes supuse que no volvería, como hace todo el mundo —explicó lacónicamente el camarero—. Pero al verla regresar le he preparado el café enseguida. Tenía la máquina a punto —terminó la frase con una sonrisa de satisfacción por el trabajo bien hecho.

—Muy bien, pero ¿podría darme... —empezó a decir Lucía, más preocupada por su lengua que por lo solo que se sentía el camarero.

Pero él la interrumpió. Antes de que terminara de pedirlo, ya había puesto frente a ella un vaso de agua fría.

—De nada —dijo sonriendo—. ¿No va a la ciudad?

Lucía negó con la cabeza mientras bebía a grandes tragos del vaso.

—¿Cómo es eso? —preguntó él. Se notaba que el turno de noche era aburrido y quería hablar con alguien para pasar el rato haciendo algo más entretenido que limpiar los vasos y platos del turno anterior.

—Necesito un coche de alquiler para ir a la Bretaña, pero no hay ninguno disponible, así que tendré que esperar hasta mañana —explicó Lucía después de recuperar la sensibilidad de la lengua.

—¿Qué hará, pasará la noche en el aeropuerto?

—Eso esperaba, pero no encuentro el hotel.

—¿No lo encuentra?

—No, no consigo entender las señales, siguiéndolas solo logro llegar hasta una salida de emergencia.

El camarero soltó una carcajada.

—Normal, no las entendemos ni los que trabajamos aquí.

Lucía sonrió al ver que su desgracia, vista desde fuera, era divertida para cualquiera.

—Debe seguir este corredor todo recto y, al final, cuando parezca que solo hay una salida de emergencia, gire a la derecha. Al fondo, en la penumbra, se encontrará de frente con el hotel —le explicó al ver su expresión.

—¿Así de sencillo?

—Así de sencillo —afirmó el hombre.

Lucía pago el café y agradeció las indicaciones dejando una amable propina.

Cuando se levantó para marcharse del bar, el camarero le dio un último consejo.

—Y no se preocupe, todo irá a mejor. Al mal tiempo, buena cara —dijo sin mirarla.

Lucía no supo si responder. «¿Tan evidente es que no estoy bien?», se preguntó. Sacudió la cabeza y volvió a la realidad. Estaba en el aeropuerto de París y necesitaba una habitación de hotel.

Se dirigió hacia el grande y solitario pasillo de mármol y, sin prestar atención a los carteles pero sí a lo que le había dicho el camarero, consiguió encontrar las puertas del hotel.

—¡Al fin! —exclamó.

—*Bon soir* —le saludó una chica tras el mostrador—. ¿Qué desea?

«Una pizza, no te jode», bromeó Lucía para sí misma. Como si su desaliñado aspecto y su cara de desesperación no indicaran otra cosa que quería una habitación.

—Una habitación —dijo, sin embargo, no quería empezar a pelearse con todo el mundo nada más llegar.

—¿Para una persona? —preguntó la chica mientras consultaba en el ordenador.

—Sí, por favor —respondió Lucía. Pero la forma en que lo dijo claramente significaba «me da igual, solo quiero un sitio donde dormir», y la chica no pudo evitar sonreír.

Tras mostrarle su carné de identidad y una tarjeta de crédito, por fin recibió la llave electrónica de su habitación.

—Es la 411. El desayuno se sirve de 6:30 a 10 en aquella sala —señaló hacia una doble puerta de madera oscura, al fondo del vestíbulo.

—Gracias —respondió Lucía cogiendo la llave, y se dirigió al ascensor.

—¿Desea que mañana la avisemos? —preguntó la chica cuando acababa de pulsar el botón de llamada.

—¿Por qué lo dice? —preguntó Lucía de mal humor, creyendo, una vez más, que llevaba su estado mental escrito en la frente.

—Por si lo necesita —respondió la empleada del hotel titubeando, sorprendida por la extraña reacción de Lucía.

—¿Eh?... Sí, por favor, a las ocho.

—Muy bien —la chica lo apuntó en una libreta—. Buenas noches.

—Igualmente.

Las puertas del ascensor se cerraron, ofreciendo a Lucía la primera superficie en muchas horas en la que podía ver su reflejo.

—¡Madre mía! Normal que todos parezcan preocupados por mí. Doy pena.

Mientras intentaba avivar su cara y arreglarse el peinado, el ascensor se detuvo.

—*Quatrième étage* —anunció una voz electrónica mientras las puertas se abrían.

Salió del ascensor hacia un rellano enmoquetado con un par de pequeñas butacas a ambos lados de la puerta. A su izquierda y su derecha había dos largos pasillos que se perdían en el infinito, repletos de puertas.

Lucía estaba tan despistada tras ver su aspecto que había olvidado cuál era su número de habitación.

—La 411 —leyó en la tarjeta.

Miró las señales y se encaminó hacia el pasillo de la derecha siguiendo las indicaciones.

Mientras sus pisadas quedaban enmudecidas por la moqueta, iba repasando los números de las puertas: 401, 403, 405, 407... ¡411! Dejó la maleta a un lado de la puerta e introdujo la llave en la ranura de la cerradura. Una luz verde le indicó que podía pasar.

Empujó con la cadera la pesada puerta, entró y buscó en la oscuridad el lugar donde meter la tarjeta para encender la luz. Un suave tono anaranjado iluminó la estancia. Era moderna y funcional, sin embargo mantenía aquel aspecto de habitación de cadena hotelera, es decir, no tenía encanto. Si tenías la cortina cerrada, no distinguías si estabas en París, Barcelona o Londres.

Sin embargo, Lucía no podía pensar en otra cosa que en tumbarse a dormir. Con las pocas fuerzas que le quedaban dejó la maleta en un rincón al lado del escritorio y se arrastró hasta la cama. De un tirón apartó la colcha y se dejó caer

sobre las blancas y limpias sábanas. En un último esfuerzo hizo un gesto con los pies para liberarse de los zapatos.

Llevada por su instinto, se acurrucó en el centro de la cama, sin preocuparse por que la ropa se le arrugara o de taparse para no pasar frío.

Parecía que toda su energía se había escurrido por el fregadero de su ser. Los nervios que había soportado en los dos últimos días la habían destrozado física y mentalmente convirtiéndola en el despojo que ahora dormía como si fuera un ovillo. Pero, al fin, podía conciliar el sueño sin preocuparse por nada más que por ella.

## XI

El horrible tono del teléfono que tenía en la mesilla de noche empezó a sonar perforándole los tímpanos y obligándola a despertarse. Sin abrir los ojos, alargó la mano buscando el maldito aparato que no dejaba de emitir aquel perturbador timbre.

—¿Sí? —preguntó con voz pastosa.

—Señorita, son las ocho de la mañana.

—Gracias —respondió casi gruñendo.

Era el servicio de despertador del hotel. Tumbada en la cama con los ojos cerrados, se preguntó por qué tuvo que solicitarlo.

«¡Quiero seguir durmiendo!», protestó para sí.

Aunque le habían dicho la hora dos segundos antes, buscó su móvil para mirarla en la pantalla. Entonces, como en un torbellino, todo volvió a su mente: lo sucedido en Barcelona, la falta de coches de alquiler y el viaje truncado a Ploumanac'h. Y, por supuesto, la pérdida de su teléfono y del que le había prestado Berta. Por primera vez en muchos años había viajado sin él, por lo que no tenía ni reloj, ni despertador, ni teléfono, ni conexión a internet. Nada.

«¡Despierta!», exclamó una vocecilla dentro de su mente.

Rendida a la evidencia de que debía levantarse y comenzar un nuevo día, a pesar de que se hubiera quedado acurrucadita en aquella cama, empezó a mover sus músculos.

Mientras se levantaba despegando del cojín la cabeza con el pelo completamente alborotado, Lucía se dio cuenta de que desde que dejó Barcelona no había hecho otra cosa que dormir. Primero en el avión y después sobre la cama, donde se había dejado caer muerta de sueño nada más entrar en la habitación.

Su estómago gruñó.

Recordó entonces que ni siquiera había comido. En su estómago solo tenía el café hirviendo que le habían servido y el vaso de agua con el que apagó el incendio de su boca.

Como si fuera consciente de lo que su dueña pensaba, el estómago de Lucía ronroneó de nuevo exigiendo que lo llenara con algo.

«Tengo hambre», pensó.

Descalza, se levantó y se dirigió hacia el baño. Todavía con los párpados entrecerrados por el exceso de legañas, se miró en el espejo.

«No puedo salir con estos pelos», se dijo al ver el reflejo. Su aspecto era peor del que recordaba haber visto la pasada noche reflejado en las puertas del ascensor. Una cosa es que estuviera hambrienta y la otra presentarse en el salón del hotel con aquellas pintas.

Arrastrando los pies por el suelo, regresó a la habitación y rebuscó en su maleta. Con las prisas, se había dejado en Barcelona el neceser con todo lo que había dentro. No tenía ni cepillos para el cabello, ni su suavizante, ni su champú. Por no haber, no había ni un triste peine.

—¡Mierda! —exclamó al ver que no podría arreglarse.

Desanimada, volvió a entrar en el baño convencida de que tendría que usar el jabón y demás productos de los *amenities* de cortesía que había a un lado de la pila.

Después de poner una toalla en el suelo se desnudó, cogió las dos pequeñas botellitas de jabón y se metió en la ducha. Como era de esperar, y a pesar de lo moderna que aparentaba ser, tardó media hora en graduar la temperatura en el punto exacto entre magma volcánico y hielo antártico. Se enjabonó como pudo y se aclaró con la pobre presión que le ofrecía el triste chorro de agua.

Para colmo, las toallas le hicieron una exfoliación gratuita de piel, que quedó completamente enrojecida. La verdad era que, al salir de la ducha, su aspecto no había mejorado demasiado. Entre eso y la cara de mal humor parecía un pequeño *troll*, solo le faltaba el cabello de color chillón. Sin embargo, estaba aseada y con el pelo lo suficientemente maleable como para peinarse con un pequeño peine que había junto a una pastilla de jabón de manos.

Buscó una prenda que no estuviera excesivamente arrugada, se vistió y se sometió a una rápida sesión de peinado y maquillaje. Podía olvidar el jabón, pero los polvos y el pintalabios... ¡nunca! Lucía volvió a enfrentarse al que se había convertido en el peor enemigo de aquella mañana, el espejo.

Se miró de frente y de ambos perfiles repetidas veces hasta que quedó convencida.

«Teniendo en cuenta que hoy solo vas a conducir, tampoco tienes tan mala pinta», se dijo.

Recogió las pocas cosas que había sacado fuera de la maleta, extrajo la tarjeta de la ranura de la pared y abandonó el que había sido su remanso de paz la pasada noche. El pasillo de la cuarta planta del hotel estaba igual de desierto que cuando llegó. Se acercó al ascensor y pulsó el botón de llamada.

Mientras esperaba mirándose en el reflejo de las puertas metálicas, orgullosa de ser la mejor arreglándose con cualquier cosa, su estómago volvió a amenazarla con un sonoro gruñido.

Sin pensarlo, buscó el móvil en su bolso, pero recordó, una vez más, que no llevaba móvil alguno. Cuando llegó el ascensor se apresuró a subir en él y apretó con nerviosismo el botón de la planta baja.

Dejando a la voz electrónica del ascensor hablando sola, salió tan rápido como había entrado y se lanzó sobre el mostrador, tras el que había un hombre con traje y una chapita con su nombre. Este se la quedó mirando, esperando a que hablara.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Las ocho y cuarenta y cinco —respondió el hombre tras consultar su reloj de pulsera.

—Gracias —dijo Lucía abandonando el mostrador y dirigiéndose al comedor que le habían indicado la noche anterior.

Todavía tenía tiempo de desayunar antes de ir a buscar el coche.

Cuando llegó al comedor se detuvo en la puerta y supo por qué el hotel parecía desierto; todos los huéspedes estaban desayunando.

—¿Número de habitación? —preguntó una chica con camisa blanca.

—411 —respondió automáticamente Lucía entrando en el comedor y observando la masa de gente que lo ocupaba.

Había varias docenas de turistas; a juzgar por sus rasgos, debían de ser japoneses. Ocupaban casi toda la sala. Las mesas, sillas e incluso los mostradores con comida parecían de su propiedad. Se empujaban entre ellos para arrebatarse unos a otros el último huevo frito o la última tostada francesa. A pesar de sus numerosos viajes, a Lucía nunca dejaba de sorprenderle el extraño comportamiento de los asiáticos que viajaban en grupo. Era sinónimo de huracán en el mundo del turismo.

Entre tal jaleo, logró encontrar una pequeña mesa en un rinconcito. Dejó la maleta en una de las sillas y se acercó a los mostradores en los que había comida, al menos supuestamente, ya que era imposible verla tras la muralla de japoneses. Intentó buscar un espacio entre turista asiático y turista asiático, pero fue en vano. Estuvo rodeando las mesas varios minutos hasta que se dio por vencida.

Y justo antes de que pudiera regresar a su mesa a esperar a que aquella marabunta terminara de desayunar, una avalancha de personas la apartó hacia un lado. Sin tiempo para darse cuenta de cómo había sucedido, el comedor que hacía unos segundos estaba a rebosar de gente quedó absolutamente vacío, a excepción de ella y un par de camareros que empezaban a recoger.

Lucía, aún desconcertada por la absurda escena que acababa de vivir, miró hacia el desolado bufet. Para su desgracia, todas las bandejas estaban vacías, llenas de migas de pan y restos de cereales, y en las jarras de zumo apenas quedaban unas gotas.

—¿Hay algo más de desayuno? —preguntó realmente hambrienta a uno de los camareros que limpiaba las mesas repletas de platos sucios.

—Lo siento, señorita —respondió el chico sacudiendo la cabeza—, el grupo de turistas japoneses ha vaciado todo el bufet, deberá esperar a que vuelva a salir comida de la cocina.

—¿Tardará mucho? —preguntó con esperanza.

—No lo sé, señorita —respondió él encogiéndose de hombros.

Lucía se dio por vencida.

«Esto sí demuestra que el mundo está en mi contra», pensó.

Cuando parecía que solo podría desayunar deteniéndose en alguna gasolinera de camino a Ploumanac'h, algo la detuvo. En un rincón del mostrador, oculta entre un par de grandes bandejas llenas de migas de pan, Lucía pudo ver una pequeña bandejita apartada de las demás con dos *croissants* que brillaban como si fueran un tesoro.

Miró a ambos lados para asegurarse de que estaba sola, y antes de que un japonés rezagado regresara para robarle su pobre desayuno, se lanzó a la caza de las succulentas pastas.

Mientras regresaba a su mesa con el premio, miró hacia una de las paredes del comedor, en la que colgaba un reloj.

—¡Las nueve menos cinco! —exclamó.

En un rápido y único movimiento, dejó el plato vacío y cogió la maleta con la mano izquierda. Abandonó a toda prisa el comedor con un *croissant* en la boca y otro en la mano libre. Sin entretenerse más de lo necesario, pagó la cuenta en el mostrador y salió del hotel hacia el aparcamiento del aeropuerto.

Una vez en el exterior, mientras una suave brisa matinal le acariciaba la cara, miró alrededor, buscando el aparcamiento reservado a las agencias de alquiler de coches. A lo lejos divisó unas cuantas banderas de diversos colores que ondeaban, entre las que había una de color naranja.

Cuando estuvo más cerca, pudo ver una zona en la que el color naranja brillaba con luz propia, presidida por una pequeña garita con los logotipos de la empresa pegados en el exterior. Entró y se dirigió a la mujer que estaba ahí sentada, leyendo una novela romántica con una horrible portada. Debía de tener casi sesenta años, vestía una espantosa camisa naranja, también con el logo de la compañía en el pecho, y una cara de mal humor que asustaba a cualquiera.

—Buenos días, venía a buscar un coche que reservé anoche —dijo mientras le entregaba los papeles que la chica del mostrador había rellenado hacía unas horas.

La mujer los repasó detenidamente y se los devolvió.

—No tenemos el coche que solicita.

—Perdón, ¿qué? —preguntó Lucía con cara de asco.

—Lo que te digo, monada, no hay coche.

—Pero hice una reserva, si no tienen ese tendrían que darme otro.

La mujer la miró, sabía el tipo de chica que tenía delante, se la podía identificar a la legua: adinerada, hija de papá y, seguramente, con casi tanta mala uva como ella. No le pagaban para soportar energúmenas como esa, así que prefirió sacársela de encima de cualquier forma.

—De acuerdo —dijo finalmente—, solo tengo uno.

—¡Mío! —exclamó Lucía.

—Pues sígueme, hermosura.

La mujer cogió una carpeta de un cajón y un juego de llaves que estaba colgado en un corcho lleno de ganchos sobre la pared del fondo. Salieron de la garita en dirección a la zona reservada.

—Es ese —señaló un pequeño utilitario de color rosa pastel.

—¿Eso? —preguntó Lucía.

—Eso —reiteró ella.

—¿No se suele ofrecer un coche de la gama reservada o superior? —continuó ofendida.

—No —respondió la otra con mal humor.

—Pues el eslogan de la empresa no opina lo mismo —Lucía señaló un enorme cartel naranja en el que se podía leer: «Siempre igual o mejor».

—Yo no tengo la culpa de que los imbéciles de *marketing* se mojen afirmando cosas que no son.

—Pero... —empezó a protestar Lucía.

—Mira, guapa —la interrumpió la mujer con ganas de regresar a su garita y seguir con su libro—, no hay más coches y no los habrá en toda la mañana. Solo queda ese Renault. O lo tomas o lo dejas —y agitó las llaves del vehículo a pocos centímetros de la nariz de Lucía.

Ella miró las llaves y miró el coche. No podía ser cierto, no podía viajar en esa minicafetera. La mujer le sonrió como jactándose del poder que, en aquel momento, tenía sobre ella.

—Vale —aceptó finalmente, arrancándole las llaves de las manos.

—Lo sabía. Pues ven conmigo, que tienes que echarme unas cuantas firmitas.

—Pero que sepa que voy a solicitar que se me devuelva la parte del importe que no corresponde a ese coche y que presentaré una queja formal a la empresa —le dijo mientras la seguía de vuelta a la garita.

—Por mí como si se queja al presidente de la República —exclamó la mujer mientras la miraba de reojo con malicia, sabiendo que aquella chica no conseguiría nada. No había protestado ella cantidad de veces para mejorar su trabajo y seguía en aquella pequeña garita, con una estufa en invierno y un abanico en verano.

Después de rellenar un centenar de formularios y firmar más que un escritor famoso en el Día del Libro, Lucía pudo, por fin, ir a buscar su coche, si es que aquello se podía considerar un coche.

Cuando estuvo junto a él comprobó que era una joya en bruto, muy en bruto, demasiado en bruto. Un viejo Renault Twingo de color rosa, con asientos sintéticos en aguamarina y un maletero prácticamente inexistente.

Como pudo, puso su maleta en el asiento trasero y se sentó en el lugar del conductor. Arrancó el motor de aquella «belleza» y un modesto ronroneo le anunció que, a pesar de sus prejuicios, aquel coche aún funcionaba.

Tras un par de maniobras, y después de unos cuantos tirones de embrague, salió del aparcamiento del aeropuerto tan deprisa como el pequeño motor de aquel utilitario se lo permitió.

Mientras circulaba por las infinitas salidas e incorporaciones de las autopistas de París, se dio cuenta, por primera vez desde que había dejado Barcelona, de que aquel viaje improvisado iba en serio. A pesar de todos los temores que podía esconder en su pecho y de aquella extraña sensación de que el mundo parecía estar en su contra, había algo más, escondido en lo más profundo de su ser, diciéndole que todo iría mejor de lo que esperaba. Aunque, con total seguridad, ese algo no era su flamante coche.

## XII

Esa mañana empezó como todas las demás para Seamus. Su radiodespertador se activó exactamente a las seis y cincuenta y tres al son de uno de los grandes éxitos de su banda favorita, *Back in Black*, de AC/DC.

Llegados a este punto, y antes de seguir con el despertar de Seamus, recomiendo a mi querido lector que haga una rápida búsqueda en Google para conocer esta canción y, así, comprender la escena que viene a continuación.

—Tic, tac, tic, tac, tic, tac, tic, tic... —empezó a susurrar Seamus siguiendo las primeras notas, mientras permanecía tumbado en la cama—. ¡Pam! —Seamus saltó de la cama con el golpe de batería, preparado para tocar su *air guitar*—. Nananan, nananan, pam, pam... Nanienuenienu. Pam, nananan, nananan. Parumparumparumparum. Pam, nananan, nananan, pam, pam... Nanienuenienu. Pam, nananan, nananan. Parumparumparumparum. —Dejó la guitarra invisible y, de pie sobre su cama, hizo ver que cogía un micro y empezó a hacer lo que mejor se le daba musicalmente hablando: imitar la voz de su cantante favorito, Brian Johnson, mientras la música subía de volumen automáticamente—. *Back in black, I hit the sack. I been too long, I'm glad to be back. Yes I am. Let loose from the noose, that's kept me hanging about...*

Con este ritmo mañanero, y sin perderse ni una estrofa de la letra, fue andando a lo Mick Jagger, aún cantando a AC/DC, hacia el baño. Por toda la casa había un sistema de altavoces que le permitían escuchar música estuviera donde estuviera. Con esta a todo volumen, cualquiera hubiera confundido aquella discreta y acogedora casa típica de la Bretaña francesa con Donington Park.

Cuando cruzaba la puerta del baño, la canción llegaba a uno de sus puntos álgidos.

—*Well, I'm... ¡He, he, hey hey! ¡He, he, hey, hey! Well, I'm back in black. Yes, I'm back in black* —berreó levantando el dedo índice hacia el cielo mientras se veía reflejado en el espejo de cuerpo entero de la pared del fondo del baño.

Ahí estaba, plantado, vestido con una vieja camiseta y unos pantalones de algodón, dando el concierto de su vida. Como cada día.

Sin perder el ritmo, con su selección de canciones sonando y dándole energía, Seamus se metió en el agua. Una de las primeras cosas que había hecho al instalarse en aquella casa fue arreglar el baño. Ahora estaba presidido por una bañera con mamparas acristaladas, que además disponía de un grifo de ducha estilo cascada. Lo había descubierto en un hotel de París años atrás y, desde entonces, siempre quiso tener uno. Giró el grifo de la presión y, tras unos segundos, empezó a sentir el agua a la temperatura perfecta cayendo sobre él como si estuviera duchándose bajo la lluvia.

Estrujó la esponja entre sus manos imaginando que era el micrófono y continuó cantando en su karaoke privado, mientras salpicaba toda la mampara con sus sacudidas de cabeza y seguía el ritmo con los pies al más puro estilo Angus Young.

Cuando consideró que estaba lo suficientemente limpio y después de regalarle los bises necesarios a su público imaginario, Seamus salió de la bañera, se secó con la toalla que colgaba junto a ella, se la puso alrededor de la cintura y regresó a su habitación para vestirse.

Minutos después entraba en la cocina ataviado como de costumbre: camisa blanca, pantalones oscuros, chaleco negro y... zapatillas Converse. Podía ser que este último elemento de su conjunto desentonara un poco, pero desde que abandonó su anterior trabajo en Londres se había prometido que nunca más soportaría la incomodidad de unos zapatos de vestir.

Antes de empezar con el desayuno, se acercó a un comando repleto de botones que había en la pared de la cocina, sobre el interruptor de la luz, y detuvo la música. Le gustaba empezar el día con energía, despertarse sin rezongar entre las sábanas más de la cuenta, pero cuando cocinaba prefería disfrutar de la tranquilidad de aquel pueblecito en mitad de la naturaleza.

Cuando la música dejó de sonar, los cantos de los pajarillos llegaron desde los árboles del jardín. El resoplar del viento hacía sonar con musicalidad cualquier rendija por la que pasaba. Y cuando el viento no silbaba, lo que se escuchaba era... el sonido del mar. Sin tener que forzar demasiado el oído, Seamus pudo oír su sonido favorito, el rítmico balanceo de las olas sobre las rocas de piedra rojiza de las playas y acantilados. Era lo bonito de la Bretaña: a un lado de tu casa tenías espesos bosques casi mágicos, al otro, el mar.

Mientras un par de rebanadas de pan se cocían lentamente en la tostadora, encendió el fuego y empezó a cocinarse un huevo frito y unas cuantas tiras de beicon. Había dejado de vivir en su ciudad y su país, sin embargo no había olvidado las viejas costumbres de su isla natal.

—Un buen desayuno es la mejor forma de empezar el día —afirmó mientras movía la sartén para que el huevo no se pegara.

Nunca había entendido a aquellas personas que, por la mañana, salían de sus casas en ayunas o apenas con un café para ir a trabajar. No se podía rendir con el estómago vacío. Y más si el lugar de trabajo era un restaurante, como en su caso.

Un sonido metálico le advirtió de que las tostadas estaban listas. Las cogió con dos dedos para sacarlas de la tostadora y las dispuso en uno de los lados de un plato blanco. Seguidamente, se sirvió junto a ellas el huevo y el beicon y lo colocó todo sobre la gran mesa que presidía la cocina. Se acercó a la nevera en busca de un par de tarros, uno de mermelada y otro de mantequilla. Los dejó sobre la mesa y, justo cuando iba a sentarse, recordó que había olvidado los cubiertos. Abrió uno de los cajones de la encimera, cogió los que necesitaba y regresó a la mesa.

Antes de atacar a su indefensa y succulenta presa, Seamus observó aquel plato que brillaba por sí solo. Los aromas que desprendía su desayuno le subieron por la nariz y lo despertaron definitivamente. Cogió el cuchillo y el tenedor y se dispuso a devorar el desayuno.

Cuando acabó guardó los platos en el lavavajillas, y a las ocho y veintidós en punto cerraba la puerta de su casa, bajaba unas escaleras y entraba en el salón del restaurante. Seamus madrugaba por costumbre, prefería tener tiempo suficiente para despertarse; sin embargo, hubiera podido levantarse solo diez minutos antes de abrir. Era la ventaja de vivir sobre su propio negocio.

Pulsó el interruptor para encender las luces y empezó a bajar las sillas que estaban sobre las mesas. El comedor era un espacio amplio en forma de uno, con suelos de cerámica marrón, y las paredes tenían un arrimadero de azulejos decorados. En el centro había una barra con grifos de cerveza a presión, una enorme cafetera, varias neveras y todo lo necesario para servir las mesas. A la derecha de la barra, en el lado opuesto al acceso a su casa, una puerta de vaivén se comunicaba con la cocina.

Encendió la cafetera para que se fuera calentando y abrió la puerta principal del restaurante para que los clientes pudieran entrar a tomarse el desayuno. Como era habitual, los dos primeros en entrar fueron Dominique, el cartero, y Jean-Pierre, el barrendero, dos de sus parroquianos. El tercero llegaría un poco más tarde.

—Buenos días —los saludó Seamus con su perfecto francés.

—Buenos días —respondieron con una sonrisa en la cara, mientras se sentaban en dos de los tres taburetes en uno de los extremos de la barra, dejando un espacio entre ellos.

Antes de que lo pidieran, Seamus se puso en marcha. Durante los primeros meses desde que abriera el restaurante, aquellos hombres le decían cada día lo

que querían, aunque siempre fuera lo mismo. Ahora ya eran clientes habituales y Seamus se lo preparaba sin dudar.

—Un café solo para Dominique —dijo poniendo la pequeña taza frente al cartero—. Y un cortado descafeinado para Jean-Pierre.

—Eres un sosainas —espetó Dominique.

«Ya empiezan», pensó Seamus alegremente mientras limpiaba la cafetera. Cada dos o tres días repetían la misma discusión, con las mismas palabras y los mismos desprecios. Solo había dos motivos por los que dejaban de discutir: el Stade Rennais o que Gérard llegara antes que ellos.

Seamus oyó unos golpes en los cristales de la puerta. Al mirar vio al otro lado a Gérard, el panadero, que cargaba una enorme cesta con *baguettes*, *croissants* y toda una amplia variedad de pastas para el restaurante de Seamus. Como cada mañana, Gérard le llevaba personalmente el pedido y, de pasada, se tomaba un cafecito que le podía durar entre media hora y una hora.

—Buenos días —exclamó Gérard cuando le abrió la puerta.

Él sonrió y le cogió la cesta.

—¿Ya discuten por el café? —preguntó Gérard señalando a Dominique y Jean-Pierre.

—¿Por qué va a ser? Ayer no jugó el Rennes —bromeó Seamus dirigiéndose hasta detrás de la barra para ordenar lo que Gérard le había traído.

Mientras colocaba las pastas bajo las cristaleras de la barra, el panadero empezó a poner paz entre sus compañeros.

—Ponme un... —empezó a decir Dominique, que había dejado de chincar a Jean-Pierre para que Gérard hablara con él.

—Un *croissant*, lo sé —lo interrumpió Seamus.

—De los...

—Blancos —volvió a interrumpirle mientras ponía un platillo frente a él.

Poco después de instalarse en Ploumanac'h, esos tres hombres habían empezado a visitar el restaurante de Seamus y, poco a poco, se afincaron en aquellos tres taburetes de la barra. Lo visitaban a primera hora de la mañana para tomar un café y una pasta, a la hora de comer para otro café y una copita de calvados o de *chouchen*, y justo antes de irse a casa para despedir la jornada con una cervecita.

Lo más curioso era verlos opinar sobre cualquier cosa. Daba igual de qué, siempre tenían las mismas posiciones. Dominique veía el vaso medio lleno, Jean-Pierre medio vacío y Gérard ponía paz entre ambos. Era igual que hablaran de la Ligue 1, de la política de la región o del tiempo, todos los días hacían lo mismo.

Seamus se divertía con las discusiones absurdas de aquellos tres personajes típicos de una película de Jacques Tati; sin embargo, otros clientes habituales y algún desconocido habían empezado a llenar las mesas y algunos taburetes de la barra. Así que, por mucho que quisiera asistir a esa discusión cuyo desenlace ya conocía, debía atender a los demás clientes mientras el sol de la mañana iluminaba el comedor a través de las ventanas acristaladas.

Gérard fue el primero en irse. Su esposa, Marie, lo había ido a buscar para que regresara a la panadería a hacerse cargo del negocio. Y cuando Dominique se fue a la oficina de correos para recoger las cartas que debía repartir aquella mañana, Jean-Pierre no tardó demasiado en hacerse cargo de limpiar las calles de Ploumanac'h.

Cuando el último de los parroquianos abandonaba el local, el restaurante de Seamus volvía a la normalidad del ir y venir de clientes con los que solo tenía que cruzar un par de palabras para saber qué querían comer. No volvía a tener compañía hasta las once. A esa hora llegaba Guido, su cocinero.

Guido era un italiano que había crecido en Londres, donde Seamus lo conoció. Era un desastre con todo menos con la cocina. Por ello, no había dudado en llevárselo consigo a la Bretaña y convertirlo en el cocinero de su nueva *trattoria*, La Calogero.

A pesar de que nadie se preocupaba de leer el cartel de la entrada, La Calogero no era ni un bar, ni un restaurante, ni una pizzería, sino una *trattoria*, que no es lo mismo. Al principio, Seamus batalló con todos sus clientes insistiendo para que aceptaran que aquello no era un bar de pueblo cualquiera, sino un restaurante italiano que iba más allá de las pizzas y las pastas. Pero con el paso del tiempo acabó aceptando que sería imposible. Para sus vecinos, clientes habituales y parroquianos, sería cualquier cosa menos una *trattoria*. En concreto, todos lo llamaban el «bar de Seamus» o el «bar del inglés». Y él admitió que era algo enrevesado asimilar que en un pueblecito de la costa norte de la Bretaña hubiera un restaurante italiano regentado por un británico nacido en Londres.

A las once y media, Guido abrió la puerta del local con gran estrépito, solo media hora antes de empezar a servir la comida.

—Lo siento, Seamus —dijo resoplando—, ya sabes, el transporte... ¿El trabajo?... ¿Georgette?

Seamus lo miró con sarcasmo.

—Guido, llegas tarde. No hace falta que me mientas, sé perfectamente que vives al final de la calle. Así que no tienes excusa.

—Lo siento, pero Georgette...

—No insistas, y tienes suerte de que ella no esté aquí. Si no te peinaría con una bofetada.

—Ya, pero...

—Nada, a la cocina —le ordenó—. Que en media hora la gente empezará a venir para comer.

Hacía años que trabajaba y vivía en Francia, pero seguía sorprendiéndole la puntualidad de los franceses a la hora de comer. No había día en que, a las doce en punto, no estuvieran todos sentados y comiendo. Así que no podía tolerar que su cocinero se entretuviera con excusas estúpidas.

Guido desapareció por las puertas de la cocina. Tenía que cambiarse y vestirse con el uniforme, no podía ponerse tras los fogones con su ropa, y no porque Seamus lo obligara, sino porque no estaba dispuesto a estropear sus maravillosas camisas.

Las camisas de Guido iban a conjunto con su forma de ser. Estridentes y chillonas. El único requisito que una camisa debía cumplir para que él la comprara era que pareciera lo menos discreta posible. Por lo que Seamus sabía, gracias a la novia de Guido, Georgette, el vestuario del cocinero estaba repleto de camisas con estampados de todo tipo. Flores, círculos, rayas y cuadros de mil colores llenaban su armario. Guido lo llamaba tener estilo, el resto del mundo lo llamaba ser hortera.

—Ya estoy listo —advirtió sacando la cabeza por la cocina.

Seamus miró el reloj de Stella Artois que había colgado en la pared detrás de la barra. Eran las doce menos cuarto.

Justo en ese instante empezaron a llegar los primeros clientes del mediodía. Detrás vendrían muchos más, que llenarían por completo la *trattoria* La Calogero. Seamus se puso manos a la obra esperando que Georgette, la novia de Guido y su camarera, no llegara tarde.

Mientras se acercaba a las mesas para tomar nota de los pedidos y pasárselos a su cocinero, no podía imaginar que aquel día, que había empezado como cualquier otro, pronto dejaría de ser uno más.

## XIII

No muy lejos del restaurante de Seamus, un pequeño utilitario de color rosa pastel circulaba a la máxima potencia que le permitía su motor por una pequeña carretera comarcal. En contra de lo que Lucía esperaba, la velocidad punta de aquel coche dejaba mucho que desear. La verdad sea dicha, por mucho que el límite de la carretera fuera de doscientos kilómetros por hora, ella seguiría forzando el motor para alcanzar a duras penas los cien.

Aun así, logró un tiempo récord: recorrió los poco más de quinientos kilómetros que separaban la capital francesa de Ploumanac'h, un pueblecito de la costa norte bretona, en apenas cinco horas.

Ahora que veía el final de su pequeña odisea, creía que nada la podría detener. Sin embargo, su coche no opinaba lo mismo. Mientras circulaba por la autopista, con el viento haciendo temblar cada uno de sus componentes y silbando por cada ranura que encontraba, que, para horror de Lucía, eran muchas, ella seguía pensando en qué le depararía su estancia en aquel recóndito lugar de Francia.

Lo primero que le extrañó fue no encontrar ningún tipo de retención. Los pocos coches que circulaban lo hacían sin detenerse. Aunque fuera una pobre señal, Lucía quiso creer que se trataba del primer signo de que las cosas estaban cambiando para mejor.

Lo único que parecía estar en su contra era el embrague del coche. Desde que había salido del aparcamiento del aeropuerto supo que aquello le amargaría el día. Para empezar, al sentarse pudo comprobar que el diseñador del interior había conseguido su título en una tómbola. Dejando aparte la decoración, deplorable —un trabajo que, con total seguridad, habían asignado al primero que había pasado frente al taller—, lo más complicado era la disposición de los pedales. ¿Por qué estaban puestos de lado? Para controlarlos adecuadamente, Lucía tenía que torcer su cuerpo de una forma extraña, levantando, a medias, la nalga izquierda para que su pierna llegara al pedal del embrague.

Para colmo, dicho pedal resultaba tan duro al apretarlo que cualquiera hubiera creído que debajo de él había un enorme adoquín de cemento. Así que

cada cambio de marchas, ya fuera subiendo o reduciendo, era todo un calvario para el coche y su conductor, en este caso Lucía.

Cuando veía que las revoluciones superaban las tres mil —aunque mejor sería decir que lo sentía, ya que el indicador de las revoluciones era relativo, según si la carretera tenía pendiente o no—, le entraban todos los males. Con un gesto que cualquier fisioterapeuta hubiera tildado de mortal, alargaba la pierna izquierda y apretaba a fondo el pedal, provocando que el motor del coche trastabillara un poco. Después cambiaba la marcha y, al soltar el pedal, una operación imposible de realizar con suavidad, la nueva marcha entraba de golpe y el coche entero se sacudía. Con cada nuevo cambio Lucía temía salir disparada a través de la luna delantera mientras el coche se desmontaba tras ella.

Con todo, y para sorpresa de Lucía, el pequeño utilitario aguantó sin mostrar signos de agotamiento.

El viaje, como cualquier viaje en coche sin compañía, había sido tremendamente aburrido. Al principio creyó que la radio sería su fiel compañera; sin embargo, también en ella había algo que no funcionaba del todo bien... O, mejor dicho, que funcionaba absolutamente mal.

Cada vez que el coche se sacudía o saltaba, cada vez que Lucía cambiaba de marcha o apretaba cualquier pedal o, simplemente, cada vez que el viento no soplaba en la dirección apropiada, la radio cambiaba de emisora o se paraba sin mayor explicación que un sonoro chasquido eléctrico. Teniendo en cuenta que, como hemos visto, todas esas cosas ocurrían a menudo, conseguir escuchar algo se convirtió en una batalla constante.

Lo que más sacaba de sus casillas a Lucía era que siempre cambiaba de emisora o se paraba cuando la canción que sonaba era una que le gustaba.

—¡Aaahhh! ¡Mierda de trasto! —exclamó golpeando con fuerza el volante, la tercera vez que interrumpió una de sus canciones—. Vale, se acabó, prefiero viajar en silencio —y la apagó.

Sin embargo, pocos segundos después, cuando tuvo que cambiar de marcha, se encendió de nuevo con el volumen sorprendentemente alto y saltando de emisora en emisora en apenas un par de segundos.

—¡Maldita sea! —gritó Lucía, cuya voz quedó ensordecida por el estúpido estruendo que había en el interior del coche.

Desesperada, empezó a pulsar los botones de forma violenta. Seguramente no ganaría la guerra, pero podría conducir tranquila un rato hasta el siguiente incidente. Sin embargo, la radio decidió cambiar de estrategia. Si bien bajó el volumen, empezó a emitir una emisora diferente por cada uno de los cuatro altavoces, convirtiendo aquel Twingo en una torre de Babel de color rosa.

—Si esto fuera una comedia, ahora el público tendría que estar llorando de la risa —se dijo Lucía intentando consolarse, pensando en que tal vez habría alguien a quien aquella situación podría divertir.

Después de ese momento de estrés, mientras ella conducía intentando hacer ver que aquel coche no tenía radio, sin otro aviso que el preocupante chasquido eléctrico, la radio calló de repente, dejando a Lucía sorprendida y atemorizada ante la posibilidad de que volviera a encenderse y enloquecer.

A pesar de todo, el coche parecía no cansarse. Iba circulando a toda potencia por el carril de la derecha de la autopista, devorando kilómetros y consumiendo más bien poca gasolina, teniendo en cuenta su estado. Lucía llegó a pensar que el depósito y su sistema de alimentación eran lo que mejor funcionaba en aquella pequeña máquina rebelde. Sin embargo, el tembleque constante del Twingo y la tensión que suponía cambiar de marcha la obligaron a detenerse, por su propio bien, y descansar.

Se dirigió a una de las inmensas áreas de servicio de las autopistas francesas. El lugar era enorme, un gran aparcamiento rodeaba un edificio acristalado que, según los carteles, tenía de todo, desde un bar a un restaurante, pasando por la tienda de regalos.

«Ojalá hubiera un spa —pensó Lucía mientras buscaba una plaza para su coche—. O un horno industrial, para quemar este cacharro».

Lucía no acostumbraba a aparcar lejos de la entrada. Si había una plaza a dos pasos de su destino, ¿por qué tenía que dar cuatro? Pero esta vez, teniendo en cuenta lo que conducía y el extraño comportamiento del embrague, prefirió buscar un lugar en el que pudiera realizar todas las maniobras necesarias.

Vio un rinconcito con cuatro plazas de aparcamiento disponibles y sin pensárselo dos veces se dirigió hacia allí. Al final de uno de los pasillos del aparcamiento había dos plazas encaradas a otras dos, a ambos lados del carril. A su alrededor, un bordillo de cemento separaba el inanimado asfalto del agradable césped arbolado. Antes de disponerse a aparcar, Lucía observó que debajo de uno de los árboles una mesa de pícnic parecía llamarla a gritos.

«Ahora mismo voy», le dijo con el pensamiento, y con la esperanza de que la tarea de aparcar fuera más corta de lo que suponía.

A pesar de la mala experiencia vivida con el cambio de marchas, en esta ocasión pudo realizar las maniobras con tranquilidad y bastante talento. Supuso que el coche funcionaba mejor a velocidades inferiores a los cinco kilómetros por hora.

Finalmente, tras un par de movimientos, logró encarar el coche hacia una de las plazas. Poco a poco fue avanzando entre las líneas que delimitaban su espacio. Pero, cuando casi había terminado, justo en el instante en que jugaba

con el embrague para terminar poco a poco la maniobra, este saltó de golpe. Una descomunal sacudida movió el coche hacia adelante dejando las ruedas delanteras sobre el césped y a Lucía con un chichón y una contractura cervical. Luego acabó calándose y se detuvo en seco.

—¡Muy bien! ¡Ahora te quedas así! —gritó ella frotándose la nuca.

Salió del coche desentumeciendo los músculos. Tenía la pierna medio agarrotada debido a la extraña postura en la que había conducido durante casi tres horas. Llevaba la ropa arrugada y aplastada de tanto tiempo empotrada en el asiento del conductor y tenía la boca pastosa por no hablar más que con su coche.

Cerró la puerta sin prestar la más mínima atención al hecho de que casi la mitad del vehículo estaba fuera de la plaza de aparcamiento.

Lucía entró a través de las puertas automáticas de cristal de la estación de servicio, necesitaba algo que le calmara los nervios y le repusiera las fuerzas para enfrentarse a una nueva etapa a bordo de su coche asesino.

Miró hacia arriba, confiando en que los carteles con flechas fueran más útiles que los del aeropuerto, y se encaminó decidida hacia el bar.

—Por favor, una Orangina —dijo mientras se sentaba en uno de los taburetes de la barra.

El camarero respondió afirmativamente con la cabeza mientras sacaba un botellín y preparaba un vaso con hielo.

Durante un instante, Lucía pensó en pedir un café o una Coca-Cola, pero después prefirió decantarse por una bebida sin cafeína. Solo le faltaba que algo la pusiera más nerviosa aún.

Tomó la bebida con tranquilidad, disfrutando de aquel asiento que no tenía un palmo de gomaespuma que le calentara el trasero ni un respaldo tan incómodo que le desviara la columna.

Cuando terminó, pagó al camarero y se fue haciendo de tripas corazón y envalentonándose para volver a sentarse en su vehículo. Pero al pasar frente a una máquina expendedora que había junto a la puerta de salida, su estómago protestó igual o más fuerte de lo que lo había hecho aquella misma mañana.

Lucía no era de comer mucho, pero la dieta que llevaba desde que salió de Barcelona era deplorable.

Se detuvo frente a la máquina y compró lo que parecía ser una pasta de chocolate con mucho azúcar. Cuando se tragó el primer mordisco, su estómago ronroneó agradecido. Era consciente de que, en cuanto se hubiera instalado en el hotel, entraría en el primer restaurante y lo dejaría sin existencias. Pero primero prefería llegar a Ploumanac'h.

Mientras devoraba con ansia aquella pasta de chocolate de dudoso origen, emprendió el camino. Parecía que la bebida edulcorada y la pasta industrial le habían renovado las fuerzas lo suficiente como para no pensar demasiado en el deplorable estado de su coche.

«Nadie lo ha robado. Qué sorpresa», pensó sarcásticamente mientras se acercaba.

Por suerte o por desgracia, el Twingo seguía tan mal aparcado como lo había dejado un rato antes y no había ningún otro coche en las plazas colindantes, como si los demás conductores le tuvieran miedo.

Minutos después, Lucía volvía a estar en la autopista en dirección oeste, a sabiendas de que el resto del camino sería igual de duro que el que había dejado atrás.

Cuando Berta y Claudia le dijeron que tendría que hacer un largo viaje en coche, supuso que sería aburrido o tedioso, pero nunca imaginó un ejercicio tan duro para su cuerpo y su mente. Esperaba conducir un gran turismo de gama alta, con velocidad de crucero, cambio automático, asientos de piel ergonómicos y un equipo de música envidiable. Sin embargo, se había visto obligada a viajar en lo que podía llamarse *coche* solo porque tenía cuatro ruedas y un volante, pero era todo lo contrario de lo que había esperado.

No supo por qué, pero el resto del viaje se le hizo más corto. ¿Podía ser que se hubiera acostumbrado a aquel horrible vehículo? No, no podía ser, nadie era capaz de habituarse a algo así.

¿Tal vez era por el paisaje? Atrás había quedado el desolador aspecto del asfalto de la autopista y ahora recorría una pequeña carretera rural con vastos campos de color verde a ambos lados. Vallas de madera delimitaban los terrenos, en los que se podía ver a más de una vaca pastando con tranquilidad.

Sí, debía de ser el paisaje.

—¡Por fin! —exclamó al ver un cartel al borde de la carretera.

Entre otros destinos, anunciaba que tan solo le faltaban cinco kilómetros para llegar al suyo.

Después de todo, de las sacudidas, la radio loca y el embrague psicópata, parecía que el viaje estaba a punto de terminar sin más desagradables sorpresas. Sin embargo, solo lo «parecía».

Después de haber recorrido apenas un centenar de metros, el motor empezó a hacer un ruido extraño... Bueno, un ruido todavía más extraño. Ronroneó con un sonido quebrantador, tosió como si estuviera congestionado y, finalmente, carraspeó con fuerza. Tras ese repertorio sonoro, dio un par de fuertes sacudidas que hicieron tambalearse a Lucía y, después de tantos kilómetros recorridos, casi en la línea de meta, se detuvo.

—No, no, no, no —empezó a susurrar Lucía mientras el coche seguía circulando gracias a la inercia.

Pero no le hizo caso. Intentó volver a arrancarlo accionando una vez tras otra la llave en el contacto, pero solo emitió un preocupante sonido afónico.

Al final, el triste estado del Twingo había vencido. Aprovechando la poca inercia que aún tenía, Lucía lo dirigió como pudo hacia la cuneta. Por suerte, los frenos seguían funcionando, así que lo detuvo, puso el freno de mano y sacó la llave del contacto.

Durante un segundo que se hizo eterno se quedó sentada en el asiento del conductor con la mirada perdida en el infinito y la mente completamente en blanco. Aunque tomó un color más bien negruzco cuando un espeso humo negro empezó a salir de debajo del capó.

—¡Mierda!

Guiada por un acto reflejo, salió a toda prisa con el corazón desbocado y la respiración acelerada.

Mientras lo miraba desde una distancia prudencial, pensó en qué hacer. Durante un momento se planteó abrir el capó, sin embargo desechó la idea al aceptar que no sabría cómo arreglar un motor estropeado.

La segunda opción era llamar a la grúa o a la agencia de alquiler, pero no podía hacerlo, principalmente porque no tenía teléfono.

Y antes de que pudiera pensar una tercera opción, una explosión cortó sus pensamientos de raíz. El capó se había abierto de golpe soltando una gran bocanada de humo negro.

—¡Joder, vaya susto! —exclamó acercándose lentamente para recuperar sus cosas antes de que pudiera pasar algo más.

Cuando su mano estaba a menos de un centímetro del pomo de la puerta, una gran sacudida movió el coche entero dejándolo inclinado hacia delante. Lucía no comprendió lo que había pasado hasta que vio cómo un neumático con llanta salía rodando de la parte frontal.

Se quedó ahí, pasmada, sin saber si llorar, reír o dejar que un ataque de nervios se apoderara de ella. Después de un segundo viendo cómo la rueda se alejaba perdiendo lentamente velocidad hasta caer pesadamente de lado, su reacción solo pudo ser de... ¡ira!

—¡Vaya trasto! —protestó dándole un puntapié al neumático delantero, que todavía permanecía pegado al coche, con tan mala suerte que se hizo daño en el dedo gordo; se apoyó sobre la carrocería ardiente y se quemó la mano—. ¡Me cago en la...!

No quiso seguir. Probó a controlarse apretando los labios y aguantando la respiración, a la vez que cerraba con tanta fuerza las manos que los nudillos

fueron tornándose blancos. Cuando ya no pudo sostener la respiración más tiempo, soltó un largo bufido seguido de una profunda inhalación.

«Cálmate. No ganas nada enfadándote». Eso lo había aprendido después de hacerse daño y quemarse.

Cojeando y con la mano dolorida, emprendió una pesada marcha hasta la rueda fugitiva. La puso de pie y la llevó rodando de vuelta. Lo mejor era mantener todas las piezas lo más juntas posibles, aunque no estuvieran unidas.

Después de dejar la rueda a un lado del coche, y antes de que este explotara por combustión espontánea, decidió recuperar su maleta del asiento trasero y la apartó tanto como pudo del peligroso vehículo.

—Y ahora ¿qué? —se preguntó mirando a ambos lados de la carretera con la esperanza de que un amable conductor la recogiera y la llevara hasta su destino.

En vista de que no se oía ni se veía a nadie, se sentó sobre su maleta y esperó. Tenía clara una cosa: tal vez se habría quedado sin coche, pero no iría andando. Ni que fuera una mochilera.

Esperó, siguió esperando y todavía hubiera seguido esperando si sus nervios no la hubieran traicionado.

Intentó relajarse y pensar con claridad, pero no pudo. Su subconsciente le decía algo que no quería aceptar. Solo había una alternativa posible, no podría esperar eternamente en esa carretera de mala muerte hasta que pasara alguien. ¿Y si no ocurría? Solo había una opción: recorrer el camino que le quedaba a pie y buscar un mecánico que pudiera arreglar el coche en Ploumanac'h.

—Vale —gruñó para sí misma—, iré andando.

Perezosamente y sin perder la esperanza de que alguien apareciera tras ella por sorpresa y se ofreciera a llevarla, se levantó, extrajo el asa extensible de su maleta y empezó a caminar arrastrando los pies por el borde de la carretera, mientras la maleta rodaba produciendo un sonido granulado tras ella.

—Bueno —se animó en voz alta intentando convencerse—, relájate y piensa en que tu vida no irá a peor. ¿Qué más puede pasar?

Y antes de que diera dos pasos, un relámpago iluminó el cielo, que cada vez se veía más gris y encapotado. Pocos segundos después el trueno respondió resonando como si aquel lugar del mundo fuera una pequeña habitación con paredes de madera.

—Genial. Esto me pasa por hablar —dijo sin fuerzas, dejando que un millar de gotas empezaran a caer sobre su cabeza—. Y encima no llevo paraguas.

## XIV

Seamus estaba tras la barra, pulsando botones en la caja registradora, sacando los *tickets* y las cuentas de los clientes que a esa hora, poco antes de las dos del mediodía, abandonaban La Calogero.

En la cocina se oía trastear a Guido limpiando y ordenando la cocina para la noche. Parecía que estuviera tocando un solo de batería con ollas y sartenes. Un servicio más, su cocinero se había lucido. La Calogero no tenía la pretensión de convertirse en el mejor restaurante del mundo, ni del país, ni tan siquiera de la región, sin embargo sabía que todos sus clientes quedaban satisfechos. Guido preparaba unos platos excelentes, tanto por el sabor como por la agradecida cantidad de comida que había en ellos. Los paladares más finos se sentían más que satisfechos y los tragaldabas llenaban el buche sin protestar por la pequeñez de las raciones. Seamus nunca se había planteado llevar su negocio más allá. No quería competir, simplemente disfrutar con lo que hacía a la vez que ganaba dinero suficiente para él, Guido y su novia, Georgette.

Seguramente, aquel restaurante solo necesitaba un hombre en la cocina y otro en el comedor. Seamus sabía, por la experiencia de las primeras semanas en Ploumanac'h, que se bastaba solo para servir las mesas mientras Guido preparaba los platos. Sin embargo, el cocinero lo había convencido, o eso le había dejado creer Seamus, para que contratara a Georgette como camarera. En realidad se había dejado convencer; Georgette no le suponía un gasto inalcanzable y además conseguía que Guido disfrutara con su trabajo como nunca lo había hecho. Además, así lo veía feliz, algo que solo había conseguido metiéndole en aquella cocina lejos de las calles de Londres.

Cuando preparaba los últimos cambios, Georgette se acercó.

—Todos los clientes que quedan están servidos y solo les falta lo que estás preparando.

—Ajá —respondió Seamus sin dejar de disponer las monedas en las diferentes bandejas metálicas.

—¿Te importa si me voy a casa? Es que tengo hacer un poco de faena y eso —le preguntó, como si fuera una alumna que pide permiso a un profesor para saltarse la clase.

—Claro, sin problema.

Con la sensación de haber conseguido algo extraordinario, Georgette fue a la cocina, se despidió de Guido y se fue del restaurante saludando con una mano a los clientes habituales.

A pesar de que solo trabajaba media jornada, repartida entre las horas punta de la comida y la cena, los fines de semana y los festivos, a final de mes Georgette siempre trabajaba más de lo que debía. Por eso Seamus le daba todas las propinas y le dejaba cierta libertad de horarios. En realidad lo hacía por eso y por otra cosa, aún más importante: por Guido.

El cocinero la había conocido poco después de que él y Seamus se instalaran en el pueblo. Y en pocos días quedaron prendados el uno del otro. Pero lo que más sorprendió a Seamus no fue el flechazo de aquellos dos, y que todavía duraba varios años después de conocerse, sino que Georgette había conseguido lo que ninguna otra chica: que Guido dejara de ser un tarambana.

Hacía años que lo conocía y sabía de sobra que era todo un donjuán y un mujeriego, aparte de otras muchas cosas. Pero ninguna de las chicas de la larga lista de ligues de Guido había logrado corregirlo. El cocinero tuvo que dejar su ciudad y su país y terminar en aquel pequeño pueblecito para encontrar a alguien que lo controlara.

Seamus salió de detrás de la barra con las bandejitas de los cambios y empezó a repartirlos por las mesas, recogiendo a la vez los últimos platos y vasos sucios de los comensales.

Cargando una pila de platos entró en la cocina, donde Guido secaba la última de las ollas que había limpiado.

—¿Hemos terminado? —preguntó con un trapo en cada mano, frotándolos con brío contra el metal de la olla.

Seamus afirmó con la cabeza dejando la pila de platos al lado del fregadero. Guido los miró con cara de circunstancias.

—¿En serio? ¿Tengo que limpiar todo esto? —preguntó.

—No te quejes, que lo hace el lavavajillas. Así que...

—Ya, pero se tiene que hacer —protestó él.

—No protestes tanto, mételos a limpiar y vete a ayudar a Georgette.

Guido puso rápidamente los platos en el lavavajillas y encendió el aparato antes de que Seamus se lo repensara y le obligara a quedarse en el restaurante.

Mientras su cocinero recogía sus cosas, el joven regresó al comedor justo en el momento en el que Gérard, Dominique y Jean-Pierre entraban por la puerta.

—¿Lo de siempre? —preguntó al verlos.

Los tres afirmaron con la cabeza mientras se acercaban y se acomodaban en sus respectivos taburetes. Que entraran juntos significaba que la discusión la habían empezado en la calle. En esta ocasión hablaban sobre una de las últimas reformas económicas del país. Aunque por cómo lo hacían cualquiera hubiera pensado que estaban debatiendo sobre si lo de la noche anterior había sido penalti o no.

Sin que le prestaran demasiada atención, Seamus les sirvió sus habituales licores, un calvados para Gérard, un whisky para Dominique y un poco de *cassis* para Jean-Pierre.

Aunque pensaba que la discusión se alargaría la tarde entera y que, con toda probabilidad, seguiría por la noche, el debate se vio interrumpido cuando Guido salió volando de la cocina.

—¿Ya te vas? —preguntó Gérard.

—Sí, a no ser que me invitéis a una copita... —respondió él sonriendo, con la sincera esperanza de que así fuera.

—No, mejor que no lo hagáis —intervino rápidamente Seamus—, o sé de una que vendrá y os lo hará pasar muy mal.

Los tres soltaron una carcajada mientras Guido los miraba entristecido.

—Vete, que si no Georgette te hará picadillo —dijo Dominique.

—Exacto, y ya tenemos carne para la pasta en la nevera —bromeó Seamus.

—Vale, vale —aceptó él finalmente—, ya me voy, ni que os hubiera pagado para que me controléis —concluyó guiñando un ojo mientras se dirigía hacia la puerta acristalada del restaurante.

El trío de parroquianos no paraba de reír imaginándose la bronca que le podía caer si se quedaba en el bar en lugar de ir a ayudar a Georgette.

—No sé de qué os reís —dijo Seamus—, también conozco a tres mujeres que no son muy partidarias de que estéis aquí.

—Ya, pero estamos acostumbrados —aclaró Jean-Pierre con media sonrisa.

Seamus sonrió, pensando en que no sería la primera vez que aparecieran Marie, la mujer del panadero, Sofie, la del cartero, o Annette, la del barrendero, buscando a sus respectivos maridos para que regresaran a casa y se hicieran cargo de sus responsabilidades.

—Hazme caso, nunca te cases —le aconsejó Dominique—. Recuerda: el odio de una esposa es mucho peor que la condena de un juez.

Seamus soltó una carcajada, sabía por experiencia propia que era mucho mejor el odio de una esposa que cualquier condena de un juez.

—Pero no os odian —dijo en tono conciliador.

Gérard, Dominique y Jean-Pierre se miraron antes de soltar unas cuantas fuertes y sonoras carcajadas.

—No lo hacen... —empezó a decir Jean-Pierre.

—Bueno, no siempre —lo interrumpió Dominique.

—Depende —aclaró Gérard.

«Ya estamos», pensó Seamus. Había empezado una nueva discusión a tres bandas. En este caso, el debate giraba en torno al odio que les profesaban sus respectivas esposas y las mujeres en general.

Entre que él no tenía esposa ni pareja a la vista y que no quería entrometerse en una discusión sin fin con aquellos tres personajes de la barra, empezó a preparar las tazas, los vasos y los cubiertos que pudiera necesitar para la gente que viniera a merendar aquella tarde.

Mientras trabajaba tras la barra, el restaurante se fue vaciando, primero algunos clientes esporádicos, luego aquellos que comían de vez en cuando en La Calogero, después los que lo hacían cada día, y, finalmente, el comedor quedó absolutamente vacío. Hubiera sido así si Gérard, Dominique y Jean-Pierre se hubieran marchado también; sin embargo, allí seguían enfrascados en la discusión de antes que, sin saber cómo, había derivado hacia un debate religioso.

«El padre, el hijo y el espíritu santo», pensó Seamus mirando a su tres parroquianos.

Siempre había creído que aquellos tres, da igual la época en que hubieran nacido, se habrían encontrado para reunirse y discutir sobre todo los temas habidos y por haber. Por un segundo se los imaginó vestidos con una toga en alguna ciudad de la Grecia antigua debatiendo fervientemente acerca de los asuntos que preocupaban al hombre de aquel entonces. Los hubieran llamado filósofos.

Antes de que este extraño razonamiento fuera a mayores, algo entró por la puerta que hizo que los tres hombres callaran y que Seamus dejara de sacar brillo a un vaso. Los cuatro miraron fijamente en esa dirección.

En la entrada, bajo el umbral de la puerta del restaurante, que se había quedado abierta de par en par, había una chica, o una mujer, su aspecto dificultaba precisar su edad. Tenía el cabello completamente mojado y pegado a la cara, y entre un par de mechones morenos se podían ver dos ojos oscuros, una nariz y una boca con una extraña expresión, entre el asco y la desesperación.

Llevaba la ropa igual o más empapada que el cabello y pegada al cuerpo, dejando entrever unas sinuosas formas. Por el sonido de sus pasos, debía de tener los zapatos a rebosar de agua. Con cada movimiento dejaba un reguero tras ella.

—¿Hola? —saludó titubeante Seamus.

La chica soltó un chorro de agua por la boca como única respuesta.

—¿Necesita ayuda?

Seamus y los tres parroquianos la miraban desde la barra sin saber muy bien qué hacer. Estaba claro que aquella mujer necesitaba ayuda, sin embargo no sabían de qué tipo, solo veían que estaba completamente empapada.

—Sí, por favor —respondió ella finalmente, apartándose como pudo el cabello de la cara.

—¿Qué necesita?

—Un teléfono, por favor.

Seamus señaló una pequeña cabina telefónica en un extremo de la barra.

—Gracias.

Parecía que cada palabra de amabilidad y cortesía que pronunciaba aquella mujer era resultado de un fuerte autocontrol. O eso le pareció a Seamus, por el rechinar de sus dientes y la expresión de odio e ira que mostraba en cada frase.

Chapoteando, se encaminó hacia el teléfono y sacó de su bolso una cartera tan empapada como ella. Rebuscó en los compartimentos hasta que extrajo un papel que parecía derretirse entre sus dedos y un par de monedas que tiró por la ranura de la cabina antes de pulsar los botones.

—Qué chica más extraña, ¿no? —dijo entre susurros Jean-Pierre.

Los otros afirmaron con la cabeza.

—Lo que más me sorprende es lo mojada que va, ¿se habrá caído al mar? —preguntó Dominique.

—No lo creo —respondió Gérard—, tal vez en un canal o...

—¿Cuántos canales hay por aquí en los que uno se pueda caer? —preguntó con sarcasmo Dominique.

—Lo que está claro es que no es culpa del tiempo. Porque no llueve, ni tan siquiera está nublado —afirmó Jean-Pierre mientras los demás le daban la razón sacudiendo sus cabezas.

—¿Cómo que no llueve? —ladró la chica colgando el teléfono y dirigiéndoles una mirada llena de ira homicida.

—No llueve, mire —afirmó Seamus de forma inocente señalando hacia el exterior.

Ella miró hacia fuera, a través de la puerta que había dejado abierta. Brillaba un sol radiante, incluso se podían oír algunos pajarillos canturreando en el aire.

—Hombre, algo habrá llovido —dijo Jean-Pierre—, ¿no ves cómo va la pobre de empapada?

—Eso no es nada —rebatía Dominique—. Ya te digo yo que ha sido un chubasquillo de nada. Simplemente ha tenido mala suerte.

—Bueno, llover llover, ahora no llueve. Pero debe de haberlo hecho bastante para haberla dejado así —aclaró Gérard.

Una nueva discusión se había iniciado entre los tres hombres, y lo hizo sin que ninguno de ellos prestara ni la más mínima atención a su origen: aquella chica. Seamus se percató de que los estaba mirando con odio, incluso llegó a pensar que saltaría sobre ellos para arrancarles la nuez del cuello.

—¿Tienes problemas? —le preguntó.

—¿Qué? —preguntó ella desconcertada.

—Digo que si tienes problemas.

—No... Bueno, sí... No sé —respondió titubeante.

Ambos se miraron durante unos largos segundos, sin saber exactamente qué debían hacer en aquella situación.

—Mi nombre es Seamus —dijo ofreciéndole la mano por encima de la barra.

—Lucía —respondió ella estrechándole la suya completamente empapada.

—¿Qué te ha sucedido? —Seamus derrochaba amabilidad por todos sus poros.

—No importa, es una historia muy larga.

—Tranquila, tengo tiempo —dijo él mostrando la mejor de sus sonrisas.

Lucía respondió poniendo cara de asco, por lo que Seamus se sorprendió y realmente dudó sobre si quería o no saber la historia de aquella chica.

—Perdona —dijo ella rápidamente al ver su reacción—, quieres ser amable y yo te miro de esta manera —aclaró señalándose con círculos la cara.

—No te preocupes...

—No, no, es que por un segundo me has recordado a alguien que, ahora mismo, detesto.

—Está bien, cuando te tenga enfrente no sonreiré —bromeó Seamus—. Al fin y al cabo soy británico, a mis espaldas tengo una larga tradición de flemáticos que bromeaban sin sonreír.

El joven consiguió arrancarle una sonrisa a Lucía por primera vez desde que la había visto entrar en su restaurante.

—Ahora en serio, ¿qué te ha pasado? Al menos me debes eso por ensuciar el suelo de mi restaurante.

Lucía miró hacia atrás, por allí donde había pasado había un reguérón de agua empapando la mitad del comedor.

—Vale —dijo finalmente, accediendo a contarle el porqué de su aspecto.

No quiso entrar en detalles. Al fin y al cabo, Seamus era un extraño, así que simplemente le dijo que había viajado hasta allí huyendo de una serie de personas.

—Todos huimos de algo alguna vez en la vida —fue todo cuanto él dijo al respecto.

Luego le explicó el horror vivido en el coche.

—¡Madre mía! —exclamó Lucía—. Nunca había conducido una chatarra como esa. Y para colmo, apenas a cinco kilómetros de aquí va y se le funde el motor.

—¿De golpe?

—Bueno, primero se ha parado, luego ha explotado y, para rematarlo, una rueda ha decidido no seguir formando parte del coche.

—¿Cómo? —preguntó Seamus sin entender lo que Lucía quería decir.

—¿Cómo se ha ido? Pues rodando, se ha soltado del eje y se ha marchado —explicó ella sin saber si reír o llorar.

Seamus soltó una carcajada.

—Lo siento —dijo secándose las lágrimas—. Debes entender que visto desde fuera puede resultar gracioso.

—Eso mismo he pensado yo —añadió Lucía con resignación.

—Dime una cosa, cuando has visto que tenías que venir a pie no habrás dicho «No podía ser peor», ¿verdad?

—Lo he dicho.

—¿Y se ha puesto a llover?

—Exacto.

Seamus empezó a reír.

Ante tal cachondeo, Lucía se ofendió y se levantó del taburete en el que se había sentado, pero cuando se disponía a marcharse, indignada, Seamus la detuvo.

—Perdona, perdona. No debí reírme tanto.

Ella le soltó una mirada asesina.

—Lo siento, en serio.

Lucía se detuvo y regresó a su lugar.

—Así que ahora estás aquí, con todas tus cosas empapadas, el coche estropeado a varios kilómetros y sin hotel.

La chica afirmó con la cabeza.

—Para redimirme de haberme reído de ti voy a hacer una cosa.

—¿El qué? —preguntó con ojos brillantes.

—Voy a llamar a Guido.

—¿El mecánico? —Lucía se dejó llevar por la esperanza de que todo le empezara a salir bien.

—No, mi cocinero.

—Espera, ¿qué? —preguntó ladeando la cabeza y poniendo cara de asco.

—Pues eso, que voy a llamar a Guido.

—¿Y qué hará un cocinero con un coche? ¿Cocerlo a fuego lento a ver si funciona?

—No, pero se le da bien la mecánica y esas cosillas —explicó Seamus encogiéndose de hombros y moviendo los dedos como si estuviera reparando el reloj más pequeño del mundo.

—Encima de lo que me ha pasado, vienes tú, que no eres nadie, te ríes de mi desgracia y luego me propones arreglar mi coche con un cocinero.

—Pero Guido...

—¡Pero nada! —gritó Lucía interrumpiendo a Seamus y soltando toda la mala hostia acumulada durante horas—. ¡Bárbaros! ¡Trogloditas! ¡Cavernícolas! Enfurecida, cogió su maleta y se fue por la puerta chapoteando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Gérard.

—No lo sé muy bien, le he ofrecido llamar a Guido para que le arreglase el coche y se ha puesto hecha una furia.

—Pues mira que Guido trabaja casi igual de bien bajo un capó que en la cocina —aclaró Dominique.

—Además, ¿qué nos ha llamado? —preguntó Jean-Pierre.

—Bárbaros, nos ha llamado bárbaros. ¿Hoy en día quién insulta llamando bárbaro a alguien? —se preguntó Gérard.

—Y encima se ha equivocado, en todo caso debería habernos llamado galos —dijo Jean-Pierre.

—O celtas —propuso Dominique.

—Pero ¿qué pensáis? ¿Que estamos en un cómic de Astérix? —les preguntó Gérard.

—Bueno, en parte tiene una base real —admitió Jean-Pierre.

—No sé hasta dónde —afirmó Dominique.

Como si el enfado de aquella chica no hubiera sido nada importante, los tres volvieron a discutir dejando anteriores temas y enfrascándose en un debate sobre las fuentes utilizadas en los cómics de género histórico, aunque ninguno de ellos había ido nunca más allá de *Astérix*, *Umpá-pá* o *Los casacas azules*.

Mientras sus tres parroquianos seguían hablando, Seamus no pudo dejar de mirar a aquella joven enfurecida que cruzaba la calle sin mirar mientras intentaba no resbalar con sus zapatos empapados.

A pesar de la extraña reacción que había tenido con él, pensaba en que había algo en ella, por pequeño que fuera, que le llamaba la atención. Además de ser guapa y tener un bonito nombre, Lucía escondía algo más, y él deseaba descubrir qué era.

## XV

Mientras una suave llovizna empapaba las pocas calles de Ploumanac'h, Lucía salió disparada del restaurante de Seamus. Al sentir cómo seguía lloviendo, dirigió la mirada hacia el cielo con la esperanza de que aquello fuera el último coletazo de una tormenta y no el prólogo de otra.

Sin saber muy bien hacia dónde se dirigía, recorrió la calle principal de aquel pueblecito con nervio y a grandes zancadas. Si alguien la hubiera visto hubiera creído que se trataba del toro con más estilo del mundo. A cada paso que daba, Lucía resoplaba por la nariz como si estuviera a punto de embestir al primero que osara cruzarse en su camino.

Había entrado en el restaurante creyendo que conseguiría algún tipo de ayuda, aunque fuera el contacto de un mecánico, pero no había logrado nada. Ni tan siquiera pudo averiguar dónde estaba el hotel más cercano en el que hospedarse.

Se sentía realmente ofendida por la forma en que el propietario se había reído de ella. ¡Ni que fuera tan divertido tener que caminar cinco kilómetros a pie mientras cae el chubasco del siglo! Para colmo, tampoco había conseguido que la ayudaran, ni él ni sus estúpidos clientes. Cuando subió al avión en Barcelona para alejarse de su familia y los demás, había temido encontrarse con un pueblo plagado de catetos y estúpidos; y, por desgracia, así había sido.

Andando de forma dubitativa por aquella calle de aceras estrechas y arcén resbaladizo, recordó que su hermana le habló de un hotel en aquel pueblo, pero no recordaba por qué narices no había reservado una habitación. Bueno, eso ahora daba igual, debía encontrarlo y conseguir una al precio que fuese, no podía perder la oportunidad de hacer un gran descubrimiento en el mundo del arte.

Finalmente se detuvo, no quería ir dando tumbos como si fuera una mendiga. Por suerte, en Ploumanac'h había algo más que el restaurante de aquel imbécil. Mirando a su alrededor, pudo ver que solo en aquella calle estaban abiertas un par de tiendas de cerámica, una de material deportivo y otra de *souvenirs*. Así que decidió probar suerte en alguna, con sus esperanzas puestas en que fueran más amables que en el restaurante.

Ni corta ni perezosa, entró en una de las tiendas de cerámica. Era amplia, había todo tipo de platos, bandejas, vasos y jarrones dispuestos en las paredes y en las estanterías. Estaba claro que aquel negocio estaba enfocado al turismo, ya que casi todos los productos tenían el nombre de la región, la comarca o el pueblo pintado a mano, o bien estaban adornados con los colores de la bandera de la Bretaña, el blanco y el negro.

—Hola —saludó dirigiéndose a la mujer de pelo blanco que había tras el pequeño mostrador.

—Hola, ¿qué desea? —preguntó ella amablemente, esperando realizar la primera venta de la tarde.

Cuando Lucía estuvo más cerca pudo ver que la señora era más joven de lo que aparentaban sus canas.

—Solo es una pregunta. Se me ha estropeado el coche a varios kilómetros de aquí y necesito encontrar un hotel donde pasar la noche.

La expresión de la mujer cambió por completo.

—El hotel está al final de la calle, al lado de la playa —explicó sin demasiado entusiasmo.

Lucía agradeció las indicaciones y abandonó rápidamente la tienda, ya que dedujo, por la cara de la mujer, que si no iba con la billetera por delante era lo mejor que podía hacer.

«Es un pueblo de locos», pensó mientras recorría la calle mirando con atención hacia el final, deseando que las instrucciones que le había dado la llevaran a un lugar tranquilo, agradable y, sobre todo, cosmopolita. Otra cosa no, pero sabía que era incapaz de hospedarse en algún lugar con cierto aroma rústico.

Así que fue avanzando calle abajo y comprobó que la habían orientado correctamente. Al fondo, justo al lado de la playa, escondido tras la curva que tomaba la que parecía la única calle de aquel pueblecito, se alzaba un edificio diferente al resto. Parecía moderno y destacaba sobre las típicas casitas bretonas, claramente enfocado al turismo, ya que se le intuía una terraza con acceso directo a la playa.

Aceleró el paso. Quería llegar, subir a una habitación y tomarse un buen baño antes de intentar solucionar lo del coche. En ese momento ya sentía la ropa pegándose por todo su cuerpo, se había secado a trozos y era de todo menos cómoda.

Subió los cuatro peldaños de la pequeña escalinata de acceso y cruzó las puertas acristaladas automáticas. El hotel era un lugar moderno, elegante y con mucha clase. Algo completamente distinto al restaurante de aquel merluzo.

En cuanto cruzó la puerta, un afeminado recepcionista la recibió con la mayor gentileza, aunque Lucía no pudo evitar ver cómo la miraba.

—¿Qué desea?

—Una habitación, la que sea —respondió en un tono que sorprendió al recepcionista.

—Lo lamento, señorita. No tenemos habitaciones libres.

—¡Eso no es posible! —exclamó ella llevada por un repentino ataque de ira.

—Sí que lo es.

—No, no puede ser. Tiene que tener algo... —empezó a reclamar atropelladamente—. Se me ha estropeado el coche a varios kilómetros de aquí. He venido andando bajo la lluvia. Necesito una habitación. ¿No me ve?

El recepcionista la observó con cierto reparo. A juzgar por cómo aquel tipo la observaba, tuvo claro que debía de estar horrible.

—Precisamente por eso.

—¿Cómo? —preguntó Lucía abriendo los ojos de par en par—. ¿Me está diciendo que no tiene habitaciones para mí por mi aspecto?

—Siento decirle que así es exactamente. Verá, este hotel tiene una clase y una categoría que ha de mantener. No podemos darle una habitación a cualquiera.

—Perdone —le increpó Lucía con el acento más pijo que su francés le permitió reproducir—. He tenido un mal día, pero mi clase y mi estilo le dan mil vueltas al de este hotel.

No ganaba para ofensas. Ella, una chica criada en el barrio más exclusivo de Barcelona, educada en los mejores colegios e hija de la *jet-set* barcelonesa, no podía disponer de una habitación en aquel hotelucho porque el imbécil del recepcionista no pensaba que tuviera suficiente nivel. «¿Pero qué se había creído?».

—Usted no sabe quién soy yo —dijo con tono amenazador.

—No —respondió él sin inmutarse—, pero sí sé quién no es.

—¿Quién? —preguntó desconcertada ante tal respuesta.

—Nuestra huésped —respondió él con una sonrisa de victoria en sus labios.

Lucía no se podía creer que aquel recepcionista de pueblo le hubiera ganado la discusión. Ella, que... Pero ¿qué le pasaba? Debía dejar de engañarse, ese día tenía las de perder. Cerró los ojos y respiró hondo para que la furia abandonara su cuerpo.

Sin darle al recepcionista la oportunidad de despedirse tan falsamente amable como la había recibido, Lucía abandonó el hotel con la poca dignidad

que le quedaba. Tal vez aquel estúpido no supiera distinguir su clase, pero no permitiría que encima se diera el placer de echarla a la calle.

En cuanto hubo cruzado la acera, y mientras sus pocas esperanzas de relajarse en una cómoda habitación se esfumaban tras ella, un trueno avisó de la presencia de una nueva tormenta.

Una vez más, Lucía se sentía perdida y bajo la lluvia. No tenía con qué cubrirse, ni siquiera dónde dormir aquella noche. Las primeras gotas del nuevo chubasco empezaron a caer sobre ella y corrió para resguardarse bajo uno de los toldos de la tienda de material deportivo.

Dejó su maleta a un lado y se apoyó en la pared. La tormenta descargaba sobre un mar bastante calmado. Debía admitir que el pueblo tenía cierto encanto, pero lo disfrutaría más si supiera dónde dormir.

Desesperada, empezó a frotarse la cabeza con ambas manos. Tal vez así le vinieran mejores ideas, aunque en realidad era una forma como cualquier otra de quitarse el estrés de encima. Entonces se detuvo, una idea brillante había cruzado por su mente. Sacó su billetero del bolso y empezó a rebuscar entre la acumulación de papeles, notas y billetes empapados que había en él. Por primera vez en aquel día, la suerte le había sonreído. En un pequeño pósito había apuntado el número de Patrice. Debía de haber cogido aquel papelito justo antes de irse de Barcelona, pero en aquel momento le daba igual. Solo tenía que ponerse en contacto con aquel hombre y conseguir que su jefe la acogiera en su casa. Nadie podría negarse a salvarla de aquella situación en la que el destino la había puesto.

Con el papel entre sus dedos, Lucía empezó a reír de felicidad. Tenía una salida, incluso podía ser que solventara el tema del cuadro en apenas unas horas y al día siguiente estaría de vuelta en Barcelona. Sin embargo, su plan tenía una pega. Solo conocía un teléfono público y estaba en el restaurante de Seamus.

No tenía tiempo que perder buscando otro, así que hizo de tripas corazón y regresó al local de aquel memo tan deprisa como la lluvia se lo permitió.

Sin prestar ni la más mínima atención a Seamus, que quiso saludarle al verla entrar de nuevo, Lucía se dirigió hacia el teléfono que había en uno de los extremos de la barra. Cruzó el comedor casi corriendo, como si aquel aparato fuese la meta de una carrera.

Con rapidez y destreza pulsó los números que tenía apuntados en el pequeño trocito de papel humedecido.

Sonó un tono. Dos tonos. Tres. Cuatro. Y cuando parecía que nadie lo cogería, escuchó la voz de Patrice al otro lado de la línea.

—*Allo, allo.*

—¿Patrice? Soy Lucía, de la Agencia ARS.

—Hola, Lucía. ¿Desde dónde llamas? El número no es el tuyo, ¿cierto? —preguntó Patrice.

—Así es. Te llamo desde un teléfono público de un bar de Ploumanac’h.

Lucía escuchó que Seamus susurraba «Restaurante, esto es un restaurante».

—¿Estás aquí? ¡Qué magnífica sorpresa!

—Sí, siento no haber avisado, pero el viaje fue una decisión precipitada y supuse que el señor Mauresmais estaría interesado en resolver el tema de su cuadro lo antes posible.

—Por supuesto. Bueno, dime dónde te hospedas y, una vez que haya hablado con monsieur Mauresmais, mandaré un coche a buscarte.

—Ahí está el problema, no tengo dónde hospedarme, y precisamente por eso te llamaba.

Patrice no dijo nada, solo afirmó con un leve sonido de confirmación.

—¿El señor Mauresmais sería tan amable de acogerme en su casa, si fuera posible? —propuso Lucía con la mayor corrección y amabilidad.

Durante un segundo la línea permaneció en silencio.

—Verás, a monsieur Mauresmais no le gusta recibir visitas y mucho menos que alguien completamente desconocido se hospede en su casa. Te diré que tiene reticencias a que yo me quede los días que trabajo con él hasta tarde. Así que, lamentablemente, no te puedo decir que sí.

—Pero he venido andando a pie... —empezó a protestar.

—Lo siento —la interrumpió Patrice.

—Y el coche...

—No hay nada que hacer.

—Y el hotel...

—No existe posibilidad alguna. Cuando estés lista para que te pasemos a buscar, llámame, ya sabes dónde encontrarme.

«Para lo que me ha servido...», pensó Lucía.

—De acuerdo —respondió finalmente con el ánimo por los suelos.

Colgó y se quedó ahí, sentada en el taburete junto al teléfono público, sobre el cual todavía descansaba su mano. Miraba hacia la pared sin ver nada, un sinfín de cosas pasaban por su cabeza, pero en ningún momento pudo centrarse en ninguna.

Seamus, que no había podido evitar escuchar la conversación y observar el estado en que había quedado Lucía, decidió acercarse a ella. Desde el otro lado de la barra, le sirvió un vaso de agua y le ofreció la mejor de sus sonrisas para que se sintiera cómoda.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Más o menos.

Ella dejó el teléfono y se quedó mirando en las profundidades del vaso que el joven había puesto frente a ella.

—Así que te vas a quedar en Ploumanac'h, ¿no?

Lucía afirmó con la cabeza.

—¿Cosas de trabajo?

Volvió a sacudir la cabeza de arriba abajo.

—¿Ya tienes dónde dormir? —preguntó Seamus discretamente, intentando que Lucía no se percatara del interés que mostraba por ella.

La chica levantó la mirada y él vio el par de ojos más bonitos que nunca había visto. Además, la expresión de tristeza y desesperanza que mostraban era inevitablemente atrayente.

—Si necesitas un lugar donde dormir, mi casa está aquí arriba —dijo señalando hacia el techo del restaurante.

Lucía sacudió la cabeza.

—No te preocupes, siempre puedes pagar por la estancia, si eso te hace sentir más cómoda.

—¿Cómo? —preguntó recuperando la energía lo suficiente como para articular una palabra.

—Verás, necesito a alguien para que me haga algunos favores y cosillas...

Y antes de que pudiera terminar la frase, Lucía le había soltado una sonora bofetada.

—Pero ¿qué te has creído? Soy una dama —protestó mostrando de nuevo la actitud que la había acompañado desde que Seamus la conocía.

—Perdone, su excelencia, pero no me refería a eso —respondió el otro con sarcasmo mientras se frotaba la mejilla.

—¿Ah, no? —preguntó Lucía con desconfianza.

—¡No!

—Entonces, ¿a qué?

—A tareas del hogar.

Ella lo miró como si le hablara en chino.

—Ya sabes. Hacer la colada, fregar el suelo, quitar el polvo...

Lucía seguía sin responder. Como si lo que acabara de decirle le hubiera entrado por un oído y salido por el otro. Si Seamus supiera la cantidad de veces que se había quedado mirando a Teresa con aquella misma cara...

—Trabajo todo el día aquí y apenas tengo tiempo para ese tipo de cosas —añadió creyendo que Lucía necesitaba más explicaciones.

Ambos se quedaron callados mirándose fijamente.

—Si hago eso —dijo finalmente—, ¿tendré alojamiento y comida en tu casa?

—Exacto —afirmó Seamus, alegrándose de que la chica por fin le comprendiera.

—Entiendo.

Lucía no sabía qué hacer. Por un lado no conocía de nada de aquel hombre, podría estar ofreciéndole ayuda de forma realmente desinteresada o también que quisiera algo más. Por el otro, si rechazaba la oferta con total seguridad acabaría durmiendo en la calle o en cualquier otro sitio peor.

La ventaja es que él no la conocía. Si realmente hubiera sabido que nunca había hecho funcionar una lavadora o que no tenía mucha idea de lo que era un trapo para el polvo, jamás le hubiera hecho aquella oferta.

Mientras pensaba, Lucía no dejaba de jugar con su pelo, haciendo que Seamus se despistara.

—Vale —dijo al fin, ofreciéndole la mano derecha por encima de la barra.

—Bienvenida a La Calogero —respondió Seamus sacudiéndosela con fuerza.

«¡Ay, Dios! ¿Dónde me he metido?», pensó Lucía.

—Ahora deberías llamar a ese tal Patrice que te ha dejado tirada hace un rato —dijo sacando de debajo de la barra un teléfono fijo desde el que podría llamar sin dejarse una pequeña fortuna.

Ella lo miró desconcertada. Otra cosa no sabía, pero estaba claro que Seamus era un auténtico cotilla.

Sin perder un minuto, pulsó los números del papelito que todavía tenía en su mano izquierda.

Sonó un tono. Dos tonos. Tres. Cuatro. Pero antes de que oyera el quinto, saltó el contestador.

«El número al que llama está apagado o fuera de cobertura», anunció la voz electrónica.

—¡Mierda! —exclamó Lucía—. ¡Uy, perdón!... Quiero decir que... Soy Lucía, al final he encontrado un lugar donde dormir. Me podrás encontrar en el número desde el que te llamo o en el restaurante... ¿Cómo has dicho que se llama este bar?

—¡Restaurante, esto es un restaurante! —protestó Seamus.

—Vale, pero ¿cómo se llama?

—La Calogero —respondió dándose por vencido.

—Pues eso, puedes encontrarme en el restaurante La Calogero de Ploumanac'h. —Lucía calló durante un segundo sin saber qué más decir—. Adiós.

Colgó el teléfono y sintió cómo su vida se encaminaba de nuevo.

Tal vez su coche seguía estropeado a varios kilómetros de ella e iba a dormir en casa de un desconocido en lugar de en un hotel. Pero haber encontrado ayuda tan rápidamente le daba buenas vibraciones... ¿Por qué le parecía que Berta hablara dentro de su cabeza? Ni que ella hubiera sentido una buena o una mala vibración en su vida.

—Gracias —dijo devolviendo el teléfono a su lugar.

—De nada —respondió Seamus atareado tras la barra.

Lucía se lo quedó mirando. A pesar de lo que había pensado, no tenía pinta de ser un hombre peligroso.

—Por cierto —añadió mirando la mejilla sonrojada de su nuevo amigo—, perdona por la bofetada de antes.

## XVI

Un estridente golpe despertó a Lucía. Se incorporó sin saber dónde estaba. Los golpes se iban intensificando. Cada vez eran más fuertes y más seguidos. Parecía como si alguien estuviera aporreando una puerta con todas sus fuerzas.

—Pero ¿qué...? —se preguntó con voz pastosa mientras miraba a su alrededor despegando los párpados, intentando averiguar qué sucedía.

—*It's criminal! There ought to be a law...* —un berrido en inglés salió de la habitación de Seamus.

—¡Oh, mierda! —exclamó al recordar de repente dónde estaba.

—*Criminal!* —el grito de Seamus se vio ensordecido por el de un cantante de voz afónica y forzada, mientras los redobles de batería y guitarra perforaban los tímpanos de Lucía.

Ella intentó ensordecer la música estirándose de nuevo en el sofá mientras se tapaba la cabeza con el cojín, pero las notas sonaban cada vez más altas, como si supieran que no quería oírlas. Apretó con todas sus fuerzas el cojín contra su cabeza con la esperanza de que la canción terminara, pero apenas había empezado. Sin saber a qué recurrir, volvió a incorporarse nerviosa mirando a su alrededor hasta que por fin vio lo que quería. En una de las paredes del salón había un reloj de pared que marcaba la hora.

—Pero si apenas son las siete... —se lamentó.

Sin aviso previo, Seamus apareció en pijama en el comedor haciendo ver que sujetaba un micrófono invisible.

—*If you want blood, you got it! If you want blood, you got it!* —gritó plantándose en mitad del salón, justo al lado del sofá.

—Algunos intentan dormir —se quejó Lucía al verlo.

—¡Uy, lo siento! No recordaba que estabas aquí.

—Pues lo estoy, y la verdad es que no es una manera muy...

—Espera, espera, que ahora viene lo bueno —dijo interrumpiéndola y poniéndose a tocar una guitarra invisible, que cambió después por una batería que Lucía tampoco veía, y se dejó llevar por la música y los berridos que salían de los altavoces.

—Seamus, me parece perfecto que...

Sin importarle la presencia de Lucía, Seamus siguió haciendo el payaso por el comedor para después regresar hacia su cuarto mientras cantaba la letra de la canción a todo pulmón.

—Vale, mi vida es una mierda y a nadie le importa —se dijo la chica, dándose por vencida.

Sin soltar el cojín que rodeaba su cabeza y tapaba sus orejas, se estiró por segunda vez en el sofá que le había servido de cama aquella noche, con todas sus esperanzas puestas en que la siguiente canción fuera algo más tranquila que la primera.

«¿Cómo puede alguien despertarse con ese estruendo? ¿Y a estas horas?», pensó.

Por suerte para ella, la siguiente canción fue algo más melodiosa y suave, lo cual le permitió sumergirse en un duermevela en aquel incómodo sofá. Había cosas que Lucía aceptaba no saber, pero ahora estaba convencida de que nunca más dormiría en un sofá. Aquel la había dejado molida. Tenía la espalda encorvada, el tejido era desagradable al tacto y, para colmo, no podía estirarse por completo, por lo que debía dormir encogida sobre sí misma.

Mientras parpadeaba, tumbada como podía, empezó a recordar cómo había acabado allí.

\* \* \*

Al aceptar la propuesta de Seamus la tarde anterior, Lucía creyó que tendría alguna habitación de invitados, pero no era así. Después de decidir quedarse con él, le había dejado las llaves para que subiera y pudiera ducharse, cambiarse y reponerse del horrible viaje en coche. Le dijo dónde encontrar toallas limpias y, por fin, después de todo lo que le había pasado desde que se montó en ese coche...

—¡Mierda, el coche!

Lucía apenas se había acordado de él desde que la dejó tirada. Así que decidió que resolvería ese asunto a la mañana siguiente, no quería que su mal humor le complicara aún más las cosas. Como le había aconsejado Seamus, se tomó una buena ducha y mientras elegía uno de los pocos modelitos que llevaba en su maleta comprobó que la casa solo tenía una habitación, amplia, pero al fin y al cabo una. Supuso que el joven, como el caballero inglés que parecía ser, le dejaría dormir en la cama y él ocuparía el sofá o cualquier otro lugar. Se vistió y bajó al restaurante.

—¿Puedo hacer unas llamadas? —preguntó Lucía nada más entrar.

Por la cara de Seamus, supo que su aspecto era completamente diferente. Se quedó boquiabierto al verla, sin saber qué responder a la sencilla pregunta que le había formulado.

—¿Eh?... Sí, claro —dijo titubeando.

—Gracias.

Lucía cogió el teléfono de debajo de la barra y se sentó en un taburete para empezar a hacer las reglamentarias llamadas a casa. En realidad no tenía ganas de llamar. Pero sabía que su hermana estaría en un sinvivir, llevaba más de un día fuera de Barcelona y nadie sabía nada de ella. Seguramente su madre también andaría preocupada, y lo mismo Teresa. Sin embargo, dudaba de la actitud de su madre tras el descaro que mostró justo antes de que ella se marchara.

Marcó los números de forma instintiva.

—Agencia ARS, le atiende Berta.

—¿Berta? —preguntó Lucía sorprendida—. ¿Se puede saber dónde está Claudia?

—¿Lucía?

—Claro.

—Por fin, estábamos preocupados por ti.

—¿Estábamos?

—Bueno, Claudia y yo sabíamos dónde ibas, pero ni tus padres, ni Teresa, ni...

—No te atrevas a decir el nombre que supongo viene a continuación, porque te cuelgo.

—Vale, vale —aceptó Berta sabiendo que había estado a punto de meter la pata.

—Ya que te has puesto tú, aprovecho.

—¿Para?

—Para pasarte el mensaje y así me ahorro hablar con mi madre.

—No me hagas eso.

—Claro que sí, me la debes.

—¿Por?

—Por la invitación a una desastrosa cena que insististe en que aceptara.

Berta dudó al otro lado de la línea.

—Dime —aceptó finalmente a regañadientes.

—Diles a Claudia, a mis padres y a Teresa que estoy bien. He encontrado un lugar para dormir, ya he hablado con Patrice y no ha habido ningún problema durante el viaje —mintió Lucía, que no quería que sus desventuras produjeran preguntas indeseadas.

—¿Y cómo es que llegaste tan tarde? —preguntó Berta.

—El vuelo se retrasó, y cuando aterrizamos no había coches de alquiler y tuve que dormir en el hotel del aeropuerto.

Berta no respondió, parecía como si supiera que su amiga le estaba mintiendo y que le ocultaba algo para evitarse molestias.

—Vale —aceptó dubitativamente—. Pero no tardes demasiado en llamar a tus padres, si no me van a ahogar a preguntas y al final aparecerán donde sea que estés.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Adiós, y por lo que más quieras, aprovecha el viaje... Tú ya me entiendes.

—Te entiendo.

Se despidieron y Lucía colgó el teléfono.

No sabía si llamar a alguien más, pero optó por evitar a sus padres unos cuantos días. Volvería a llamar, pero de momento no había decidido cuándo lo haría y a quién.

Después no pudo hacer otra cosa que quedarse en el restaurante de Seamus viendo cómo los clientes iban y venían. De vez en cuando cruzaba alguna palabra con el joven, que parecía preocupado por animarla, como si se tratara de una amiga de toda la vida que necesita consuelo. Creyó que era un buen tío, pero todavía no la había despertado con la música a todo trapo. Eso no se lo perdonaría. Igual que a la mañana siguiente no le perdonaría haberla hecho dormir en el sofá.

—Aquí tienes un cojín y una colcha —le dijo una vez en el apartamento, dejándole las dos cosas sobre el sofá que estaba en el centro del salón.

—¿Cómo? ¿Qué? —preguntó Lucía desconcertada.

—Sofá, tú, dormir —le respondió Seamus como si fuera tonta.

—¿Tendré que dormir en el sofá?

—Claro, no hay más camas y yo no quepo en él —señaló su altura.

—Ya, pero...

—Además, no le dejo mi cama a una desconocida porque sí —bromeó interrumpiéndola, pero Lucía no aceptó la broma.

—Si hubiera sabido que debería dormir en este... Este... —no supo cómo describir el pequeño sofá de dos plazas que había frente a ella.

—Hubieras dormido bajo la bonita y húmeda noche de la Bretaña —ironizó Seamus.

Aquello no podía ser, era la segunda discusión que perdía aquel día. Primero el recepcionista afeminado del hotel y ahora Seamus. Era obvio que no estaba en el mejor de sus días.

—No pienso dormir aquí, ni que fuera una mendiga o una pordiosera— afirmó con ímpetu.

—Pues es lo que hay —dijo Seamus zanjando el debate del sofá definitivamente.

Tardó una eternidad en dormirse. No había parado de dar vueltas durante horas buscando la mejor posición, y cuando pudo descansar apenas unas horas, el café de Seamus la despertó con aquella odiosa música.

—¿Pero qué haces durmiendo aún? ¡Arriba, dormilona, que el día ya ha empezado!

—No mientas —protestó escondiéndose bajo la colcha—. Todavía no han puesto las calles.

—Compruébalo tú misma —respondió él arrancándole la colcha de un tirón.

—¡Nooo! —protestó Lucía.

—¡Sííí! —la imitó Seamus mientras iba hacia la cocina siguiendo el ritmo de la canción que Kenny Loggins había compuesto para *Footloose*.

Mientras le oía trastear en la cocina, Lucía buscó la colcha para intentar seguir durmiendo un rato, pero su malvado compañero de piso se la había arrebatado.

—¡Maldita sea! —protestó levantándose.

El joven estaba friendo algo en una sartén, algo que desprendía un aroma verdaderamente agradable.

—¿Cómo lo haces? —preguntó ella entrando en la cocina arrastrando los pies.

—¿El qué?

—Levantarte con esta energía —se sentó pesadamente en una de las sillas de la cocina.

—Dormir bien, AC/DC y saber que me espera un gran desayuno.

Era como si enumerara las cosas que Lucía no podía hacer para levantarse con las mismas ganas.

—No es verdad, tú te tomas algo por la mañana. ¿Alguna droga?

Seamus negó sonriente con la cabeza mientras cascaba un huevo.

—¿No has dicho que el desayuno te espera?

—Sí.

—Pero te lo preparas tú.

—Claro.

—Entonces no te espera.

—Bueno, no —respondió sonriendo—. Pero las ganas que tengo de comérmelo al pensar en lo que desayunaré son suficientes para levantarme de la

cama.

Sin duda tenía razón. Lucía, acostumbrada a escasos desayunos, no podía dejar de sentirse atraída por los aromas que desprendía lo que Seamus estuviera cocinando. Podía escuchar el chisporroteo clásico del beicon, sin dudarlo lo estaba cocinando junto a un huevo o una tortilla para que esta se impregnara de todo el sabor de las tiras de carne. Además, en otra paella debía de haber algo con mantequilla, ¿podían ser tostadas francesas? Más de una vez Teresa se las había preparado y sabía que, incluso solas, estaban buenísimas.

Ante tal panorama, a Lucía se le hizo la boca agua. A diferencia del día anterior había cenado, sin embargo seguía sintiendo haberse saltado alguna que otra comida. Cuando Seamus empezó a servirlo todo en el plato, se acabó de despertar, y esperó con ansia a que lo pusiera frente a ella.

Pero en lugar de eso, el joven lo colocó frente a una silla vacía que él mismo ocupó segundos después. Sin mirar a su nueva compañera de piso, empezó a devorar la comida disfrutando de cada mordisco y paladeando todos los sabores.

Lucía lo miraba con ojos de cordero degollado.

Al poco rato, él se percató. Levantó la mirada mientras ralentizaba el ritmo al que masticaba y clavó los ojos en ella.

—¿Qué? —dijo con la boca llena.

—¿Y mi desayuno? —preguntó Lucía sin perder de vista la comida.

—Eres libre de prepararte lo que te apetezca. Estás en tu casa —le explicó Seamus después de tragar un enorme pedazo de tostada francesa.

—Pero...

Él la miró de manera interrogativa.

Ella le devolvió una mirada de súplica.

—No, por ahí no paso.

—Por favor.

—¿Encima quieres que te haga de cocinero?

—Es que lo que te has preparado tiene tan buena pinta que...

—¿Creías que era para los dos?

—Sí.

—Pues no.

—Por favor —volvió a suplicar Lucía.

—No.

—Solo hoy.

—No.

—Venga, ¿no querrás que te ensucie la cocina?

—¿Ves? Eso me da igual —respondió un sonriente Seamus—. Recuerda que mientras estés aquí tú te haces cargo de la limpieza.

—Mierda —Lucía tuvo que admitir que tenía razón.

Se levantó y se encaró con la cocina. Pocas veces, o mejor dicho, nunca había cocinado, era Teresa quien le preparaba la comida. Y cuando Teresa no podía recurría a algún bar o restaurante.

Empezó a mirar lo que tenía alrededor sin saber muy bien cómo prepararse el desayuno. Tampoco quería admitir delante de Seamus que era una auténtica nulidad en los fogones y que, como mucho, era capaz de calentar un plato precocinado en el microondas. Poco más.

Para empeorar las cosas, el magnífico desayuno de Seamus le había provocado un hambre atroz, y ahora soñaba con comer lo mismo. Sin embargo, comprendió que, con suerte, a lo máximo que podía aspirar era a desayunar alguna pasta industrial que el joven pudiera guardar en algún armario.

Perezosamente, fue abriendo uno tras otro esperando encontrar una bolsa llena de *croissants* o *financiers* envasados individualmente. Pero la búsqueda fue en vano.

—Oye, ¿no tendrás, por casualidad, alguna pastita o galleta o algo así? —preguntó disimuladamente.

—¿Para qué? Dentro de un rato Gérard me traerá pastas recién hechas, por lo que solo tengo que servirme yo mismo —respondió él sin perder bocado.

«¡Maldita sea!», protestó Lucía.

La cocina empezó a crecer frente a ella. Era como si para abrir uno de los cajones tuviera que escalarla. Si hubiera hecho caso a Teresa alguna vez... «Debes aprender a cocinar», le decía. «¿Por qué?», preguntaba ella sin interés. «Por si acaso alguna vez necesitas freírte un huevo». Y aquella vez había llegado, la tenía enfrente y no sabía cómo reaccionar.

Con una mano temblorosa cogió la sartén en la que Seamus había frito el beicon esperando que, por el simple hecho de tenerla en sus manos, fuera capaz de prepararse un desayuno aceptable.

Lentamente acercó la mano, que se tambaleaba alrededor del mango de la sartén, y justo entonces Seamus apareció a su lado dejando su plato sucio y vacío al lado de los fogones.

—Ven, que te explico lo que tienes que hacer hoy. Así yo bajo al restaurante y tú te arreglas y desayunas a tu ritmo.

«Buf, por los pelos», pensó Lucía.

—Vale —respondió con voz fingidamente dormida.

Y cuando creía que lo peor ya había pasado, Seamus empezó a enumerar las tareas que tendría que hacer a cambio de quedarse en su casa.

Como si fuera Mary Poppins enseñando Banks a los niños, Seamus iba de un rincón a otro señalando y diciendo a Lucía cómo debía hacerlo todo.

—Lo primero, la colada. El cubo con la ropa sucia está...

—¿Ropa sucia? —preguntó ella con cara de asco.

—Claro, no vas a limpiar la que ya está limpia.

Lucía asintió con la cabeza.

—Como decía, el cubo está en el armario de la cocina. Ahí también encontrarás todos los productos para limpiar el baño...

—¿El baño?

—Exacto. La lavadora está saliendo por esta puerta de la cocina, bajando las escaleras del jardín, justo debajo de la cocina.

—¿Y la secadora?

—No hay, deberás tender la ropa para que se seque.

—¡Qué bien! —exclamó Lucía sin emoción.

Seamus siguió andando.

—Después hay que limpiar el suelo, que ayer lo dejaste hecho un desastre al llegar.

Lucía aceptó el reproche con resignación.

—Aunque tal vez sea mejor que quites primero el polvo.

—¿Por?

—No vas a quitar el polvo para que caiga sobre el suelo limpio, ¿no?

Ella negó con la cabeza.

—Parece como si nunca hubieras hecho nada de esto —bromeó Seamus.

«Ni que lo digas», pensó Lucía.

—No, simplemente en casa lo hacemos al revés —dijo sonriendo; no se le había podido ocurrir una excusa peor.

Seamus rio.

—¿Te ha quedado claro?

—Más o menos. ¿Dónde has dicho que estaba la lavadora?

El joven miró su reloj de pulsera.

—Vamos, te enseño dónde está, aún tengo tiempo.

Dicho esto abrió una puertecita que había en uno de los extremos de la cocina y bajó por unos peldaños de obra que iban hasta el jardín.

Lucía lo siguió vestida aún con su pijama.

—¿No tienes frío? —preguntó frotándose los brazos para entrar en calor.

—Esto vigoriza —afirmó él.

«Está como una cabra», sentenció Lucía.

El jardín era sencillo, pero muy bonito. El suelo estaba cubierto por una fina capa de césped de un color verde intenso. Al fondo, junto a la valla que lo

delimitaba, había dos hortensias de color púrpura que crecían como unos grandes arbustos. Sin embargo, lo que más destacaba eran dos enormes árboles que Lucía no supo identificar, situados en medio.

—¡Qué bonito!

—Sí, es lo bueno de vivir en estos pueblecitos. Todas las casas tienen uno así.

—¿Por qué no lo utilizas como terraza? Con este reclamo llenabas el restaurante seguro.

—Los anteriores dueños lo hacían, pero yo fui egoísta y preferí quedármelo para mí.

Lucía encogió los hombros.

Justo debajo de la escalera, en una zona enlosada del jardín, una pequeña puerta de madera daba acceso a un cuartito en el que hacía más frío que en el exterior. Dentro había una lavadora y el calentador, además de unos cuantos utensilios de jardín.

—Pones la lavadora y tiendes la ropa ahí —dijo Seamus señalándole unos cordeles que colgaban a un lado de la pared exterior de la casa.

Lucía afirmó rápidamente, y antes de que Seamus se entretuviera explicándole alguna cosa más, subió corriendo las escaleras para regresar dentro.

Cuando él llegó a su lado y cerró tras él la puerta que daba al jardín, Lucía se le acercó con cara de preocupación.

—¿Ya está? —preguntó agotada.

—Sí.

«Menos mal», pensó.

—Y recuerda, a partir de las doce puedes bajar a comer al restaurante. Guido cocina de maravilla.

—¿El mecánico?

—No, el cocinero.

Seamus se despidió y bajó la escalera que daba directamente al restaurante.

—¡Qué alivio! —exclamó Lucía, falsamente tranquilizada, sin dejar de pensar en todo lo que tenía que hacer antes de bajar a comer.

## XVII

«Lo primero es lo primero», pensó Lucía, apoyada contra la puerta de la casa de Seamus. Antes que nada tenía que desayunar, ya que si encima hacía aquel montón de tareas con el estómago vacío no llegaría al mediodía.

Decidida pero sin correr, regresó a la cocina intentando recordar lo que había visto hacer a Teresa un millar de veces y a Seamus una: preparar el desayuno. No debía de ser tan difícil, al fin y al cabo la mayoría de las personas lo hacían, ¿no?

Se convenció de que era capaz y optó por prepararse unas tostadas francesas. Solo necesitaba pan, mantequilla y una sartén, o eso creía. Aprovechando la que había utilizado Seamus, sacó dos rebanadas de pan de molde de la panera y buscó la mantequilla en la nevera, el lugar lógico donde debería estar. Rebuscó en sus estantes y cajones hasta que dio con una pequeña fiambra con la mantequilla en su interior.

Untó con ella ambos lados de las rebanadas y sin ningún tipo de gracia las arrojó a la sartén.

Miró los mandos de la cocina que, para su desgracia, era de gas y no de vitrocerámica, y empezó a girar uno de ellos hasta que se oyó un chasquido y unas pequeñas llamas se encendieron.

—¡Toma! —exclamó regodeándose antes de aplaudir su genio.

¡A ella se le iban a resistir unas tostadas!

Puso la sartén sobre el fuego y dejó que el pan se fuera cociendo. Tal vez no sabía hacer unas tostadas francesas, pero al menos desayunaría pan caliente.

Mientras tanto decidió prepararse algo para acompañarlas. No era muy partidaria del beicon y los huevos fritos, pero un café sería de agradecer. Encontró la cafetera, una vieja Orolej, en un rincón de la encimera.

«Vale», pensó defraudada, sabía que hacía falta café molido para meterlo dentro, así que su siguiente misión fue encontrarlo.

—Café, café, café —susurraba mientras abría y cerraba armarios y cajones.

Al fin encontró un paquetito abierto en un armario, y con él en la mano se enfrentó a la cafetera. ¿Dónde iba el café? ¿Había que poner agua antes? ¿Cuánto tiempo tenía que estar al fuego?

Lucía se encogió de hombros. El café quedaba descartado. Dejó la cafetera donde la había encontrado y devolvió el paquete al armario, y, una vez más, la fortuna le sonrió. Justo al lado había una lata con un conejo marrón sonriente.

—¡Bendita seas! ¡Hay Nesquik! —exclamó aliviada.

Aunque no supiera preparar café, sí era capaz de hacerse un vaso de Nesquik. Igual que un café con la Nespresso o un Nescafé, parecía que todo aquello que empezara por «Nes» y hubiera que mezclar con agua o leche se le daba bien.

Sin miedo a equivocarse, procedió con la mayor de las tranquilidades hasta que algo la distrajo. Encogió la nariz intentando captar ese olor por culpa del cual se había distraído y dejado grumitos en su chocolate.

—¿Qué es ese olor como a quemado? —se preguntó mirando por la ventana de la cocina.

Durante unos segundos creyó que se filtraba desde el exterior, hasta que, por fin, ató cabos.

—¡Mierda! Las tostadas —exclamó dejando el Nesquik a medias.

Cuando miró al interior de la sartén solo pudo distinguir dos formas cuadradas y negras que desprendían un fuerte olor a mantequilla y beicon quemados.

—¡Qué desastre! —dijo frotándose la cara.

Apagó el fuego, cogió los restos de las tostadas con dos dedos y cara de asco. No tenía miedo de quemarse, sino de tocar lo quemado y ensuciarse.

Finalmente, y a pesar de que había puesto todas sus esperanzas en las tostadas, decidió que sería mejor dejar la sartén para otro día. Así que desayunó dos rebanadas de pan de molde acompañadas de un vaso de Nesquik frío. No era un plato tan delicioso y apetitoso como el que se había preparado Seamus, pero como mínimo podía sentirse orgullosa de haber cocinado sola —si aquello era cocinar— su propio desayuno.

Una vez con el estómago lleno, decidió empezar las tareas por lo más fácil, poner la lavadora. Fue directamente al armario al fondo de la cocina. Y no se le pasó por la cabeza sacar la ropa sucia del cubo, sino que empezó a arrastrarlo por el suelo de la cocina hasta sacarlo a la calle.

A pesar de que el sol ya empezaba a asomar por el horizonte, en el exterior seguía haciendo el mismo frío de antes. Como pudo, Lucía bajó el cubo hasta el jardín. Y quien dice como pudo, dice resbalando en diversas ocasiones y volcándolo al final.

«Bueno, total ya está sucia, ¿no?», se dijo encogiéndose de hombros cuando la ropa se empapó al tocar el suelo húmedo del rocío de la noche.

Sin reparar lo más mínimo en el color de las diferentes prendas, su composición o su delicadeza, las metió dentro de la lavadora. Y guiándose por su instinto falso, introdujo el jabón que le pareció en las diversas cubetas y cerró la puerta.

Se puso en cuclillas frente a la lavadora y estudió con detenimiento los botones. La verdad, no entendía nada de aquello, y le sorprendía que Teresa supiera utilizar una de esas máquinas y ser una auténtica negada para usar un *smartphone*. Finalmente, al no saber a qué se enfrentaba, Lucía empezó a pulsar botones a discreción hasta que la lavadora se puso en marcha.

—Una cosa menos —dijo regresando a la cocina mientras se sacudía las manos orgullosa de su supuesto éxito.

\* \* \*

—¿Dónde tienes a tu invitada? —preguntó Dominique sonriendo.

—¿Lucía? Está arriba, pagando su estancia.

Seamus miró el reloj. Llevaba ya un buen rato en el bar y no tenía noticias de su nueva inquilina. Solo había dos posibilidades: que no hubiera hecho nada de lo que había prometido o que lo estuviera haciendo todo.

Aun así le extrañaba que no bajara a pedirle ayuda. Además, empezó a pensar que él era mucho más rápido con las tareas.

«Recuerda que no está en su casa. No conoce el lugar ni dónde están las cosas», se dijo.

—¿Qué le has pedido que haga? —preguntó Jean-Pierre.

—Lo normal —respondió despreocupadamente—. La colada, quitar el polvo, limpiar el suelo... Este tipo de cosas.

—¿Y ha aceptado? —preguntó sorprendido Dominique.

—Sí, ¿por qué no?

—Hombre, no sé. Después del sopapo de ayer y de la mala hostia de la que hizo gala, me extraña que haya aceptado con tanta facilidad —razonó el cartero.

—Además, ¿no crees que te has pasado un poco? Ni que fuera tu chacha.

Seamus miró a ambos. Normalmente aquellos dos y Gérard no hacían más que decir tonterías, sin embargo en esa ocasión tal vez tenían razón.

«Puede que me haya pasado un poco —concluyó—. Ella está pasando un mal momento y parece que yo me esté aprovechando».

Por un segundo tuvo la sensación de que una aguja le pinchaba el corazón.

«Debería subir y decirle que deje todo eso y descanse».

A pesar de ello, no lo hizo. No quería mostrarse compasivo. Bueno, sí quería, pero no que fuera tan evidente. Por eso le pidió que limpiara la casa a cambio de dejarla quedarse en ella.

«¿Qué diría la gente si supiera que acojo a una chica desconocida y la cuido poniéndola entre algodones? No, no. Hago bien».

—¿Eh? ¿Hola? ¿Seamus? ¿Estás aquí? —preguntó Dominique chasqueando los dedos frente a sus ojos.

—Sí, sí, claro —respondió Seamus apartando su debate interno.

—¿No estarías pensando en ella? —preguntó Jean-Pierre.

—Se nos ha enamorado —sentenció Dominique antes de que Seamus respondiera.

—¿Quién se ha enamorado? —preguntó Gérard, que entraba en ese momento en el restaurante.

—Nadie —respondió Seamus.

—Él —señaló Jean-Pierre.

—Nuestro joven barman se ha enamorado de una desconocida —explicó Dominique.

—¡Qué romántico! Ni que esto fuera una novela de amor de las que lee mi mujer —bromeó Gérard mientras se sentaba en su taburete habitual.

—No me he enamorado —dijo Seamus—, solo me he despistado pensando en el menú de hoy.

—¿Cuál? ¿El del restaurante o el de la cama? —preguntó Gérard moviendo las cejas.

Seamus los dejó por imposibles. Por ese motivo no subía a ayudar a Lucía ni le decía que bajara. Si ya se estaban montando aquellas historias habiéndole obligado él a trabajar, no quería ni imaginarse qué pasaría si acogiera a Lucía sin pedirle nada a cambio... Bueno, sin pedirle nada decente a cambio... ¡Que hiciera algo por él! ¿Veis? Incluso sus propios pensamientos lo traicionaban.

\* \* \*

Tras unas cuantas horas de duro trabajo, Lucía estaba fregando los platos. Tal vez gastaba demasiado jabón o agua, pero quedaban limpios. No sabía por qué, pero aquella tarea la relajaba. Quizá por sentir el agua en sus manos o porque estaba cansada de haber trabajado como nunca lo había hecho, o por el paisaje que se veía por la ventana y que le permitía abstraerse con facilidad.

Ante ella se extendía una hilera de paredes blancas, techos de cerámica y el cielo azul. El horizonte parecía partirse en dos. A la izquierda todo eran campos

y vegetación intensamente verde. A la derecha, las olas del mar desaparecían entre las rocas de color rojizo.

«Deben de ser estas vistas», se dijo. Por muy buenas que fueran las de su casa en Barcelona, lo único que veía era el Tibidabo alzándose sobre un sinfín de altos edificios de hormigón. Adoraba Barcelona, pero Ploumanac'h le estaba abriendo los ojos. ¿Habría algo más que Barcelona y las grandes ciudades europeas?

No podía permitirse aquellos pensamientos. A pesar de todo lo ocurrido, su lugar era la Ciudad Condal y solo estaba en Ploumanac'h por negocios. Por mucho que imaginara un futuro idílico viviendo en aquel bonito lugar, la realidad era que esperaba con locura que Patrice se pusiera en contacto con ella. Quería zanjar el tema del cuadro del señor Mauresmais y regresar a su hogar. Dudaba que pudiera aguantar más de un par de días en aquel lugar, y más si tenía que seguir en casa de Seamus.

Aunque no sabía cuándo respondería, haber podido dejarle un mensaje a Patrice la tranquilizaba. Esperaba que en cualquier momento aparecería para socorrerla y apartarla del infierno que estaba viviendo. Agradecía que Seamus la hubiera acogido, pero sentía que se aprovechaba de ella. ¿La colada? ¿El polvo? ¿El baño?! Pero ¿qué se había creído que era? ¿Su chacha? Ese pensamiento la hizo sentir culpable. Teresa hacía todo aquello sin protestar tan abiertamente como ella. Siempre la defendía diciendo que no era una chacha, sino una asistente o... ¿Por qué se engañaba? Cuando quería era una hipócrita.

Solo en una mañana se había dado cuenta de lo duro y difícil que era el trabajo de su querida Teresa.

Después de poner la lavadora, había empezado lo duro. Aun así, mientras quitaba el polvo se sorprendió al ver que era más fácil de lo que esperaba. Aunque debemos tener en cuenta que Lucía solo quitó el polvo de las superficies planas y sin objetos, es decir, de dos mesas y unos cuantos estantes.

Fregar el suelo fue algo completamente diferente. Aquella tarea se convirtió en una batalla constante contra la fregona. El maldito invento se le resistió. No consiguió escurrirla, se dejó las manos haciendo fuerza para evitar poner en el suelo más agua de la necesaria. Al final consiguió eliminar las manchas que habían dejado sus pies y las ruedecitas de la maleta la noche anterior.

Pero cuando pensaba que lo peor había pasado, descubrió que no era así. El siguiente asalto fue aún peor. El baño.

Lo del baño, más que agotador, resultó humillante. Nunca en toda su vida había pensado que con sus estudios, su familia y su posición social tendría que rebajarse a limpiar el baño de un hombre. Lo hizo rápido y sin mirar. Frotó como pudo los cristales de la ducha con una bayeta, hizo igual con la pila y la taza del

váter, que no abrió. Lo único que dejó por imposible fue el suelo. Después del follón que había montado pasando la fregona en el resto de la casa, ahora no se entretendría haciéndolo también en el baño.

Lucía había dejado para el final la tarea de tender la ropa. Le resultó bastante fácil. Cogió las camisas, camisetas, pantalones y demás con sumo cuidado para tocarlas lo menos posible. Por muy limpio que estuviera un calzoncillo, seguía siendo un calzoncillo.

Ahora, mientras lavaba los platos, podía comprobar lo bien que le había quedado la ropa. Toda bien puesta en el tendedero. Secándose bajo un sol radiante...

«¿Dónde está el sol?», se preguntó mirando el cielo que hacía apenas unos segundos era azul. En un instante lo habían cubierto unas grandes y espesas nubes de color gris, muy parecidas a las que Lucía había visto el día anterior, justo antes de que se pusiera a llover...

—¡Mierda, la lluvia! —exclamó soltando el plato que tenía entre las manos y saliendo pitando al exterior.

Recogió la ropa tan rápido como pudo, pero un chubasco igualito al que la había pillado cuando el coche se estropeó las dejó, a ella y a la ropa, empapadas. A toda prisa subió las escaleras y se resguardó en la cocina para evitar mojarse más de lo que ya estaba.

Suspiró tranquila. Tal vez la ropa no se secaría, pero no era culpa suya. La había salvado de quedar aún más mojada que cuando salió de la lavadora. La dejó sobre una de las sillas de la cocina y decidió seguir fregando los platos cuando... ¡Chop!

«¿Chop?», se preguntó. Aterrorizada por lo que pudiera encontrar, miró al suelo para averiguar qué había pisado. Estaba completamente cubierto por una fina capa de agua que provenía del fregadero.

—¡El agua! —exclamó mientras se lanzaba a cerrar el grifo.

Después de todo, tendría que volver a enfrentarse a la fregona.

—¡Madre mía! —dijo desesperanzada al verlo todo cubierto de agua—, esto no se acaba nunca.

## XVIII

Un par de horas más tarde, cuando el sol del mediodía brillaba en lo más alto del cielo y no parecía que hubiera nubes que amenazaran tormenta, Lucía pudo bajar a comer.

Sentía que su estómago protestaba con fuerza. Había desayunado poco y trabajado como nunca. Solo fregar el suelo dos veces la había dejado agotada.

Cerró la puerta del piso de Seamus tras ella y bajó las escaleras arrastrando los pies. Tenía miedo de lo que encontraría. Había irrumpido en la vida de aquel pueblecito y, en cuestión de una noche, se había convertido en una más del lugar. Tal vez si hubiera podido alojarse en el hotel aquello no habría pasado. Pero no, ahora era la inquilina del dueño del bar del pueblo, y solo le quedaba que la trataran como un personaje más de la comedia en que se había convertido su vida. Lo que le había pasado en apenas unos días era inverosímil. ¿A quién le podrían ocurrir tal cúmulo de despropósitos y desgracias en la vida real?

Con la cabeza ocupada en aquello y en cómo la mirarían todos al cruzar la puerta del bar, Lucía dirigió la vista al cielo, como si buscara la ayuda de algún ser superior y omnipotente.

Decidida, giró el pomo de la puerta y la abrió de par en par.

Casi temiendo todo un mar de miradas y de comentarios impropios de una sociedad civilizada, entró en el restaurante lo más discretamente posible. Dio un par de pasos entre las mesas ocupadas por todo tipo de personas, y antes de seguir andando se dio cuenta de que nadie la observaba. La gente estaba ocupada charlando con sus compañeros de mesas, leyendo los menús o encargando la comida a Seamus.

Aprovechando aquel inesperado anonimato, ocupó uno de los taburetes de la barra, justo al lado de la puerta de la cocina, y esperó a que Seamus se percatara de que había llegado.

Mientras contemplaba lo que ocurría en el comedor, se sorprendió al no encontrarse en el típico bar de pueblo en el que todos se conocen. Seguramente había clientes habituales y vecinos que se veían cada día, y esperaba que la discreción, el anonimato y la vida privada no existieran y que, al mínimo movimiento fuera de lo habitual, una se convirtiera en la comidilla del pueblo.

Para ser sincera, su madre y su hermana eran más cotillas, y eso que vivían en una ciudad tan grande como Barcelona. Tal vez, pensó, podría llegar a acostumbrarse a vivir lejos de su ciudad, ese pueblo parecía acogedor y...

Su estómago ronroneó interrumpiendo aquellos sospechosos pensamientos. La verdad era que tenía hambre. Esperando que Seamus se diera cuenta de que había bajado, Lucía empezó a seguirle con la mirada. Había otra camarera, pero creyó que lo mejor era esperar a que él la atendiera.

«¿Sería su pareja?», pensaba mirando a la chica rubia que se paseaba entre las mesas. Dudaba que lo fuera, ¿no debería haberse enfadado por que la acogiera a ella? Además, en la casa de Seamus no parecía que viviera una mujer.

—Hola —dijo sensualmente la voz de un hombre tras ella.

Lucía se giró sorprendida. Apoyado en la puerta de la cocina, vestido con una bata blanca y el pelo recogido bajo un sombrero estampado, había un tipo bastante apuesto, la verdad.

—Hola —respondió Lucía arreglándose el cabello con modestia.

No deseaba ligar, y mucho menos en aquel pueblecito que esperaba abandonar lo antes posible, había sido un acto reflejo.

—Tú debes de ser la invitada de Seamus, ¿cierto?

Ella afirmó con la cabeza.

—Yo soy Guido, el cocinero.

«¡El mecánico!», pensó Lucía. La verdad era que no se lo había imaginado con aquel aspecto, sino mayor y entrado en kilos.

—Si quieres, luego te puedo acompañar hasta el coche y vemos qué le pasa —le dijo mostrando una agradable sonrisa, mirándola con sus ojazos marrones.

Ella no sabía lo que hacía, pero estaba claro que el cocinero sí intentaba ligar con ella.

La camarera, que estaba apoyada en la barra mirando al cocinero, se dirigió a ella.

—No te preocupes.

—¿De qué? —preguntó sonrojada Lucía intentando disimular.

—Está intentando ligar contigo. Pero no lo va a hacer, ¿verdad?

Guido había abandonado su pose de «ligoteo» y empujaba con discreción la puerta de la cocina para esconderse tras ella.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Lucía extrañada al ver el comportamiento del hombre.

—Soy su novia —respondió la chica con cara de circunstancias—. Me llamo Georgette —añadió, y se acercó a ella para darle dos besos.

Lucía no pudo evitar sonreír al descubrir el secreto del cocinero y la camarera. Además, se alegró al saber que Georgette no tenía nada con Seamus.

Pero ¿por qué, si no le gustaba Seamus?

—Soy Lucía —respondió devolviéndole los dos besos.

—Seamus nos ha contado que te ha acogido. Y hazme caso, no permitas que te mangonee, deja de hacerle las cosas de casa.

—No importa, me ha dado cobijo.

—Lo que quieras, pero es suficientemente mayorcito para cuidarse solo.

«¡Joder!», se sorprendió Lucía. Para ser su empleada pisaba bastante fuerte.

—Ya se lo he dicho yo. ¿Cómo se atreve a hacerte trabajar después del viajecito que has tenido hasta aquí?

—Tranquila, no...

—Hazme caso, si sigue así te vienes a mi casa y yo le envío a Guido para que comparta piso con él. A ver si de ese modo me lo acaba de enderezar — afirmó Georgette entre unas simpáticas y agradables carcajadas.

Lucía respondió sonriendo.

—Por cierto, ¿qué quieres para comer?

Su cara se iluminó. Tenía hambre, mucha hambre. Además, solo pensar en que no tendría que cocinar ella fue suficiente para alegrarle el día.

—No sé —respondió—, ¿qué me ofrecéis?

—De la carta, lo que quieras. Paga el jefe —respondió Georgette con una sonrisa, y le entregó una carpeta de color granate con un par de hojas en su interior.

Al mirarla, Lucía supo que Seamus tenía razón, aquel restaurante no era un bar de pueblo cualquiera. La carta se veía elegante y moderna. Al volver a echar una mirada al comedor, comprobó que estaba más que cuidado. Si bien tenía ese toque casero que debe caracterizar a todo restaurante italiano, se notaba que Seamus no quería anclarse en los tópicos.

Su cuerpo necesitaba que le recargasen las pilas, así que Lucía no perdió más tiempo valorando el local y empezó a leer con interés todas las palabras escritas en la carta.

Todo sonaba delicioso. Ñoquis con ciruelas al estilo de Trieste, *farfalle* con panceta ahumada, polenta *pasticiata* del valle d'Aosta, albóndigas de arroz con mozzarella, fricasé de berenjenas, pierna de cordero a la Périgourdine, filete *pizzaiola*. No sabía qué escoger. Por un segundo esperó tener que quedarse en Ploumanac'h los días suficientes como para probar todos y cada uno de aquellos platos.

—No sé por cuál decidirme, todos son apetecibles —comentó al ver que no solo Georgette la observaba, sino también Guido y Seamus.

—Pues debes decidirte por algo, si no será difícil que comas —bromeó Seamus.

—¿Cuál es el que está más bueno? —preguntó abrumada por las atenciones.

—Todos —afirmó confiado Guido desde la puerta de la cocina.

—¿Todos? —preguntó Lucía.

—Sí, todos —repitió Seamus.

—Guido es un gran cocinero, aunque no lo parezca —comentó Georgette con malicia para que su compañero se picara, y lo consiguió.

—¡Eh! ¿Cómo que no lo parezco? Soy y parezco un gran chef —protestó.

—Vale, creo que ya me he decidido.

—¿Sí? ¿Qué quieres? —preguntó Georgette.

—Esto —respondió señalando con el dedo.

—Pierna de cordero a la Périgourdine, buena elección. Te va a gustar —dijo Guido regresando a la cocina.

—Ahora te lo traerá Georgette —le indicó Seamus, que volvió a ocupar su sitio tras la barra.

Así como habían aparecido tras ella, Georgette y Guido regresaron a sus quehaceres habituales. Seamus, por su parte, seguía ordenando cosas detrás de la barra. Lucía lo observaba esperando que le dijera algo, al fin y al cabo le había limpiado la casa de arriba abajo. Quería algo de reconocimiento. Al ver que le hacía caso omiso, Lucía carraspeó discretamente.

Él ni se inmutó.

La joven volvió a carraspear, esta vez con más fuerza.

Seamus, absolutamente ajeno a ello, se agachó para mover unas cajas que había bajo la barra.

Finalmente, ofendida por el poco caso que le hacía, Lucía decidió toser de forma sonora y exagerada y dejar el discreto carraspeo para otra ocasión.

—¿Sí? ¿Quieres algo? —respondió Seamus sintiéndose relativamente aludido.

Lucía lo miró sorprendida, como si ella no hubiera dicho nada.

—Por cierto —empezó a decir él sin dejar de hacer lo que estuviera haciendo bajo la barra—, ¿cómo te ha ido en casa?

—Bien.

—¿Algún problema?

Ella recordó las tostadas quemadas, la ropa bajo la lluvia y la pequeña inundación.

—No, me he defendido —mintió descaradamente.

—Genial —dijo levantándose y mirándola—. Creo que ayer me excedí con las peticiones. Si esta noche sigues queriendo quedarte en casa, ya veremos a cambio de qué, no quiero abusar más de ti como chacha.

—En todo caso, asistenta. Pero no, tranquilo, no puedo pedir quedarme en casa de alguien desconocido y encima hacerlo gratis.

—Bueno, esperemos que después de tu pequeña estancia aquí no me sigas considerando un desconocido —bromeó Seamus.

«¿Será bobo? —pensó Lucía—. ¿Bobo? ¿Qué me está pasando? Nunca he considerado a nadie bobo, y mucho menos a un desconocido».

Lucía respondió con una sonrisa, intentando disimular sus extraños pensamientos.

—Aquí tienes —dijo Guido, que había aparecido en escena para servirle a Lucía la pierna de cordero a la Périgourdine que había pedido.

—¡Madre mía! ¡Vaya pinta! —exclamó la joven mientras los aromas de la comida subían hasta su nariz, deleitándola.

—Pues ya verás cuando lo pruebes —explicó Seamus saliendo detrás de la barra para seguir atendiendo a sus clientes.

Antes de que su estómago tuviera tiempo de protestar, Lucía atacó su plato devorándolo a grandes bocados.

—Está buenísimo —le dijo con la boca llena a Georgette cuando esta pasó por su lado.

—Ya te lo he dicho. Guido es un gran cocinero.

—Y que lo digas —afirmó tras tragarse lo que tenía en la boca.

Sin esperar nada más, ni tan siquiera la bebida, Lucía siguió devorando el cordero hasta que no quedó ni el menor rastro de él.

—¿Ya estás? —preguntó Seamus al ver que dejaba los cubiertos en un plato brillante.

Ella afirmó con la cabeza.

—Estaba bueno, ¿verdad?

—Sin duda.

—Parece que no hayas desayunado; lo has hecho, ¿no?

—Sí, sí, claro —respondió intentando olvidar las dos tristes rebanadas de pan con Nesquik.

Seamus no dijo nada, se había quedado mirando al exterior, a través de la puerta que algún cliente despistado había dejado abierta. En la calle había un inmenso coche de color negro con los cristales tintados. El vehículo era como una mancha en el bonito paisaje rural de Ploumanac'h, desentonaba con todo lo que le rodeaba.

—Me parece que han venido por ti —le dijo a Lucía sin perderlo de vista.

Ella no supo cómo había llegado a aquella conclusión. Sin embargo, era normal que un vehículo como aquel fuera reconocible, aun sin haberlo visto nunca. Solo podía ser el coche privado de algún ricachón excéntrico.

Un hombre joven bajó de él. Unas gafas pequeñas y sin montura adornaban su cara afeitada. Llevaba el pelo peinado hacia atrás, largo pero con estilo, y vestía un traje gris con corbata. Lucía pensó que desentonaba en el pueblo más que ella, y mira que ella desentonaba, o eso creía.

Con paso decidido y elegante entró en el restaurante, cruzó el comedor mientras todos los presentes lo observaban en silencio y llegó a la barra para dirigirse a Seamus, que no había dejado de mirarlo en todo el rato.

—Buenos días, me llamo Patrice y he venido a buscar a Lucía, de la Agencia ARS, ayer me comunicó que la encontraría aquí.

Sin abrir la boca, Seamus dirigió tímidamente el dedo índice hacia donde se encontraba Lucía. Entonces Patrice la miró. El corazón de Lucía le dio un vuelco al verlo. No sabía cómo era personalmente, pero la manera de girarse y mirarla le hicieron pensar en lo paleta que parecería Eduardo a su lado.

—Hola —dijo acercándose a ella y alargando la mano derecha.

Por un segundo, una parte de Lucía deseó que no hubiera aparecido. Porque significaba que lo que estaba viviendo ese día se esfumaba para siempre. Sin darle más vueltas a tan estúpido razonamiento, se levantó y saludó al recién llegado.

—Buenos días —y volvió a ser la respetada tasadora de arte y no el alma perdida a quien se le había estropeado el coche bajo la lluvia.

—Soy Patrice, encantado —contestó él—. Tenemos cosas de las que hablar, ¿cierto?

Lucía afirmó mientras se levantaba del asiento. Y si no hubiera tenido algo de qué hablar, lo hubiera buscado. El magnetismo que ejercía Patrice en persona era..., era... Lucía no sabía cómo era, pero tenía algo especial.

## XIX

Lucía acompañó a Patrice fuera del restaurante. No quería convertirse en el centro de atención, aunque ya lo era. Sin embargo, de ese modo tendría la posibilidad de hablar tranquilamente con él sin que todo el mundo se enterara del tema de conversación.

Justo al lado de la puerta había una pequeña terraza cubierta por toldos de color verde. En verano debía de servir para que los turistas disfrutaran del paisaje, pero en invierno solo estaba ocupada por aquellos pocos fumadores que no podían dejar el vicio ni tan siquiera mientras comían.

—Lo siento, no es el mejor sitio para tener una reunión de trabajo, pero así evitamos las miradas.

—¿Qué miradas? —preguntó Patrice despreocupado.

«¿Es posible que no se haya dado cuenta?», se preguntó Lucía.

—Nada, no importa —respondió.

Patrice sacó una pitillera plateada y le ofreció un cigarrillo.

—No, gracias, no fumo.

—¿Te importa si...?

—No hay problema —no iba a complicar un negocio por su opinión sobre el tabaco.

Patrice se puso un cigarrillo entre los labios y lo sostuvo mientras guardaba la pitillera y sacaba un reluciente mechero. Así que empezó a fumar, Lucía se dio cuenta de que aquel rollito del tabaco le aportaba un aspecto y una clase inigualables. Nunca había visto a nadie fumar con tanto estilo.

Se preguntó cómo podía ser que un hombre como aquel, que se hubiera podido comer el mundo, hubiera decidido trabajar en un lugar perdido de la mano de Dios. Mauresmais le debía pagar mucho dinero.

Después de dar un par de caladas y respirar profundamente como si buscara relajarse, Patrice por fin habló.

—Bueno, hablemos de trabajo, ¿no?

—Por supuesto.

—Iré directo al grano, ¿cuándo puedes venir?

—Cuando al señor Mauresmais le vaya bien.

Patrice asintió con la cabeza.

—Estoy aquí —siguió Lucía—, tengo donde dormir y, de momento, no me resultará complicado alargar mi estancia tanto como sea necesario.

La joven mentía, no quería alargar su estancia en Ploumanac'h. Deseaba resolver el tema del cuadro de Mauresmais y regresar a Barcelona renovada tras los peores días de su vida.

—Comprendo —respondió Patrice dando una nueva calada a su cigarrillo—. Verás, no es tan sencillo.

—No, no. Sí que lo es. Yo voy, examino el cuadro, lo que puede suponer una mañana o una tarde de trabajo, y doy una valoración inicial antes de regresar a Barcelona para tratar el resto de los aspectos de la tasación.

—Me has entendido mal. Lo complicado no es tu parte del trabajo, sino la que incluye a monsieur Mauresmais...

—No debe incluirse —lo interrumpió ella—. Quiero decir, el trabajo lo realizo sola, no necesito ni tan siquiera que el dueño se encuentre en su casa.

Patrice la observó. Estaba claro que no se estaba explicando bien. Quería abordar el tema que le preocupaba, pero sin que Lucía se asustara y se largara.

—El problema es que no eres la primera tasadora que viene a examinar el susodicho cuadro.

—Así que todo aquello de que os recomendaron mis servicios... —empezó a decir ofendida.

—Es absolutamente cierto —la cortó él—, sin embargo os recomendaron cuando cuatro tasadores habían abandonado el trabajo.

—¿Por? Si se puede saber —preguntó Lucía sin entender muy bien qué los había espantado.

—Bueno, lo mejor sería que...

—Mira, Patrice, ahora mismo no estoy en mi mejor momento, así que si me habéis hecho venir hasta aquí sin saber si trabajaría o no, preparaos. Porque cuando me provocan soy el peor enemigo que alguien se pueda buscar —lo amenazó.

—Vale, vale —respondió rápidamente Patrice intentando evitar que Lucía fuera la quinta tasadora en irse.

—Entonces dime, ¿qué sucedió con los anteriores?

—Fue culpa de monsieur Mauresmais —dijo finalmente, tras lo cual dio una profunda calada a su cigarrillo—. Hubo un enfrentamiento y mi jefe los echó de su casa.

Lucía lo examinó inquisitivamente. No quería enfrentarse a nadie, y mucho menos a quien podía darle tantos beneficios como Mauresmais.

—Monsieur Mauresmais es muy reservado e indeciso —siguió explicando Patrice—. Los anteriores tasadores llegaron enseguida y quisieron terminar el trabajo lo antes posible, algo que chocó con la actitud calmada y relajada de mi jefe. En lugar de esperar, presionaron para que los atendiera. Y la misma discusión se repitió cuatro veces.

—¿Por eso no quisiste acogerme en su casa?

—Exacto —respondió nervioso—. Y si ahora te presentas allí queriendo hacer el trabajo, se pondrá nervioso y tampoco querrá saber nada de ti.

—¿Pretendes decirme que debo quedarme aquí —preguntó Lucía señalando a su alrededor— de forma indefinida hasta que a tu jefe le plazca atenderme?

—Si hubieras venido dentro de unas semanas, como hablamos inicialmente, seguramente ya estaría más convencido.

Lucía le lanzó una de sus miradas asesinas.

—Entiendo que tenga que permanecer unos días hasta que tu peculiar jefe se decida a hablar conmigo, pero no lo voy a hacer sin que me des una fecha definitiva. Tengo otros encargos que se han quedado paralizados en Barcelona por culpa de este.

Lucía estaba diciendo verdades a medias. Ella se había fugado de Barcelona, y los demás encargos estaban en las confiables manos de Berta.

—Lo siento, no puedo decirte una fecha límite sin mentirte —dijo él tras dar la última calada a su cigarrillo.

—Pues como mínimo déjame que hable con tu jefe por teléfono. De este modo podré presentarme y darle cierta confianza para convencerle de que acceda a trabajar conmigo —propuso Lucía.

No podía permanecer en Ploumanac'h hasta que el estúpido jefe de Patrice se decidiera a que examinara aquel cuadro. A lo largo de sus años de trabajo con coleccionistas de arte había conocido a auténticos excéntricos. Personas que coleccionaban arte y no salían de sus casas, o que coleccionaban estatuas para el jardín porque no podían entrar en las suyas. Algunas estaban tan obsesionadas con ciertos artistas que se vestían y peinaban como ellos. Como aquel tipo australiano, que quería parecerse a Dalí. Pero todas tenían algo en común: querían mostrar sus obras de arte, que ella les dijera cuán valiosas eran sus posesiones más preciadas. Alguna vez había tenido problemas al dar una tasación negativa. Pero aquello de que el propietario no quisiera ni hablar con ella era algo con lo que nunca se había topado.

—Lo siento, las condiciones son estas. Monsieur Mauresmais es muy reservado y quiere hacer las cosas a su manera.

«Eso no es ser reservado, es ser tozudo», pensó.

—¿Me estás diciendo que no quiere ni hablar por teléfono? —preguntó. Empezaba a salirse de sus casillas.

—No, monsieur Mauresmais no quiere entablar una relación si es irrelevante.

Lucía lo observó con cara de circunstancias.

—Está bien. Pero no pienso quedarme aquí indefinidamente, así que te recomiendo que presiones un poco para que me reciba.

—Lo intentaré.

Patrice aplastó la colilla de su cigarrillo en un cenicero de obra que había en la repisa de una de las ventanas del restaurante.

Lucía no supo si la conversación había acabado o si Patrice quería decirle algo más, así que cruzó los brazos sobre su pecho y esperó a que se dignara a hablar con ella.

—Pues ya está —sentenció él—, para cualquier cosa te podré encontrar aquí, ¿no?

—Aquí estaré —respondió Lucía con resignación.

—Genial, estamos en contacto.

Se despidió estrechándole la mano y volvió a subir al coche.

La joven se quedó allí plantada, en la pequeña terraza del restaurante de Seamus, observando cómo el coche de Patrice se alejaba por la calle principal de Ploumanac'h. El sonido del motor se fue apagando a medida que se alejaba dejando, poco a poco, que el canto de los pájaros volviera a ganar protagonismo.

Su mente daba vueltas, no conseguía centrarse en nada. Por un lado deseaba regresar a Barcelona habiendo hecho el negocio del siglo, pero por otro, después de lo que le había dicho Patrice, no quería ni hablar con el señor Mauresmais. Algo le decía que estaba cometiendo un error intentando hacer negocios con aquel misterioso hombre, a pesar de que se trataba de un cliente con dinero. Seguro que era el más excéntrico de todos con los que había trabajado.

Había una cosa más que daba vueltas por su cabeza. No sabía si era el aire fresco con aroma de mar, el rechinar de los pájaros o el buenísimo plato que había degustado hacía un rato. Pero algo en aquel pueblecito le decía que se quedara. ¿Por qué? No lo sabía. Ella era una chica de ciudad. Si alguna vez abandonaba Barcelona sería para irse a vivir a París, Londres o Nueva York. No a Ploumanac'h.

Entonces un soplo de aire llegó desde la playa. Arrastraba el olor de la sal y de las piedras. Incluso se podía percibir el agradable aroma de la lluvia. Sabía que no se quedaría más que lo equivalente a unas pequeñas vacaciones, pero, sin lugar a dudas, si se lo proponía, Ploumanac'h era el sitio perfecto para relajarse y olvidarse de los problemas que la habían arrastrado hasta allí.

Volviendo a la realidad, recordó la conversación que había mantenido con Patrice. Ese hombre era un perfecto caballero, cuya amabilidad se veía traicionada por culpa de su jefe. Mientras hablaba, Lucía notaba que le sabía mal no acogerla y ofrecerle trabajar enseguida. Mauresmais debía de ser de armas tomar para que su secretario respetara sus malas costumbres tan devotamente.

Había una frase que le estaba haciendo pensar. No sabía cómo tomársela. «Monsieur Mauresmais no quiere entablar una relación si es irrelevante», ¿qué había querido decir Patrice con aquello?

—¿Irrelevante? —se preguntó en voz alta.

Entonces se dio cuenta de lo que quería decir con aquello. Ella no era alguien «irrelevante».

—¡Será gilipollas! —exclamó con cara de asco, mirando por donde había desaparecido el coche de Patrice.

## XX

—¿Yo soy gilipollas? —preguntó Seamus desde la puerta del restaurante.  
—¿Eh? ¿Qué? —Lucía parecía despistada—. No, tú no.  
—¡Buf! No sabes el peso que me quitas de encima —bromeó él—. ¿Cómo te ha ido con el guaperas?

—No muy bien, la verdad.

—¿Qué es la Agencia ARS?

—El nombre de mi empresa de tasación de arte —respondió Lucía mecánicamente.

Seamus quedó impresionado.

—Así que, ¿cuándo te marchas? —preguntó fingiendo despreocupación.

Lucía lo miró y por un segundo Seamus creyó que lo mataría ahí mismo.

—Tú y yo tenemos que hablar —ordenó Lucía, y entró en el restaurante.

Seamus la siguió. Había llegado el día anterior, pero se paseaba por ahí como si fuera la jefa, cuando en realidad quien mandaba era él. Pero no quería llevarle la contraria, sobre todo tras el cabreo monumental que había cogido apenas unas horas antes.

—¿De qué? —preguntó entrando tras ella.

Cruzaron el comedor mientras la gente volvía a la normalidad tras desaparecer Patrice.

Lucía fue directamente a la puerta que subía hasta la casa de Seamus, que miró a su alrededor buscando a Georgette.

—¿Te haces cargo de la caja? —le preguntó.

—Sin problemas —respondió la camarera antes de ver cómo su jefe desaparecía escaleras arriba.

Ambos entraron en casa. Aunque la había conocido apenas un día antes, había algo en Lucía que a Seamus le daba la suficiente confianza como para dejarle hacer, igual que confió al dejarla sola realizando las tareas del hogar.

Ella se detuvo en mitad del comedor, cruzó los brazos sobre su pecho y se encaró con Seamus. Él, acobardado, prefirió callar y escuchar lo que su prácticamente desconocida compañera de piso tenía que decirle.

—Al final, debido a las excentricidades de un cliente, me veo obligada a quedarme más tiempo de lo que desearía en Ploumanac’h. ¿Hay algún problema o existe algún inconveniente para que siga quedándome en tu casa?

—No —Seamus creyó que un monosílabo resultaba incluso demasiado.

—Entonces deberíamos establecer ciertas normas de convivencia, ¿te parece bien?

—Sí —respondió sin atreverse a añadir nada más.

—En ese caso —Lucía cogió aire, estaba a punto de empezar a hablar sin callar durante varios minutos—, lo primero de todo, nada de AC/DC.

—¿Por?

—Porque no lo soporto, solo son berridos y música estridente.

—Porque me caes bien, si no tendríamos una discusión sobre gustos musicales.

—Nada de AC/DC, ¿estamos? —Lucía repitió la pregunta.

—Estamos —respondió Seamus obedientemente.

—Nada de karaoke matutino —prosiguió Lucía.

—Pero...

Lucía no necesitó repetirlo, solo fijó sus ojos en los de Seamus hasta que este apartó la mirada y bajó la cabeza.

—De acuerdo.

—Me prepararás el desayuno —no sabía si sonaría muy egoísta, pero tenía que probarlo.

—¡Ah, no! Por ahí no paso. Encima de que te quedas en mi sofá, no voy a prepararte el desayuno.

—Muy bien —Lucía tenía una baza con la que Seamus no contaba—. Hablando del sofá...

—¡No!

—Me dejarás dormir en tu cama.

—No.

—Sí.

—Te dejo esta noche, nada más.

—Dos de cada tres noches —regateó Lucía.

—Una de cada dos y te preparas tú el desayuno —propuso él acercando su cara a la de Lucía. «¡Qué bien huele!», pensó al hacerlo. Pero ¿se podía saber qué le pasaba a su cabeza? Estaba negociando el futuro de su cama y no dejaba de sentir aquel aroma dulce que ella desprendía.

—De acuerdo —Lucía aceptó a regañadientes, prefería dormir y desayunar cualquier cosa—, y hoy me toca a mí —concluyó mientras le estrechaba la mano.

—¡Eso no vale! —protestó Seamus.  
—Lo has aceptado —ella le señaló sus manos entrelazadas.  
—Mierda —dijo Seamus soltándola—. ¿Alguna cosa más, su excelencia?  
—No voy a seguir siendo tu chacha —no podía dejar de sentirse culpable cada vez que usaba aquella palabra.  
—¿Te pasarás todo el día haciendo el vago? —preguntó Seamus ofendido. Ella se encogió de hombros.  
—¡Eso sí que no! Puede que te perdone que no limpies cada día a fondo, pero algo harás. En casa o en el bar.  
—¿No decías que era un restaurante? —preguntó Lucía con retintín.  
—Eso, en el restaurante. Pero de algún modo pagarás tu estancia.  
—Hecho.

Volvieron a estrecharse las manos mirándose fijamente a los ojos. Podía ser que aquella discusión hubiera terminado en tablas, pero aún quedaba mucha guerra.

\* \* \*

La tarde fue tranquila. Lucía entabló conversación con Georgette, que se ofreció a dejarle algo de ropa, ya que debido a su precipitada marcha de Barcelona la maleta de Lucía andaba más bien escasa de modelitos. Además, Georgette prometió llevarla a un supermercado cercano después de terminar su turno, para que comprara lo que necesitara. Desde un cepillo de dientes a un par de pantalones.

—¿Cómo has podido irte de tu casa así de golpe? —le preguntó mientras paseaban por uno de los pasillos del súper.

—¡Uy, si yo te contara! —respondió Lucía mientras cogía un desodorante.

Tras haberse abastecido de ropa y productos de primera necesidad, se instaló del todo en el comedor de Seamus ocupando gran parte de él con sus cosas. Cuando el joven subió más tarde, casi le dio un infarto al ver el estado de su sofá: lleno hasta arriba de ropa de chica. La mesita parecía la de un centro de belleza repleta de botes de productos que él desconocía por completo. Y en medio, con cara de malicia, le esperaba sentada Lucía.

—¡¿Pero qué es todo esto?!

—Nada, cuatro cosillas que necesitaba para poder quedarme aquí.

—No protestes —intervino Georgette—, la pobre había venido prácticamente con lo puesto.

Seamus se tragó su orgullo y se acercó a Lucía antes de irse de nuevo hacia el restaurante.

—Hoy has vencido, pero esto todavía no ha terminado —le susurró al oído.

—¿Qué dices? —preguntó Georgette.

—Nada, bajo a preparar la cena, hasta ahora —respondió él sin perder de vista a Lucía.

La respuesta a tal ataque e invasión del comedor tardó en llegar, pero cuando lo hizo fue de golpe.

En mitad de su sueño, Lucía empezó a percibir el sonido de una guitarra eléctrica que subía de volumen más rápido de lo que su mente podía percibir. Cuando una batería se unió a la guitarra, abrió los ojos de golpe. La música hacía temblar las paredes de la casa.

«¿Se puede saber qué...?», se preguntó aturdida todavía por el sueño.

La intensidad aumentaba con cada acorde, incluso un grupo de hombres parecía ladrar a su ritmo. Cuando el cantante de voz rota empezó a berrear, Seamus hizo acto de presencia haciendo ver que tocaba la batería.

—*RA-RA RASPUTIN! Lover of the Russian queen. There was a cat really was gone. RA-RA RASPUTIN! Russia's greatest love machine. It was a shame how he carried on...*

Lucía miró el reloj, apenas eran las seis.

—¿No habíamos quedado en que nada de música a primera hora de la mañana?! —preguntó casi gritando por encima del volumen de la música.

—Dijiste que nada de AC/DC, y no es AC/DC, es Turisas —contestó Seamus sonriendo y bailando por el comedor.

—¡Me da igual! Sigue siendo el maldito karaoke matutino.

—Yo no estoy cantando, solo bailo y finjo que canto —Seamus se regodeaba en su pequeña victoria mientras la música sonaba a todo trapo.

Lucía consideró aquello una agresión a los acuerdos marcados el día anterior. Si Seamus quería guerra, tendría guerra.

La música no se detuvo, durante toda la mañana siguió sonando aquella maldita selección de *rock* y *heavy* que Lucía no podía soportar. Encima, cuando Seamus bajó al restaurante, solo le dijo:

—Como veo que te gusta tanto, te dejo puesta la música.

Así que decidió terminar con aquello por las malas. No tenía ni idea de dónde salía aquella música. Pero ya fuera un ordenador, un cd o un mp3, lo encontraría y se desharía de él para, a partir de entonces, poder dormir sin molestias.

Incluso antes de intentar prepararse el desayuno, registró toda la casa hasta que por fin lo encontró. Oculto en un armario del comedor había un equipo de

música con un reproductor mp3 enchufado en la parte superior. Como si estuviera cometiendo el peor acto de guerra posible, Lucía cogió aquel endiablado aparatito y lo escondió entre sus cosas, allí donde Seamus no se atrevería a buscarlo y, por lo tanto, donde no lo encontraría nunca. Mientras lo guardaba entre su ropa interior, no pudo evitar soltar una carcajada de auténtica maldad. Aquel golpe haría que su enemigo perdiera la moral.

En realidad no sabía por qué hacía aquello, no tenía nada contra Seamus. Dejando aparte sus gustos musicales, la había acogido en su casa sin pedir nada a cambio. Sin embargo, no podía dejar de provocarle y seguir aquel peculiar juego suyo.

«Tal vez debería parar», pensó contemplando el lugar donde había escondido el mp3. Sin embargo, a la noche siguiente se arrepentiría de lo que acababa de hacer.

En un contraataque inesperado, y aprovechando que Lucía volvía a dormir en el comedor, Seamus preparó un golpe maestro. En mitad de la noche, cuando lo único que se podía escuchar era el sonido del mar y el apacible respirar de la joven, se dirigió a la cocina y llenó un vaso con agua caliente. Luego se acercó sigilosamente a su víctima y puso su mano dentro de él. Con cuidado, se apartó y volvió a la cama a la espera de lo inevitable.

Mientras se acostaba de nuevo, tuvo que aceptar que aquello era un golpe muy bajo. Si era sincero, no sabía muy bien a santo de qué le seguía aquel juego a Lucía. Era buena chica y, al fin y al cabo, resultaba agradable tenerla en casa.

«¿Será esto una forma de estar más con ella?», se preguntó. Pero enseguida tuvo que ahuyentar esa idea, pues la vio correr desesperadamente hacia el lavabo y encerrarse en él.

Seamus empezó a reír. Intentó ahogar el sonido de sus carcajadas tapándose la boca, pero al final no pudo contenerse y estalló.

—¡Te voy a matar, Seamus! —exclamó Lucía desde el baño.

No podía dejar de reírse de ella. Ignoraba si se había meado encima, pero solo imaginarse la cara de alarma que debía de tener era suficiente para no poder parar.

La puerta del baño se abrió de par en par y la joven apareció completamente sonrojada.

—Eres un cabrón y lo sabes.

Seamus se fijó en que sus pantalones seguían secos.

—Al menos no te has hecho nada encima —observó, secándose las lágrimas, sentando en la cama.

—No, pero casi.

Entonces Lucía corrió hacia la cama y lo tumbó de un empujón. Cogió uno de los cojines y empezó a golpearle una vez tras otra.

—Para, para —pedía Seamus entre carcajadas.

Para evitar que le golpeará más, la cogió de la cintura y la tumbó boca arriba. Él quedó recostado sobre ella y sus caras enfrentadas a pocos centímetros. Aquella proximidad hizo que Lucía dejara de resistirse. Sus miradas se cruzaron y sus rostros empezaron a acercarse, hasta que apenas quedó espacio entre sus labios.

—Mejor me voy al sofá —dijo Lucía haciendo el intento de levantarse.

—No, voy yo, te lo debo por la broma —respondió Seamus apartándose de ella rápidamente—. Buenas noches —dijo dirigiéndose hacia el comedor.

Lucía lo observó medio inclinada en la cama, con los codos clavados en el colchón. ¿Se podía saber qué le estaba pasando? Ese comportamiento no era propio de ella. Nunca había tenido tanta confianza con un chico como para pelearse en la cama con él, y mucho menos con uno que acababa de conocer. Aquel lugar la estaba cambiando, pero no sabía si para bien o para mal.

Lo que sí sabía con total seguridad era que, a la mañana siguiente, se vengaría de la traición que había sufrido mientras dormía. Si Seamus sabía jugar con el agua, ella era aún mejor.

Se llevó una alegría cuando a la mañana siguiente no sonó música, sino el leve pitido del despertador. Pocos segundos después, Lucía observó cómo un apesadumbrado Seamus se dirigía sin energía hacia el baño para tomar su habitual ducha matutina. En cuanto hubo cerrado la puerta, la joven se levantó y corrió hasta la cocina. Saboreando cada instante de su venganza, se acercó lentamente hasta el grifo del fregadero y esperó. Al cabo de unos segundos oyó cómo el agua circulaba por las cañerías en dirección al baño. Esperó el tiempo suficiente para que Seamus se pusiera bajo la ducha. Y cuando creyó que había llegado el momento, con el mayor de los placeres, activó el grifo.

Un grito de dolor salió del baño.

Lucía cerró el grifo. No sabía si había helado o quemado a Seamus, pero sí que lo había hecho sufrir. Esperó unos instantes más y volvió a abrirlo. Otro grito retumbó en la ducha.

Siguiendo un ritmo imaginario, Lucía jugó con el grifo haciendo que Seamus recorriera con sus gritos toda la escala musical, desde el tono más agudo al más grave.

Momentos después, medio enjabonado y cubriendo sus partes nobles solo con una pequeña toalla, apareció en la cocina con cara de dolor.

—Ya vale —le advirtió con el dedo—. Ya te has vengado por lo de anoche.

«Pues está bastante bueno —pensó Lucía ladeando la cadera mientras observaba la piel blanca de Seamus—. No pienses en eso, pareces Berta», se dijo enseguida, sin perder de vista el cuerpo de su supuesto «enemigo».

Sin embargo, cuando él se dio la vuelta para regresar al baño, no pudo evitar mirarle el culo.

## XXI

Pasados un par de días, una tregua se había establecido entre Seamus y Lucía. Tal vez se les habían acabado los recursos para hacerse bromas pesadas, o puede que en realidad no quisieran gastarse más. Aunque en el fondo ambos se negaban a esta última opción.

La tensión de los primeros días se había esfumado y poco a poco se acostumbraron a compartir piso. A Seamus ya no le sacaba tanto de quicio el deplorable estado de su salón, y Lucía, por fin, podía despertarse oyendo los sonidos de la naturaleza, tan poco habituales en la gran ciudad, en lugar de los estridentes cánticos de Seamus.

Pero otro tipo de tensión había surgido. Desde la improvisada lucha de cojines, algo los llevaba a sentarse siempre juntos, hablar más de la cuenta e inventarse bromas que solo ellos dos podían comprender.

Guido, Georgette y los demás habían empezado a percibir una atracción irrefrenable entre ambos. Sin embargo, cuando alguien los interrogaba al respecto, lo negaban, se ofendían o se enfadaban, y nunca aceptaban que hubiera ni un pequeño ápice de atracción.

Por otra parte, Lucía se iba habituando al ritmo más calmado de Ploumanac'h. Sus nervios pocas veces afloraban y era capaz de prepararse el desayuno con cierto éxito.

«¿Qué pensaría Teresa si me viera?», se preguntó en más de una ocasión.

Había mejorado tanto que incluso se atrevía a ayudar a Guido en la cocina, algo que ni Georgette osaba hacer.

—Eres tan buena como pinche de cocina que te ofrecería un puesto fijo en el restaurante —le propuso Seamus medio en broma.

—Sí, claro. Y abandonaré mi trabajo de prestigio, mi piso en Barcelona y mi estatus social para quedarme a trabajar contigo —repuso ella.

Sin embargo, había algo en aquella proposición que la atraía misteriosamente.

A pesar de que Seamus había insistido en que dejara de hacerlo, Lucía siguió haciéndose cargo de las tareas del hogar, alegando que eso le permitía

olvidarse de Patrice y Mauresmais, de los que no tenía noticias desde que habló con el secretario.

—¿Qué harás si no te dicen nada? —le preguntó Georgette una tarde.

—No lo sé, lo primero será insistir en el teléfono de Patrice. Pero si el tema se alarga demasiado tendré que decidirme y marcharme. No puedo esperar de forma indefinida a que les plazca atenderme.

—¿Y nos abandonarías? —bromeó Georgette.

—No pretenderás que me instale para siempre en el sofá de Seamus.

—¿Y por qué no? A él no le molestas, incluso te ha ofrecido trabajo.

Lucía solo pudo responder con una sonrisa de amabilidad.

La verdad era que el pueblo la había acogido de forma increíble. Sobre todo Seamus, dejándole dormir en su casa. Pero también Georgette y Guido, que ya eran lo más parecido a unos amigos. Incluso Dominique, Jean-Pierre y Gérard, que en un primer momento le habían parecido unas personas despreciables e inaguantables, se iban haciendo un rinconcito en su corazón.

Lucía creía que su actitud relajada y amigable, tan distinta de su habitual mal humor, era el resultado de algo que flotaba en el aire de la región. ¡Pero si incluso se había reconciliado con el recepcionista afeminado del hotel y la señora de las cerámicas! En Barcelona nunca hubiera perdonado el comportamiento de ambos, pero ahí, en la costa norte de la Bretaña francesa, se estaba convirtiendo en una persona completamente distinta.

Aprovechando que no había tenido noticias de Patrice, decidió resolver un pequeño problema de color pastel que se encontraba a pocos kilómetros de Ploumanac'h. El coche de alquiler. Acompañada por Guido, en el que finalmente había confiado para que la asesorara, regresó al lugar donde el pequeño utilitario la había abandonado. Tenía miedo de que alguien desmantelara el coche. Bueno, lo tuvo al principio, hasta que comprendió que era poco probable que nadie robara un coche en esas condiciones en un lugar como aquel. Ploumanac'h no era precisamente un sitio peligroso.

Guido la invitó a subir a su ciclomotor, y aunque ya se había ganado la confianza de Lucía, esta tuvo algunas reservas.

—Vamos, la carretera nos espera —le dijo ofreciéndole un casco.

—No sé yo...

—Súbete, es seguro —le explicó Georgette.

—¿Y si te doy las llaves y vas tu solo? —propuso Lucía.

—¿Cómo va a ir solo? Y si repara el coche, ¿cómo regresa? —le recordó Seamus.

—Pues le acompañas tú...

«En el estado que está el coche dudo que alguien consiga repararlo», pensó.

—Vamos, no seas miedica —insistió Guido mientras le encasquetaba el casco.

Al final, pese a sus dudas, Lucía accedió a subir en la moto de Guido. Pero cuando este arrancó supo que se había equivocado. Cerró los ojos, Guido iba demasiado deprisa. Las motos no eran lo suyo. Además, aquella tenía un aspecto que le hacía dudar de su estabilidad. No volvió a mirar hasta que oyó las carcajadas de Guido.

—¿De qué te ríes? —preguntó separando poco a poco sus párpados.

—De tu coche —respondió él entre lágrimas.

Fue aminorando la marcha hasta detenerse a pocos metros del vehículo.

—¡Madre mía, qué desastre! —dijo nada más verlo.

—Eso mismo pensé yo.

Sin decir nada más, abrió el capó y miró hacia el interior del motor. Lucía lo observaba desde atrás, esperando a que le diera un diagnóstico.

—Aparte del evidente problema de la rueda —señaló el lugar en el que faltaba un neumático—, el problema es...

Lucía no comprendió nada de lo que Guido le explicó a continuación. Literalmente, le sonó a chino.

—Perdona, ¿qué? —preguntó cuando le pareció que había terminado—. Dímelo en lengua vernácula.

—¿En lengua qué?

—Dame la versión simple del problema, sin tecnicismos.

Él sonrió al comprender a lo que se refería Lucía.

—El motor está hecho caldo.

—Vamos, que no funciona.

—Es que ni queriendo.

—Todavía me extraña que me trajera hasta aquí.

—Bueno, puede que fuera eso lo que lo remató —Guido empezó a reír.

—Entonces, ¿qué hago?

—Deberías llamar a la agencia de alquiler y ellos te dirán, yo no puedo hacerle ningún tipo de apaño.

Lucía suspiró bajando la cabeza y rindiéndose ante la evidencia.

Después de esconder la rueda para que fuera más difícil robar el coche, ambos regresaron a Ploumanac'h.

—¿Cómo está el coche? —preguntó Georgette al verlos entrar en el restaurante.

—Si eso se puede considerar un coche, está muy mal —bromeó Guido.

—¿Y ahora qué?

—Pues me toca llamar a los del alquiler para saber cómo proceder — respondió Lucía dirigiéndose a la casa de Seamus.

Al cabo de unos momentos, regresó con una pequeña carpetita con papeles.

—¿Me dejas llamar desde aquí? —le preguntó a Seamus.

—Claro, pero ¿por qué no desde arriba?

—Por si acaso —respondió Lucía.

Ni Seamus ni nadie supieron a qué se refería con aquel «por si acaso», pero no quisieron contradecirla.

Tras una breve conversación, la joven colgó el teléfono y se quedó junto a él sin decir nada.

Seamus y los demás la miraron, no sabían si acercarse o dejar que antes espantara sus propios demonios. Cuando el silencio en el restaurante empezaba a ser incómodo, en el preciso instante en que Seamus estaba a punto de acercarse, ella volvió a coger el teléfono y marcó otro número.

—Y ahora ¿a quién llama? —preguntó Dominique intrigado.

—¿A su familia? —aventuró Jean-Pierre.

—Lo dudo —respondió Seamus—, si estuviera hablando con su familia lo haría con mayor... ¿Cómo decirlo? Con mayor ímpetu.

—Vamos, con más mala leche —concluyó Dominique.

—Ahí le has dado —dijo Gérard.

Todos se giraron hacia Lucía, que parecía hablar sola. Seamus la observó, la notó preocupada, como si explicara algo muy importante a su atento interlocutor. Apenas hacía pausas y las que realizaba parecían ser solo para ordenar sus pensamientos. Tras unos segundos en silencio después de un largo discurso, colgó sin despedirse.

—¿A quién llamabas? —preguntó Seamus.

—Primero, a los del alquiler...

—¿Y? —quiso saber Georgette ansiosa.

—Van a enviar un perito y un mecánico para valorar la avería, y después me comunicarán el resultado de la investigación —explicó preocupada.

—¿Y luego? —preguntó Seamus, que intuía que el origen de su preocupación era la segunda llamada.

—A Patrice, el secretario del señor Mauresmais —dijo apenada.

Los tres parroquianos se miraron entre ellos.

—¡Uuuhhh! Mauresmais —dijo Dominique con voz fantasmal.

—No tiene gracia —Seamus lo miró con severidad.

—No es una broma —añadió Gérard.

—Pues, entonces, ¿por qué habla como si fuera un fantasma? —preguntó Georgette.

—¿No sabéis lo que se cuenta de Mauresmais en el pueblo? —dijo Jean-Pierre.

Los jóvenes negaron con la cabeza.

—¿Cómo lo van a saber? —respondió Gérard—. Ella acaba de llegar y los demás apenas llevan diez años aquí.

Todos los miraron atentamente.

—Existen varios rumores sobre Mauresmais que... —empezó a decir Dominique

—¿En serio? ¿Rumores? —lo interrumpió Guido escéptico.

—Haznos caso, hace tiempo que lo conocemos.

—Vosotros qué vais a conocer —siguió el cocinero—, si lo habéis visto las mismas veces que nosotros.

—Precisamente por eso existen los rumores —dijo Gérard con voz tétrica.

—¡Estáis chalados! —espetó Guido.

—Bueno, cállate ya, quiero saber qué se dice de él —protestó Lucía.

Guido aceptó callarse, pero continuó escuchando con la misma expresión escéptica.

—Gracias —respondió Gérard—. Se dice...

—Se cuenta... —siguió Dominique.

—Se rumorea... —añadió Jean-Pierre.

Georgette no pudo evitar reírse.

—Que Mauresmais es un hombre excéntrico. Vive aislado, pocas veces se le ha visto en Ploumanac'h o en el resto de los pueblos de la zona. Parece que solo sea su secretario el que sale de su enorme mansión —explicó Gérard.

—Hay quien dice que es algo así como un ermitaño, y que se ha ido corrompiendo por su dinero, que vigila celosamente —contó Jean-Pierre.

Lucía abrió los ojos de par en par prestando toda su atención.

—Otros dicen que él y su secretario tienen una relación inapropiada. Yo no tengo nada en contra de la homosexualidad, pero cuentan que lo que tienen esos dos va más allá de una relación entre hombres —continuó Dominique.

—Incluso se rumorea que Mauresmais lleva años muerto, y que Patrice sigue con el cuento de su jefe para aprovecharse y vivir de su fortuna —dijo entre susurros Gérard—. Y otros afirman que el cuerpo de Mauresmais sigue sentado en su despacho, y que Patrice continúa cuidándolo como cuando estaba vivo...

Un escalofrío recorrió la espalda de Lucía.

—¡Basta! —exclamó—. No digáis esas cosas que me voy a asustar.

—Además, todo eso no son más que cotilleos —dijo finalmente Guido—. Ni que esto fuera un cuento de Lovecraft.

—Nadie ha hablado de un pulpo gigante —comentó Seamus.

—Chicos, ya basta —advirtió Georgette viendo que Lucía había perdido el color al imaginarse todo aquello—. Mauresmais será un tipo raro, pero está claro que todo lo que estos mendrugos han dicho son habladurías de gente de pueblo.

—Pero a veces, las cosas... —empezó a decir Dominique.

—¡Dominique! No sigas —advirtió la camarera.

—Vale —aceptó el cartero.

Lucía no podía dejar de pensar en la posibilidad de que todo lo que los parroquianos de Seamus habían contado fuera cierto. Su cabeza era un torrente de situaciones horribles en las que acababa muerta. ¿Cómo había podido creerse esas estúpidas historias? El hecho de que Patrice fuera tan reservado con su jefe ayudaba más bien poco. ¿Y si los anteriores tasadores no habían sido expulsados? ¿Y si los enterraban en el jardín?

«No, no. Eso son cuentos para asustar a los niños», pensó, y deseó ser también una niña para justificar su miedo.

—¿Qué harás si te devuelven la llamada? —preguntó Seamus refiriéndose a las historias de Dominique, Gérard y Jean-Pierre.

—Ir, claro —afirmó Lucía intentando convencerse de ello.

—Pues vas a tener la posibilidad de hacerlo. Aquí está el coche —dijo Guido señalando hacia la calle.

Frente al restaurante se había detenido el enorme coche negro de Patrice, que no tardó en bajar de él y entrar en La Calogero.

—Buenos días —dijo al cruzar el umbral de la puerta.

—Hola —respondieron todos al unísono.

—Monsieur Mauresmais desea conocerte —explicó él dirigiéndose a Lucía.

—¿Ahora?

—Así es.

—No puedo presentarme de esta manera —respondió ella señalando su aspecto. Aquella mañana no se había arreglado, ni tan siquiera se había maquillado. En realidad, llevaba un par de días sin hacerlo. «Total, para trabajar en un restaurante no hace falta», se decía cada mañana.

—No importa, monsieur Mauresmais no se fija en estas cosas.

Ella no dijo nada, solo asintió y aceptó la invitación. Se levantó y se despidió de los demás.

Aunque no quería creerse las habladurías de sus amigos, no pudo evitar pensar en ello. Y no conseguía sacarse aquello de la cabeza mientras el coche arrancaba y veía el restaurante desaparecer tras una curva.

Quisiera o no, tenía miedo.

## XXII

Mientras Patrice conducía tomando con suavidad todas y cada una de las curvas de la carretera, Lucía, sentada en el asiento del copiloto, observaba el exterior a través de la ventanilla del lujoso coche. El interior era de piel negra y acabados en madera oscura, a juego con la carrocería. Todo muy elegante. Sin embargo, Lucía no le prestó atención. Una vez que el coche abandonó el pueblo y empezó a recorrer el camino de la costa, sus ojos solo intentaban captar todo aquello que pasaba ante ellos. Una piedra, un acantilado, un árbol, una pequeña casita cubierta de hortensias. Todo resultó ser hermoso.

En los pocos días que habían pasado desde su llegada a Ploumanac'h no se le ocurrió hacer turismo. Como urbanita que era, creyó que más allá de los lindes del pueblo no había nada de interés, pero se equivocaba. Toda aquella región era hermosa. No solo por su paisaje, sino también por el ambiente. No encontró la humedad pegajosa y pesada de Barcelona. La de la Bretaña era tonificante, se agradecía cada sople de aire, por muy frío que fuera, porque llenaba los pulmones y los limpiaba de todas las porquerías de la ciudad.

Pensó que al regresar de la reunión con Mauresmais le pediría a alguno de sus nuevos amigos que le enseñara la región antes de volver a Barcelona. Tal vez a Guido, a Georgette o a Seamus. Mejor, a Seamus, y también le pediría...

«¡Basta!», se ordenó. No se podía permitir aquellos desvaríos. Tenía que cerrar un negocio y volver al lugar al que pertenecía, la ciudad, el alboroto y la vida a toda prisa. No había sitio en Ploumanac'h para ella, ¿o sí?

—Bonito, ¿verdad? —preguntó Patrice sin dejar de mirar la carretera.

Lucía asintió sin reparar en que no podía verla.

—Supongo que has dicho que sí con la cabeza —bromeó él.

—Sí, claro, perdona, estás conduciendo —respondió nerviosa—. Sí, es muy bonito.

—Fue una de las cosas que hicieron que me quedara —le explicó Patrice sin que ella se lo hubiera preguntado—. Vi cómo me mirabas el otro día.

Lucía desvió su atención de la ventana y dirigió sus ojos hacia Patrice.

—Viste en mí a alguno de tus amigos de la ciudad, ¿cierto? —y antes de que la joven respondiera, continuó—. Tengo el mismo aspecto que cualquier

parisino de familia rica, por eso todo el mundo se pregunta cómo he terminado en este rincón del mundo.

Lucía no supo si asentir o no, así que se limitó a realizar un movimiento de cabeza indescifrable que Patrice pudiera tomarse como quisiera.

—Es un buen trabajo y tengo la oportunidad de vivir en un sitio tan maravilloso como este. Además, estoy lo suficientemente cerca de París, por si algún día me entra morriña.

Ella sonrió, deseando que Barcelona no estuviera tan lejos.

—Ya estamos llegando —anunció el hombre cambiando de tema, como si lo que estaba contando no tuviera importancia.

Soltó un segundo el volante para señalar con el dedo lo que empezaba a verse al otro lado de una curva.

A medida que avanzaban un acantilado se desplazaba perezosamente hacia la izquierda dejando ver, en mitad del agua, pero no lejos de la costa, una pequeña elevación de tierra que se alzaba sobre las olas del mar. Como si fuera una pequeña isla, conectada únicamente a la tierra por un estrecho camino, ahí estaba el emplazamiento de la casa de Mauresmais. Lucía había oído que se trataba de una mansión, pero aquello era más parecido a un castillo que a cualquier casa de rico que ella hubiera visto jamás. El color gris de las paredes y el negro de los techos resaltaban por encima de la roca rojiza sobre la que estaba construido. Una pequeña muralla rodeaba el cuerpo central del edificio, de cuya base partían cuatro altas y estrechas torres culminadas en sendos tejados picudos. Si no fuera porque iba en un coche, Lucía hubiera creído que acababa de viajar en el tiempo.

De lejos le recordaba al monte Saint Michel que no estaba muy lejos de allí. La casa de Mauresmais también debía de quedarse aislada en el mar cuando la marea subía lo suficiente.

«Sí que se toma en serio la privacidad este hombre», pensó, y enseguida, en su cabeza, aquel espectacular castillo se convirtió en el lugar en el que podían pasar todas las cosas que le habían contado en el bar.

—Antes de que lo preguntes. No, no vivo en el castillo. Sin embargo dispongo de una pequeña habitación en la que puedo quedarme siempre que resulta indispensable. Como ya te dije, monsieur Mauresmais es un hombre muy reservado.

Lucía sonrió, falsamente comprensiva. Viviendo en aquel castillo bien la hubiera podido acoger y tal vez no se hubieran visto en días. Aunque, si lo hubiera hecho, tampoco habría conocido a Seamus...

«Ni a Georgette, ni a Guido ni a los demás», Lucía completó su pensamiento. No solo había conocido a Seamus.

Sin previo aviso, el coche de Patrice abandonó la carretera y se desvió por una pista de tierra que desembocaba en el camino de acceso al castillo. Cuando empezaron a recorrer la estrecha senda, a Lucía le pareció que circulaban por encima del agua. Apenas podía ver unos centímetros del suelo, pues el mar ocupaba toda su visión. La vista resultaba espectacular, ya que el castillo iba creciendo ante ellos en un efecto de simetría perfecta debido a que el camino parecía dividir en dos la construcción.

Un par de minutos después, el coche cruzó la arcada de acceso y se encontraron en una pequeña entrada con una fuente de estilo clásico en el centro. En cuanto cruzaron el límite del castillo, el suelo dejó de ser de tierra para dar paso a un empedrado antiguo y reluciente, gastado por el agua del mar y los siglos pasados.

Patrice detuvo el vehículo y Lucía pudo comprobar que entre el castillo y la murallita había espacio suficiente para un jardín con algunos árboles que debían dar buen cobijo en los días de lluvia.

El hombre bajó velozmente y fue a abrirle la puerta. Ella descendió agradecida por el gesto, aunque intuyó, por la pose incómoda de Patrice, que aquel comportamiento era un capricho de su jefe.

Mauresmais estaba allí, de pie frente a la puerta, con las manos a la espalda y más tieso que una escoba. Era alto, tenía la cabeza alargada y sobre una nariz de gancho descansaban unas gafas redondas que resaltaban en su aspecto estilizado.

Lucía no se había fijado hasta ese momento en él, pero por su mirada calmada supuso que salió a esperarlos en cuanto se adentraron en el camino de tierra. Como si hubiera percibido su presencia antes incluso de haber podido escuchar el ruido del motor.

—Bienvenida —dijo con voz grave.

—Señorita Lucía, le presentó a monsieur Mauresmais —anunció Patrice cuando ella se acercó lo suficiente a su nuevo cliente. Se percató de que el secretario había cambiado del tú al usted con rapidez, esa debía de ser otra de las exigencias de su jefe.

—Encantada —respondió alargando la mano derecha.

Mauresmais la miró y observó la mano durante unos incómodos segundos, hasta que al fin la cogió y la sacudió con firmeza.

—Igualmente —dijo tras lo que había parecido un rápido escaneo de la recién llegada, como si necesitara examinar a todos aquellos que cruzaran su puerta—. Adelante, por favor.

Se hizo a un lado para dejar que Lucía entrara. Cuando sus ojos se acostumbraron, pudo ver un gran recibidor que hacía las veces de pasillo y daba

acceso a las escaleras, y que, si su dueño quisiera, sería el lugar perfecto para un cóctel.

—Como supongo que se habrá dado cuenta, ya que es experta en arte, este pequeño castillo fue construido en tiempos de Francisco I —explicó Mauresmais con orgullo, aunque se equivocaba al afirmar que la joven era una experta en arquitectura; tenía algunas nociones, pero sus especialidades eran la pintura y la escultura—. Tal vez no es tan grandioso ni impresionante como los que se encuentran en el Loira, sin embargo su emplazamiento y la técnica de construcción lo convierten en un ejemplo magnífico de la arquitectura de los siglos xv y xvi.

Lucía asintió mientras observaba la escalinata que había a su izquierda, los suelos y las paredes trabajadas en madera, así como las puertas, cuyos grabados eran muy preciosistas.

—¿Las maderas son de la misma época? —preguntó, atenta a los detalles de una de las paredes.

Mauresmais rio.

—Veo que tiene buen ojo —respondió con una sonrisa—. No, no lo son, fueron instaladas durante el siglo xviii, cuando la familia que residía en el castillo empezó a hacerse un sitio en la alta sociedad francesa.

—¿Qué familia? Si me permite la pregunta —Lucía pretendía darle a Mauresmais la confianza suficiente para que encaminara la conversación hacia el cuadro que la había llevado hasta allí.

—La mía, por supuesto —respondió él entre sorprendido y ofendido—. No soy un advenedizo, puedo remontarme en mi árbol genealógico hasta el siglo x, y sé perfectamente que este castillo fue entregado a mis antepasados por el mismísimo Francisco I a cambio de los servicios prestados a la corona.

Lucía sonrió, agradecida por la información. Ya había tratado con nobles. Eran los peores clientes, pues intentaban demostrar que todo cuanto poseían era valioso. Nunca había podido hacer negocios fácilmente con ellos, y tampoco le pareció que Mauresmais fuera a ser el primero.

—Pero el arte de este lugar no termina aquí —dijo el hombre volviendo a su tono calmado y gentil—. Sígame, si es tan amable.

Le hizo un gesto a Patrice. Este se adelantó para abrir una de las puertas que había en el recibidor y dejó que Lucía fuera la primera en pasar. Al otro lado descubrió un enorme salón de techo alto de madera. El centro estaba ocupado por una mesa alargada y al fondo se podía ver una enorme chimenea con un escudo de armas sobre ella. Pero lo que realmente impresionaba era el centenar de cuadros que decoraban las paredes. Los había de todos los estilos y épocas, ordenados de tal forma que era posible seguir la evolución del arte occidental a

lo largo de cinco siglos. Estaba claro que los más antiguos eran retratos de los antepasados de Mauresmais, mientras que los más recientes, de finales del siglo XIX y principios del XX, los debió de comprar el dueño de la casa en su afán coleccionista.

Lucía empezó a revisar con atención todas aquellas pinturas en busca de la que le había llevado hasta allí, unas desconocidas bailarinas de Degas. Sus ojos saltaban de un marco a otro en busca de algún elemento o trazo que le indicara que el susodicho cuadro estaba en esas paredes.

—No está aquí —dijo repentinamente Mauresmais.

—Perdone, ¿qué? —preguntó Lucía haciéndose la despistada.

Aquel hombre era más listo que el hambre. La había calado, aunque ella no supo si solo había supuesto que buscaba el cuadro o si lo dedujo al ver que se fijaba en las pinturas impresionistas.

—El cuadro que le interesa no está aquí —continuó mientras Patrice, tras él, abría de par en par los ojos y las fosas nasales, que era el único gesto de tensión que se podía permitir; cualquier aspaviento de más, y Mauresmais lo descubriría—. ¿Para qué detenernos en Degas? Aquí tenemos un Cézanne, un Monet, un Renoir...

La colección era envidiable. Si todos aquellos cuadros eran auténticos, y Lucía no tenía por qué creer lo contrario, valían una auténtica millonada.

—Disculpe, señor Mauresmais —dijo interrumpiendo a su anfitrión—, su colección es más que impresionante. Nunca había visto tanto arte de primera línea; sin embargo, me gustaría ver el cuadro por el que me ha hecho venir.

—Habrá tiempo de sobra para que lo vea y lo examine —respondió él volviendo a su magnífica colección.

—Supongo que no me habrá hecho venir solamente para hablar de arte y regodearse ante sus cuadros —Lucía empezaba a ponerse nerviosa. Toda la tensión que había eliminado en los días pasados con Seamus y los demás parecía emerger, concentrada y preparada para atacar.

—No se preocupe, cada cosa a su debido tiempo.

—Siento insistir —continuó mientras veía que Patrice negaba con la cabeza—, pero no puedo dedicarle más días, estoy aquí desde hace cinco y creo que el «debido tiempo» ha llegado.

Patrice se secó el sudor de la frente con un par de dedos.

—Oiga, señorita —Mauresmais había abandonado su pose calmada—, el cuadro al que usted se refiere es de mi propiedad, al igual que el resto de las obras de arte que hay aquí, así como el castillo. Por lo que usted es mi invitada, y le mostraré el cuadro cuando a mí me parezca conveniente.

Lucía se puso roja, a ella nadie le ganaba en una discusión, y mucho menos un engreído como Mauresmais. Se acercó a él sin dejarse intimidar por las dos cabezas que le sacaba.

—Soy una gran aficionada al arte, pero también una profesional, y estoy aquí por negocios. He viajado hasta este lugar para atenderle como a uno más de mis muchos clientes —cogió aire para seguir—. Usted será el propietario de este castillo y de cuanto hay en él, pero no lo es de mi tiempo. Así que, si no tiene nada que enseñarme, debo despedirme y regresar a mis obligaciones.

Y sin esperar a que Mauresmais interviniera, dio media vuelta, abandonó el salón por donde había entrado y salió de la casa pocos minutos después. Mientras cruzaba el umbral de la puerta principal oyó unos rápidos pasos repicando en el suelo de madera. Era Patrice.

—Te lo dije, no debías insistir —le dijo cuando la alcanzó, justo al lado del coche.

—¿Cómo que no insista? No he insistido en los cinco días que llevo aquí. Si no hubieras venido hoy, habría empezado a pensar que estoy de vacaciones.

—Pero...

—Ni peros ni hostias —añadió en castellano, en un arrebató—. Os he dado todo el tiempo del mundo y suponía que si venías a buscarme era porque finalmente tu jefe quería hacer negocios. ¡Pero no! Tu querido monsieur Mauresmais solo desea hablar de arte —dijo entre aspavientos.

—Lo siento, debía habértelo dicho por el camino —admitió Patrice cabizbajo.

—Sí, deberías haberlo hecho.

—Monsieur Mauresmais es así, quiere mostrar su colección. Es como un ritual. Todo recién llegado ha de aceptar la visita guiada a su museo personal.

—Un museo muy bonito, pero yo no soy una visita, sino alguien que quiere negociar.

Patrice asintió con la cabeza compungido.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Lucía molesta.

—No te preocupes, pero no te vayas de momento, dame un par de días...

—Máximo —advirtió ella interrumpiéndolo.

—Vale, dos días como máximo y me pongo en contacto contigo, a ver si monsieur Mauresmais ha cambiado de opinión.

—De acuerdo.

—Entonces dame un segundo y te llevo de vuelta al pueblo.

Lucía aceptó. No solo esperarle, sino quedarse un par de días más en aquel pueblecito de la Bretaña. ¿Se podía saber por qué había accedido? En otras condiciones nunca lo hubiera hecho, pero en esa ocasión no pudo evitarlo. No es

que deseara quedarse, pero intuía que todavía tenía algo que hacer en Ploumanac'h.

## XXIII

Seamus miró el reloj. Debía de ser la cuarta o quinta vez que lo hacía en la última hora. En realidad no sabía muy bien las veces que lo había mirado desde que Lucía se había montado en el coche de Patrice.

Desde detrás de la barra, empezó a observar a través de las ventanas de su restaurante. Fuera estaba lloviendo. Deseaba que el coche oscuro de Patrice apareciera y que de él bajara Lucía.

—¿Dónde estará? —se preguntó Seamus en voz alta, pero no estaba solo, así que las miradas no tardaron en posarse en él.

—¿Estás preocupado por ella? —preguntó Georgette con una sonrisa maliciosa.

—No... Bueno, sí... No sé —respondió agobiado.

Georgette sonrió, para ella era más que evidente que Seamus sentía algo por Lucía.

—Tranquilo, se habrá quedado con el ricachón —supuso Guido, que comía en la barra.

—No, eso no puede ser —Georgette y Guido lo miraron—. Quiero decir, que me dijo que a Mauresmais no le gustaban las visitas.

Los otros dos volvieron a mirarlo, después cruzaron sus miradas y sonrieron. Seamus no quiso decir nada más, parecía que sus amigos sabían o veían algo que él mismo era incapaz de percibir.

Claro que estaba preocupado. En pocos días Lucía se había convertido en una de ellos y ahora se había ido con lo puesto a una casa de la que nadie tenía nada claro. ¿Era o no era para preocuparse? Pero lo que Seamus no supo definir fue si su preocupación por ella era la normal de un amigo o si había algo más.

Las horas fueron pasando, Guido y Georgette se marcharon a casa y Seamus cerró el restaurante. Era su día de descanso, solo abría el restaurante hasta la hora de la comida y después se tomaba la tarde libre.

Subió pesadamente las escaleras y se propuso hacer algo que le gustara. Empezó a escuchar música, pero no había ninguna canción que quisiera oír entera. Pensó en leer, pero era incapaz de concentrarse. Al final optó por poner una película; sin embargo, al cabo de diez minutos ya estaba mirando por la

ventana, esperando ver el coche negro de Patrice. Afuera solo estaba la lluvia, que seguía cayendo sobre Ploumanac'h.

Nervioso y sin saber qué hacer, salió a la calle. Se sentó en la barandilla frente a su restaurante y empezó a mirar a izquierda y derecha, deseando que Lucía apareciera por alguna parte. Se entretuvo contando las gotas de agua que caían en un charco frente a él. Era una estupidez, pero sentía que concentrarse en aquello lo relajaba.

No supo cuánto tiempo estuvo esperando. «No tengo nada mejor que hacer», se repetía una vez tras otra queriéndose convencer de que lo hacía por aburrimiento, y por nada más.

Al final, cuando la lluvia se detuvo, el gesto de mirar a ambos lados se convirtió en algo mecánico, de modo que cuando Lucía apareció a su izquierda, por el lado del mar, tardó unos minutos en asimilar la información que captaban sus ojos.

«Espero que no haya tenido que volver andando bajo la lluvia», pensó al verla llegar y comprobar que no la traía ningún coche.

Se quedó observándola, suponiendo que en cualquier momento giraría hacia el restaurante y lo descubriría allí, en la calle. Pero Lucía ni miró en esa dirección, ni tan siquiera se dirigió hacia él. Simplemente continuó caminando hacia la playa.

Sin saber que Seamus la había visto, siguió adelante en busca de algún lugar solitario en el que poder desahogarse sin que un grupo de desconocidos la mirara. ¿Desconocidos? ¿Cómo podía pensar aquello de sus nuevos amigos? A veces su egoísmo no tenía límites.

Le había pedido a Patrice que la dejara a las afueras del pueblo.

—Pero si está lloviendo —le dijo él sorprendido, y detuvo el coche a un lado de la carretera.

—Estoy acostumbrada —repuso, y bajó del coche sin despedirse.

A diferencia de cuando llegó a Ploumanac'h, la lluvia se detuvo a los pocos minutos de que empezara a andar dejándola un poco más que salpicada. Aquello no era nada comparado con lo empapada que apareció en La Calogero días atrás.

Lucía no pudo sonreír al pensar en la mala suerte que la había acompañado desde que abandonara Barcelona. El aeropuerto, el coche, la lluvia, el hotel. Todo aquello le parecía lejano, y más después de haber vivido con Seamus. ¿Estaría pensando en ella?

Seamus no pensaba en ella, la observaba de lejos, dudando entre acercarse a decirle algo o dejarla marchar. Tal vez solo necesitaba relajarse, ¿quién sabe? Sin embargo, el porte cabizbajo de la chica y sus pasos indecisos le decían que no

pensaba hacia dónde iba, solo vagaba en busca de algún lugar donde sumergirse en sus pensamientos.

La playa no era como las que ella conocía. En lugar de la arena de las costas mediterráneas, encontró piedras de todos los tamaños. Tampoco se parecía a las típicas de la Costa Brava. El color era rojizo, como el de toda aquella región. Parecía más el lecho de un río que una playa. En mitad de ella había una construcción rústica de piedra, una pequeña caseta sustentada por cuatro pilares delgados. En su interior se podía ver la imagen de una virgen o de un santo. Lucía no se detuvo a identificar el sexo de aquella figura. Suficientes quebraderos de cabeza tenía ya como para entretenerse con aquello.

Paseando entre las piedras sin rumbo fijo, por fin vio una lo suficientemente grande como para que le sirviera de asiento. Se acomodó en ella juntando las rodillas y las puntas de los pies y rodeó su estómago con los brazos. Poco a poco, sus ojos siguieron el camino de piedras y arena rojas que se extendía frente a ella hasta fundirse con las olas del mar. Sin saber cómo, su mirada acabó perdida en el horizonte, más allá del océano, enturbiada por las lágrimas que empezaban a acumularse bajo sus párpados.

Seamus había decidido seguirla por si acaso. Conociendo la suerte de Lucía, podía ser que terminara nadando en el Atlántico. Lo hizo dejando la distancia suficiente para que ella no se percatara de su presencia. Quería consolarla, pero tampoco estar demasiado encima. Tal vez solo deseaba un poco de tiempo y espacio. Al llegar a la playa la vio sentada en la piedra. No se acercó, prefirió quedarse al borde de la acera que separaba esta de la arena. Entonces observó algo que le preocupó. Lucía había bajado la cabeza y sus hombros empezaban a sacudirse y tambalearse como si estuviera sollozando.

Lloraba a moco tendido. Quería evitarlo, pero las lágrimas le empapaban las mejillas y sentía su nariz llena de mucosidad. Por eso lloraba pocas veces, había personas a las que le favorecía llorar, pero Lucía no era una de ellas.

«¿Se puede saber por qué lloras?», se preguntó. Sus pensamientos no tardaron en darle las evidencias suficientes. Los nervios la habían traicionado, y teniendo en cuenta la tensión vivida en Barcelona, no era de extrañar. La detención en el aeropuerto, su hermana, que se había independizado, Eduardo y sus proposiciones, sus inconscientes padres. Todo se había ido acumulando hasta el extremo. Para colmo, cuando se dio a la fuga todo le salió mal. Podía haber alquilado un coche de calidad, podía haber hecho buen tiempo, podía haber conseguido una habitación en el hotel del pueblo... No, eso no. Estaba bien donde estaba. Sus lágrimas se detuvieron. Sorprendida, intentó averiguar por qué. No podía ser. Su mala suerte la había llevado en una dirección que no esperaba. Lo que la hizo dejar de llorar había sido pensar en Seamus.

«Pero si llevo días discutiendo con él». Sin embargo, en aquel momento, en esa playa dejada de la mano de Dios, Lucía solo deseaba que alguien se le acercara y la consolara. Y que ese alguien fuera Seamus. Ni sus padres, ni su hermana, ni Teresa ni Berta. Seamus.

«¿Esto querrá decir algo?», se preguntó.

Antes de que pudiera responderse, sintió cómo alguien se sentaba a su lado y le pasaba un brazo por encima de los hombros. Lucía miró de reojo, no quería que la vieran llorar. Era él, Seamus. No dijo nada, solo se sentó a su lado y la abrazó. Por un segundo Lucía dudó, pero después su cuerpo le recordó que era eso lo que quería. Un hombro en el que llorar. El de él. Así que no se contuvo y se desahogó.

—¿Llevas maquillaje? —preguntó Seamus con suavidad.

—No —gimió entre sollozos.

—Menos mal, no quiero que me manches la camisa —bromeó.

Lucía sonrió sin dejar de llorar, la broma podía parecer fuera de lugar, pero él era así, irreverente, simpático, gracioso y, sobre todo, agradable.

Siguieron en silencio un largo rato. Ninguno supo el tiempo que pasó, era lo que Lucía necesitaba. Soltar todo lo que había acumulado durante días. Eduardo, sus padres, su hermana, la tía del alquiler de coches, el recepcionista afeminado, Mauresmais. Ese había sido el detonante, el maldito señor Mauresmais. Su estupidez la había llevado hasta el límite. Le había hecho sentir que todo le salía mal. Sin embargo, si Patrice no la hubiera contratado como tasadora, no habría viajado hasta Ploumanac'h y no habría conocido a Seamus. De nuevo sus descontrolados pensamientos la habían llevado hasta él.

—Me gustas, Seamus —dijo con la voz calmada, sin apenas mirarlo, como si hubiera expresado un pensamiento en voz alta.

Él la miró sorprendido, no sabía cómo tomarse aquello, entre otras cosas porque no sabía muy bien lo que sentía por ella.

—Dices que te gusta la lluvia, pero usas paraguas para ir bajo ella. Dices que te gusta el sol, pero buscas la sombra cuando brilla. Dices que te gusta el viento, pero cierras las ventanas cuando sopla. Así que esa es la razón por la cual me asustas cuando dices que te gusta —Seamus soltó aquello como si nadie le escuchara, como si hubiera dicho lo primero que le había pasado por la cabeza.

—¿Qué? —preguntó ella mirándolo con los ojos rojizos y la cara hinchada.

—Es algo que dijo Bob Marley hace mucho tiempo.

—Ya deberías saber que la lluvia no me gusta.

—Lo sé —respondió él sonriendo.

Durante unos segundos que parecieron horas, ninguno de los dos dijo nada. Aún seguían intentando averiguar qué pasaba entre ellos. Ni Lucía estaba en

condiciones de sincerarse de ningún modo ni Seamus quería abordar temas que la pusieran aún más nerviosa.

—Te envidio —dijo ella finalmente; había dejado de llorar.

—¿Por?

—Por saber vivir en este pueblecito, sin necesidad de estar en el centro del universo. Vives el día a día en tu restaurante. No piensas en qué harás mañana. Vives con tan poco...

—No con tan poco, tengo mis caprichos, una casa, un negocio...

—No me refiero a eso —lo interrumpió Lucía—. Me refiero a que lo haces de forma sencilla y tranquila, no sé si yo sabría.

—De momento lo estás haciendo.

—Pero no es lo mismo. Lo mío es como aquel que se va de vacaciones a una playa desierta para desconectar y se pasa todo el tiempo hablando por el móvil.

Seamus la comprendía, una vez fue como ella. Había vivido rápido, planeando su vida con meses de antelación, siempre con un móvil pegado a la oreja, pendiente de todo cuanto ocurría a su alrededor.

—No eres la primera que llega a este pueblecito huyendo de su vida, tan solo con lo puesto.

Ella lo miró extrañada.

—Yo era como tú. Abogado, en Londres. Un día, tras ganar un buen caso, abandoné mi vida de alto *standing*. Me despedí de mi empleo en un importante gabinete, de mi enorme *loft*, del día a día de la gran ciudad y, por casualidad, acabé aquí.

—¿Abogado?

—Estaba a punto de convertirme en uno de los socios de la firma, pero la presión me pudo y cambié el orden de mis preferencias.

—¿Valió la pena?

—¿Crees que si no fuera así me levantaría cada día antes de las siete de la mañana con ese ánimo?

Lucía rio. Seamus tenía razón, aquello era prueba suficiente de que el cambio le había compensado. ¿Podría hacerlo ella también? Por una parte deseaba regresar a Barcelona, sobre todo después del pequeño enfrentamiento que había tenido con Mauresmais; sin embargo, tampoco deseaba enfrentarse a la vida que le esperaba. Su realidad no le gustaba, tal vez era el momento de cambiarla por completo, así como sus preferencias. ¿Debería seguir el ejemplo de Seamus o de Teresa? ¿O seguiría siendo la pija de la parte alta de Barcelona toda su vida?

Una vez más, Seamus no la dejó responderse. Le soltó el hombro y se levantó, apartándose de donde estaba y cobijándose bajo el toldo de la tienda más cercana.

—¿A dónde vas? —preguntó extrañada Lucía ante el cambio de actitud de Seamus.

—A cubrirme por...

—No me lo digas: la lluvia —afirmó con resignación Lucía mientras las primeras gotas empezaban a caerle sobre la cara.

Seamus no pudo evitar sonreír, ni tampoco pasar a la carcajada cuando una lluvia torrencial cayó sobre su amiga, que había dejado que las gotas resbalaran por su cuerpo.

Esta vez Lucía sintió alivio cuando la lluvia la empapó de arriba abajo, como si le estuviera limpiando sus heridas. Empezó a llorar de nuevo, pero las lágrimas ya no le dolían, las gotas de agua que caían del cielo se las llevaban incluso antes de que pudiera sentir las.

Seamus le hizo el gesto para que se cobijara, como había hecho él.

La respuesta de Lucía fue levantar el dedo índice, pidiéndole que esperara un segundo. Entonces hinchó el pecho y gritó con todas sus fuerzas:

—¡¿POR QUÉ SIEMPRE LLUEVE CUANDO ESTOY EN LA CALLE?!

Y como si el cielo la hubiera escuchado, la lluvia cesó de inmediato. Seamus y Lucía se miraron sorprendidos por el efecto de la protesta, y empezaron a reír mientras ella corría a toda prisa a cubrirse junto a él antes de que las nubes cambiaran de opinión.

—Ven, te enseñaré un lugar muy especial —le dijo Seamus cuando la tuvo a su lado, ofreciéndole la mano.

Lucía no respondió, aceptó la mano antes de que el joven tirara de ella y empezara a correr.

La lluvia volvió a caer sobre ellos.

## XXIV

Cruzaron la calle cogidos de la mano y corriendo mientras la lluvia caía sobre ellos. Sin miedo a mojarse, sus pies pisaron con fuerza los charcos salpicando agua hacia todos lados. Tras ese breve *sprint*, se detuvieron bajo el toldo de la entrada del restaurante.

—¿El restaurante? —preguntó Lucía sorprendida—. Ya sé que para ti es especial, pero sinceramente me esperaba otra cosa.

—No seas tan tiquismiquis, solo vengo a buscar provisiones —respondió Seamus mientras se peleaba con las llaves.

—¿Provisiones?

Él no dijo nada, simplemente pasó hacia dentro tirando de Lucía y cerró rápidamente la puerta tras ellos. No quería que se colase ningún cliente inoportuno. Luego le soltó la mano, fue directamente hacia la barra y desapareció agachándose tras ella.

Lucía se acercó poco a poco y entonces él reapareció con un bote.

—¡Provisiones! —anunció sosteniendo una botella de vino en una mano y dos vasos en la otra.

—¿Solo una? —preguntó Lucía con una sonrisa, recordando la borrachera que había cogido con Berta unos días atrás.

—Bueno, llevaremos otra por si acaso.

Volvieron a salir a la calle, donde la lluvia había aflojado, pero todavía caía lo suficientemente fuerte como para afirmar que llovía.

—Vamos —dijo Seamus tirando de ella calle abajo.

Al final de la calle, no muy lejos del hotel en el que Lucía había sido rechazada, entre dos casas antiguas, se abría un pequeño caminito de tierra. Daba la sensación de que aquella calle era una entrada privada a las casas colindantes, pero a Seamus no parecía preocuparle. El camino era una pendiente hacia arriba, sin embargo Lucía no veía que justo ahí, casi en la costa, hubiera montaña alguna. Minutos después llegaron a una explanada presidida por una pequeña ermita. Seamus apenas miró la capilla, siguió andando hacia donde parecía que el camino terminaba. Y se adentró por un recodo oculto tras una enorme piedra.

A partir de ese punto, la senda volvía a descender entre rocas y enormes piedras que se sostenían en el aire adoptando las formas más inverosímiles posibles. Apoyadas unas sobre otras, daban a quien pasara por allí la sensación de estar adentrándose en un lugar cubierto, una casa bastante construida, pero sin duda un lugar en el que la lluvia no podía colarse.

Aunque Lucía se iba acostumbrando a aquel peculiar clima que en cualquier momento podía dejar caer un aguacero, agradeció que Seamus la llevara a un sitio donde la lluvia no la empapara constantemente.

Sin soltarla de la mano, Seamus la guio por aquel exótico laberinto de rocas. Las piedras desprendían un aroma fresco, provocado por la humedad que las envolvía noche y día. El viento atravesaba los espacios y las rendijas entre los grandes bloques de piedra rojiza. A veces silbaba con fuerza, otras simplemente sonaba como si fuera una dulce flauta que los acompañaba por la ruta que solo Seamus conocía. A lo lejos, las olas rompían contra la costa y, de vez en cuando, una gota de agua de mar o de lluvia se escurría entre las rocas y mojaba el suelo cubierto de tierra blanda, césped y musgo. Era sencillo, era agradable, era perfecto. Por un instante, Lucía quiso perderse en aquel lugar.

—Casi hemos llegado —dijo Seamus, cuya voz quedó ensordecida por el sonido de una ola.

Lucía sonrió. Sentía como si flotara. La repentina lluvia había secado sus lágrimas y ahora le parecía estar fuera de su cuerpo. Se dejó llevar. No pensaba en lo que hacía, era como vivir en un sueño que no quería que terminase. Nada importaba más que lo que sucedía en ese momento, ni matrimonios, ni cuadros, ni hermanas, ni padres, solo estaban ella y Seamus escondidos entre las piedras de aquel paraje mágico que todavía tenía que descubrir.

—¡Tachán! —exclamó él deteniéndose.

En un rinconcito en la esquina de ese laberinto, el techo, curiosamente abovedado por la disposición de las piedras, dejaba una abertura por la que la luz entraba con mayor fuerza iluminando la pequeña estancia. Parecía un comedor o una sala de estar. En el centro había una gruesa piedra que se asemejaba a una mesa, y más cuando Seamus depositó sobre ella las botellas y los vasos. Alrededor, tres piedras más pequeñas se convertían en perfectas sillas del improvisado saloncito.

—La ventaja de este lugar es que hay pocos gamberros que puedan convertirlo en un rincón apestoso y poco apropiado.

Lucía asintió, un espacio como aquel en Barcelona sería cualquier cosa menos un sitio especial.

Seamus se sentó en una de las piedras y empezó a descorchar la primera botella. Guardó el corcho cuidadosamente en un bolsillo, sirvió el vino en los

vasos y le ofreció uno a Lucía.

—Gracias.

—No hay de qué.

Ambos dieron un sorbo. A Lucía le supo fresco, fuerte, aunque afrutado. No es que fuera una experta; pocas veces bebía alcohol, y cuando lo hacía siempre elegía algún tipo de cóctel, o lo que el resto del mundo llama «cubata».

Permanecieron en silencio unos segundos. No sabían qué decirse, pero querían estar juntos. La situación no podía ser más incómoda. Hasta que Seamus se atrevió a abrir la boca.

—¿Estás mejor? —preguntó.

—Más o menos —respondió Lucía encogiéndose de hombros. Todavía no había tenido la posibilidad de evaluar su estado—. ¿Vienes muy a menudo?

—Hacía tiempo que no.

—¿Por el restaurante?

—No, porque ya no me hace falta.

—¿Te hizo falta estar solo?

—Casi tanto como a ti.

—¿De verdad? ¿Tan mala es la vida de un abogado? —preguntó ella dando otro sorbo de su vaso.

—Más o menos —respondió él.

—No seas así, no me habrás traído aquí solo para que te cuente mis penas.

Seamus sonrió, pensaba en si quería ser sincero con Lucía o no. Pocos conocían la verdadera historia de su llegada a Ploumanac'h. Guido sí, y suponía que Georgette también, pero dudaba que nadie más la supiera con exactitud.

—¿Por qué viniste a Ploumanac'h? —insistió Lucía.

Él la miró, buscaba las palabras apropiadas para empezar a explicárselo.

—Como te he dicho, era abogado, y creo que puedo decir que hasta tenía éxito, muy a mi pesar. Aun queriendo apoyar a los más débiles, acabé defendiendo a las grandes empresas, entre otros motivos porque daban más dinero. Sin darme cuenta me convertí en el típico abogado que hace cualquier cosa para que su cliente, por muy malvado que sea, gane. La verdad es que no me importaba, para mí los casos no eran más que números y estadísticas, nunca llegué a pensar que tras cada uno de esos números había una persona, su familia y su desgracia.

—Y te diste cuenta y quisiste cambiar...

—¡Qué va! Yo seguía a lo mío. Tenía dinero y trabajo, cierto éxito con las mujeres y ningún deseo de crear una familia. Pero todo cambió cuando un día, al salir de la oficina, fui atacado por un hombre. Un joven, alguien de mi edad que no había tenido tanta suerte.

—¿Te hizo daño?

Seamus no respondió, solo se desabrochó la camisa y le enseñó el hombro izquierdo. Lucía ya lo había visto desnudo, pero entonces prefirió fijarse en otras partes de su cuerpo. Sobre el músculo había una larga cicatriz.

—El chico, un aprendiz de cocinero, cogió lo primero que encontró y me atacó. Yo me di un buen susto, pero él fue detenido, y mi gabinete interpuso una denuncia por agresión.

—¿Y qué pasó?

—Lo típico. El abogado de una importante empresa atacado por el familiar de una de las personas despedidas. El caso mediático estaba servido. La empresa se estaba frotando las manos y mi gabinete se afilaba los dientes para devorar al pobre hombre. —Seamus hizo una pausa y dio un sorbo a su vaso—. Yo no podía intervenir en el juicio como abogado, solo como parte involucrada. Así que empecé una investigación por mi cuenta. Y descubrí lo que había querido ignorar durante años: había sido partícipe del despido del padre de aquel chico.

—¡Joder! ¿Cómo te sentiste?

—Como un mierda, así de claro —su sinceridad hizo sonreír a Lucía—. Ese pobre hombre había sido el sostén de toda su familia, inmigrantes que habían buscado una salida en Londres. Si se quedaba sin trabajo no podría pagar el alquiler ni los estudios de los tres hijos. Una desgracia. El hijo mayor, que estudiaba cocina y hacía unas prácticas no remuneradas, no pudo evitar ir a la caza del primer culpable que pudiera encontrar, y ese fui yo —le explicó con una sonrisa de falso orgullo mientras volvía a dar otro trago de su vaso.

—¿Y qué le pasó al chico que te atacó?

—Como no tenían dinero, les asignaron un abogado pésimo, y en los primeros días del juicio ya estuvo todo perdido. Así que me armé de valor y les ofrecí mis servicios.

—¿Así qué...? —preguntó Lucía sorprendida.

—Así que yo mismo defendí al hombre que me había agredido. Al principio su familia creyó que era una treta para obligarlos a negociar, pero después de que el gabinete me despidiera y de que todos mis colegas me dieran la espalda, comprendieron que lo estaba haciendo sinceramente.

—¡Qué valiente! —Lucía tenía las mejillas sonrojadas, el vino empezaba a hacer efecto—. ¿Ganasteis?

—Por supuesto que... ¡sí! —respondió Seamus triunfalmente.

—Y entonces, ¿cómo terminaste aquí?

—Bueno, después del caso y de haber jodido a mis antiguos jefes, con una gran parte adinerada del gremio en mi contra, no tuve más remedio que dejar la

carrera de abogado. Decidí reunir todos mis ahorros y buscar un lugar donde trabajar de cualquier otra cosa.

—¿Y tu agresor y cliente?

—Bueno, como todavía me sentía culpable por lo que les había hecho, le ofrecí trabajo cuando me convertí en dueño de un restaurante. Al fin y al cabo, necesitaba un cocinero.

—No me digas que fue Guido quien te acuchilló...

—Así nos conocimos —rio Seamus.

Lucía intentó aguantarse la risa. Acababa de comprobar que no solo ella había acabado de rebote en aquel pueblecito. Al menos, ella llegó algo más voluntariamente que Seamus.

—Por Guido —dijo Seamus alzando su vaso—, por intentar matarme; si no hubiera sido por eso, ahora no tendría un restaurante.

—Por Guido y su habilidad con los cuchillos —se unió Lucía.

Ambos se bebieron sus vasos de un solo trago.

—Y ahora te toca a ti —dijo Seamus relamiéndose los labios, aún impregnados del sabor del vino.

—Bueno, ya sabes. Hui de la vida en Barcelona, y la única salida que tuve fue la oferta de trabajo de Mauresmais.

—Eso no vale —protestó él—, quiero detalles de por qué abandonaste Barcelona. Ya sé que estás aquí para tasar un cuadro. Pero eso es lo de menos, como en mi caso lo de menos es que regento un restaurante.

—Vale, vale —asintió Lucía sonriendo.

Dio un trago de su vaso y empezó a contar lo que le había ocurrido días antes de conocerle. Cómo su hermana se había independizado de sus padres y se había ido a vivir con ella. —Seamus solo pudo reírse—. Cómo el pesado de Eduardo le iba a proponer matrimonio cuando ella solo quería sexo. —Seamus se carcajeó—. Cómo se había emborrachado con su amiga para olvidar aquello y cómo sus padres se habían puesto de parte del memo de Eduardo en lugar del de su hija.

—Y, para colmo, lo del coche, lo del hotel y, ahora, lo de Mauresmais —concluyó Seamus.

—Exacto —Lucía volvió a dar un trago de su vaso—. Bueno, en realidad también hay que sumar mis obligaciones en tu casa.

Él la miró mientras bebía más vino.

—Tengo que confesarte algo.

—¿El qué? —preguntó Seamus con reservas.

—Cuando accedí a ocuparme de las tareas del hogar a cambio de que me dejaras dormir en tu casa, no sabía hacer nada de eso. Antes de vivir en tu casa

no cocinaba, ni limpiaba ni pasaba la fregona. A duras penas sabía preparar un Nesquik.

—¿Crees que no me he dado cuenta? —preguntó Seamus con cara de circunstancias.

—¿Te has dado cuenta? —inquirió ella sorprendida, creía que había conseguido mantener el secreto—. ¿Cómo?

—¿Cómo no iba a darme cuenta de que has destrozado toda la ropa que te di para lavar? —preguntó con sarcasmo.

Lucía no supo qué responder, la había pillado y no le había dicho nada, se notaba que Seamus era un buen tipo. Nerviosa, dio otro trago hasta vaciar de nuevo su vaso. Lo dejó con suavidad sobre la mesa de piedra y, cuando Seamus se ofreció a servirle más vino, ella lo rechazó tapando el vaso con la mano.

—Vamos, no seas aguafiestas —protestó él, esperando a que apartara la mano.

—No sé, puede que quieras emborracharme para después aprovecharte de mí.

—Puede —respondió él sonriendo mientras vertía el vino sobre la mano de Lucía.

—No seas gamberro —ella la retiró, momento que él aprovechó para llenarle el vaso de nuevo—. ¡Qué descarado!

—Bueno, no lo sé. Desconozco cuánta cantidad de alcohol necesitas para que pueda aprovecharme de ti. Tal vez eres tú la que quieres abusar de mí y lo de Mauresmais no es más que un montaje.

—Ojalá, te puedo asegurar que es demasiado real —afirmó Lucía antes de volver a beber.

Tras aquel vaso de vino, la conversación dejó de tener sentido. Vacieron las dos botellas y lo hicieron sin nada en el estómago, así que al poco rato llevaban tal melopea que ya no sabían ni hacia dónde tenían que caminar para regresar a casa.

—¡Uy, qué oscuro está afuera!

—Es un pozo, desastre —dijo Seamus cogiéndola de la mano y llevándosela antes de que cayera en él.

Como pudieron, avanzaron dando tumbos entre las piedras y después de un par de estúpidas caídas consiguieron llegar a la capilla.

—Pues sí que es de noche, sí —aceptó Seamus.

—Ya te lo había dicho, pero no me haces caso.

Por suerte, la senda no tenía desvíos, así que poco después estaban en la acera del restaurante mientras la noche envolvía Ploumanac'h. Cuando llegaron

a la entrada, Lucía cogió el pomo de la puerta y empezó a moverlo con gran estruendo para abrirla.

—¡Shhh! Despertarás a los dueños —exclamó Seamus mirando alrededor mientras su párpados bailaban.

—El dueño eres tú, inútil.

—Es verdad.

Rendido a la evidencia, Seamus buscó las llaves y, tras varios intentos, consiguió introducir la correcta en la cerradura.

Cruzaron el comedor tropezando con todas las sillas y las mesas, hasta que por fin llegaron a la puerta que subía hasta la casa. Seamus la abrió y dejó que Lucía pasara, la cerró y cuando se giró se encontró frente a frente con algo que no esperaba.

A pocos milímetros de su cara, los ojos de Lucía lo observaban mientras se le escapaba una risilla por debajo de la nariz. Sus miradas coincidieron sin previo aviso. Ella dejó de sonreír cuando sus narices se rozaron suavemente. Entonces, en un arrebato de dudoso origen y puesta en escena, ambos se fundieron en un beso apasionado. Ninguno supo si aquello era fruto de los efectos del alcohol o tenía más que ver con una atracción real y tangible. Sin embargo, ni él ni ella se detuvieron a considerarlo.

## XXV

Lucía parpadeó con suavidad. Sentía la cabeza abotargada. Tenía resaca.

«¡Qué sorpresa! Con lo que bebiste ayer, no me extraña», se dijo mientras sus sentidos se iban reactivando.

Podía sentir la sábana cubriéndola hasta las orejas. Estaba sumida en la oscuridad, se había despertado, pero no escuchó el triste despertador de Seamus. ¿Triste?, no sabía en qué pensaba, prefería el pitido neutro del reloj digital a la música a toda castaña. Ronroneó con pereza buscando una nueva postura para disfrutar de un rato más de descanso antes de que su anfitrión empezara a hacer el café por la casa. Giró sobre sí misma para acurrucarse en posición fetal. Durante unos segundos creyó haberse dormido de nuevo, y entonces sintió una respiración sobre la piel desnuda de su pecho. En un impulso instintivo, abrió los ojos de par en par y vio a Seamus, que dormía frente a ella.

—¡Aaahhh! —gritó al verle.

El otro abrió los ojos alarmado por el grito de Lucía, y también gritó.

—¡Aaahhh!

Ambos gritaban, uno frente a otro, sin hacer nada más. Llevados por el espíritu de conservación, se tumbaron boca arriba con la sábana tapándolos hasta la nariz.

Durante un minuto contuvieron la respiración con los ojos fijos en el techo, ninguno quería mirar al otro. Completamente sincronizados, levantaron la sábana para confirmar sus peores sospechas.

—¡Aaahhh! —exclamaron al comprobar que estaban absolutamente desnudos.

Volvieron a mirarse, y si bien evitaron hacerlo a los ojos, ninguno desaprovechó la ocasión de contemplar el cuerpo desnudo del otro unos pocos segundos antes de ocultarse de nuevo bajo las sábanas.

Con la respiración acelerada y muy tímidamente, empezaron a observarse de reojo, buscando recuperar la confianza que habían tenido antes de descubrirse en ese estado. Poco a poco fueron calmándose. Lucía, acalorada por la situación, sacó los brazos de debajo de las sábanas y cubrió sus vergüenzas hasta las axilas. Seamus no se destapó tanto, solo bajó un poco la sábana, que tenía cogida por el

extremo, como si acabara de ver un fantasma, por muy atractivo que fuera ese fantasma.

—¿Hemos hecho lo que creo que hemos hecho? —preguntó ella con voz tambaleante.

Él se encogió de hombros, a lo que ella solo pudo responder tapándose la cara con ambas manos. Si ya era horrible haberse liado con un desconocido, encima no recordaba si había valido la pena o no.

—¿Lo hemos hecho o no? —insistió sin descubrirse la cara.

—Y yo qué sé —contestó Seamus.

—Yo estaba borracha —Lucía intentaba eximirse de cualquier tipo de responsabilidad sobre sus actos.

—Ni que yo estuviera sobrio —protestó Seamus con escepticismo.

Querían huir de aquella habitación, sin embargo ninguno sabía cómo levantarse sin quedar, literalmente, al descubierto.

—Cuando vayas al baño yo me visto —propuso Lucía.

—Ve tú al comedor, y luego iré yo al baño.

—¿Y tengo que fiarme de que no vas a mirar? —preguntó no muy convencida.

—Sí, claro.

—¿Te crees que soy tonta?

Seamus no respondió, no quería rematar aquella mañana hablando sobre la inteligencia de Lucía.

—¡Encima! —exclamó ella.

—Pero si no he dicho nada.

—Por eso mismo, quien calla otorga.

—No me vengas con frases hechas.

—Todo es poco para defenderse de miradas lascivas.

—Bueno, no soy yo quien me hizo salir de la ducha para verme desnudo —protestó Seamus ofendido.

Lucía se sonrojó al recordar el torso desnudo de Seamus... ¡Y su culo!

—Y no lo niegas —siguió él—, solo por eso serás tú la primera en salir de la cama.

—Pero...

—Mi cama, mis reglas —la interrumpió Seamus.

—Después de aprovecharte de mí, además quieres deleitarte —refunfuñó Lucía mientras empezaba a coger la sábana para ponérsela a modo de túnica.

Le lanzó una última mirada buscando compasión, pero él sacudió la cabeza negándosela, y la triste mirada de ella se transformó en otra repleta de odio y amargura.

De un salto se levantó, llevándose consigo la sábana y descubriendo poco a poco a Seamus.

—¡Ah, no! —exclamó él dando un fuerte tirón de la tela.

Sorprendida por la traición, la joven se quedó parada a medio camino hacia la puerta de la habitación como Dios la trajo al mundo.

—Eres un cabrón y lo sabes —dijo antes de salir corriendo en busca de cualquier cosa con la que cubrirse.

—Ahora ya estamos en paz. Culo por culo —sonrió Seamus desde la cama mientras observaba atentamente las sinuosas curvas del cuerpo de Lucía, intentando grabar en su mente todos y cada uno de sus contornos.

Y después, cuando ella desapareció por la puerta entre protestas e insultos, se quedó contemplando el espacio vacío que había dejado.

«Mira que hacértelo con ella y no recordar absolutamente nada... Bueno, siempre te quedará su culo. ¡Y vaya culo!», se consoló.

«¡Qué vergüenza!», pensaba Lucía mientras bajaba hacia el restaurante. No había parado de repetir aquello desde que Seamus le arrancó la sábana. Bueno, en realidad, se había repetido eso y «¡Qué descarado!», porque sabía perfectamente que él lo había hecho adrede para verla desnuda. Por un lado se sentía bien al saberse deseada, y por otro completamente avergonzada de que alguien, sin que ella lo hubiera consentido al cien por cien, la hubiera visto de ese modo. ¡Y recién despierta!

Lo grave de todo aquello no era ignorar si había hecho o no algo con Seamus, lo peor era que no se acordaba de absolutamente nada. Recordaba vagamente haber salido dando tumbos del laberinto de piedra y llegar a casa, pero a partir de esa escena había una absoluta laguna en su memoria. Nada.

Sin saber si quería recordar o no qué había pasado aquella noche y cómo había acabado desnuda junto a Seamus, entró en el restaurante esperando que nadie le preguntara por ello.

—¿Qué os ha pasado hoy, que habéis abierto tarde? —preguntó Gérard desde su habitual asiento.

A Lucía se le encendieron las mejillas. Intuía que Seamus no había explicado nada, pero no podía evitar pensar en lo que había ocurrido y no recordaba.

—Nos hemos dormido —dijo acercándose a la barra e intentando mostrar indiferencia mientras rezaba para que no se le vieran las mejillas sonrojadas.

Sin apenas mirarla, Seamus le sirvió un vaso de chocolate caliente. Tal vez se sentía avergonzado por lo que había sucedido entre ellos, pero era un cielo. Porque, como bien había supuesto, Lucía no se había preparado el desayuno.

—Seamus ha dicho otra cosa —respondió Dominique.

—¿Ah, sí? —preguntó Lucía atragantándose con el chocolate, que le salpicó la cara cuando resopló dentro del vaso.

Mientras Dominique parecía esperar lo suficiente para que el suspense hiciera reventar a Lucía, esta no podía dejar de pensar en lo que sucedería si sus historias no encajaban.

—Ha dicho que el despertador no ha sonado —explicó finalmente Dominique.

«¡Buf! Por los pelos», pensó Lucía.

—Bueno, sí, claro, eso.

Y, más calmada, se limpió la cara con una servilleta de papel que le había ofrecido Seamus.

«Qué atento», pensó Lucía, pero de inmediato algo la turbó. ¿Y si Seamus estaba siendo tan amable porque recordaba algo de lo que había sucedido? ¿Algo por lo que tuviera que disculparse?

«No, no», se dijo, confiaba lo suficiente en él como para saber que si hubiera recordado cualquier cosa se lo hubiera dicho. Aunque, por otro lado, lo conocía desde apenas unos días, y tampoco podía esperar grandes demostraciones de sinceridad. ¿O sí?

—Está distraída —escuchó que decía Jean-Pierre.

—¿Yo? —preguntó Lucía sorprendida.

—Sí, claro.

—No, solo un poco dormida.

—Qué haríais anoche para que estés tan cansada... —bromeó Dominique maliciosamente.

Y justo cuando iba a contestar de la peor de las maneras demostrando que, por mucho que se hubiera criado en Pedralbes, era una chica muy dura, se fijó en que Seamus la observaba con cara de culpabilidad. Aquello la distrajo, haciéndole responder de la forma más simple:

—Nada.

Los tres parroquianos se miraron entre ellos. Tras esos pocos días que habían pasado con Lucía, ya sabían de sobra que una pregunta como aquella podía desencadenar un sinfín de insultos y protestas. Sin embargo, ella había respondido con una sola palabra, carente de toda emoción.

\* \* \*

Seamus evitó a Lucía toda la mañana, y por lo que pudo comprobar ella hizo lo mismo. Era como si no quisieran estar cerca. No se dirigieron la mirada

en ninguna ocasión y las pocas palabras que intercambiaron no fueron más allá de «la cuenta para la mesa tres», «el pedido de la siete está listo» o «¿los de la doce ya han sido atendidos?». A pesar de que ambos quisieron demostrar cierta normalidad, después de lo cercanos que se habían mostrado los últimos días, esa repentina indiferencia hizo sospechar a Guido, Georgette y los demás. Cada vez que se cruzaban entre las mesas cargando platos y evitaban mirarse, Georgette sonreía.

—Si pretenden disimular, no lo hacen muy bien —le comentó a Guido al entrar en la cocina.

—¿Crees que...? —él dejó la pregunta en el aire.

—Algo hay, no sé el qué, pero sin duda algo.

—¿En qué te basas?

—Tú fíate de mí, que estas cosas se me dan bien.

—¡Pero si eres profesora y trabajas de camarera! Ni que fueras psicóloga.

—¿Te fías de mí o no? —preguntó Georgette mirándolo con dureza.

—Sí, cariño —respondió el cocinero sumisamente.

—Pues eso.

Pero aunque acató la opinión de Georgette, siguió pensando en que tal vez Seamus se sentía atraído por Lucía. Lo conocía desde hacía años y sabía de sobra que había dejado la gran ciudad, entre otros motivos, por chicas como ella. Así que, cuando su amigo apareció en la cocina, lo interrogó.

—No he podido evitar fijarme en que pasa algo raro entre Lucía y tú.

—No —respondió el otro tajantemente.

—Mira, Seamus, a otro le podrás mentir, pero a mí no.

Él lo miró de reojo mientras apilaba platos.

—Georgette dice que...

—¡¿Georgette?!

—Sí, ella dice que hay algo entre vosotros —continuó Guido mirando con atención las reacciones de su amigo—. Pero yo creo que no, Lucía no es más que una pija borde y descarada.

—En realidad no, si la conocieras como... —empezó a decir Seamus.

—Y tú, ¿cómo sabes que no es así? —Guido acababa de descubrirlo.

«Pero ¿qué estoy haciendo? ¿Por qué motivo la defiendo? ¡Ni que me estuviera enamorando de ella!», pensó Seamus mientras el cocinero lo observaba en silencio.

—¡Eh! —lo sacó de su distracción—. ¿Cómo lo sabes?

—¿El qué?

—¿Cómo sabes que no es una chica inapropiada para ti?

Seamus no respondió, recogió alguno de los platos que estaban listos para servir y abandonó velozmente la cocina antes de que Guido prosiguiera con su interrogatorio. Pero la fuga no le salió como esperaba.

Justo cuando salía por la puerta, Lucía se dirigía a ella a la misma velocidad, y el choque fue épico e inevitable. Una decena de platos se estrellaron en el suelo después de haber lanzado sus contenidos encima de ambos. No pudieron evitar quedarse parados en mitad del comedor mientras todos los presentes los observaban con cara de sorpresa.

Guido salió disparado de la cocina alertado por el estruendo, pero Georgette lo detuvo antes de que se acercara a Seamus y Lucía. Se habían quedado quietos, mirándose fijamente a los ojos. Todas esas miradas que no se habían dirigido en todo el día se acumularon bajo sus párpados y se liberaban ahora, en aquel instante en el que pareció que el tiempo se había detenido.

Lucía y Seamus estaban cada vez más cerca, cubiertos de arriba abajo por las salsas preparadas por Guido, pero a ninguno de los dos parecía importarle. Sus cuerpos se aproximaban hacia lo que parecía el final perfecto de una película romántica. Pero como aquello no era una película, algo destruyó aquel momento, aquel clímax.

Por la puerta entró andando a toda prisa Patrice, repitiendo la misma entrada triunfal de días atrás.

—Lucía, debemos irnos, monsieur Mauresmais desea verte —anunció parándose a un metro del estropicio del comedor, haciendo que el tiempo volviera a girar con normalidad y sacando a Seamus y a Lucía de la nube en la que se habían sumergido durante unos segundos.

—¡Oh, mierda! Tenía que aparecer este tiparraco —exclamó Georgette lamentando la interrupción.

## XXVI

Seamus se quedó ahí esperando. Ninguno de los que observaban la escena sabía qué esperaba. Pero ahí estaba, en medio del comedor, observando con cara de pena cómo Lucía salía del restaurante, subía al coche de Patrice y desaparecía de su vida por segunda vez.

Durante unos segundos había sentido que todas sus dudas sobre ella se desvanecían para dejar paso a un final de película. En su mente imaginó tenerla entre sus brazos, besarla con fuerza y reír mientras limpiaban el estropicio. Pero no, en lugar de besos y risas una pequeña grieta comenzó a instalarse en su corazón, cuando la vio marcharse y dejarlo en su restaurante. Mientras se apartaba de él, tan solo dijo «lo siento».

Georgette apareció en escena con una fregona y un cubo mientras se disculpaba con los clientes, anunciándoles que el chef se había puesto manos a la obra con sus platos. En pocos segundos, aquel silencio en el que se había sumergido el restaurante fue inundándose de voces, hasta que una veintena de ellas volvieron a conversar con tranquilidad.

Seamus se agachó junto a Georgette para ayudarla a recoger los pedazos de platos rotos y los restos de comida esparcidos por el suelo.

—Lo siento, me he quedado parado sin hacer nada.

—No pasa nada, además solo ha sido un segundo —lo tranquilizó ella.

«¿Un segundo?», se preguntó Seamus. Para él había transcurrido, como mínimo, media hora.

En cuestión de unos pocos minutos el dueño y la camarera de La Calogero habían dejado el suelo reluciente y trabajaban de nuevo en la cocina.

—¿Estás bien? —preguntó Guido tras los fogones al verle entrar.

—Sí, claro. ¿Por qué?

—No sé, el tal Patrice os ha cortado el... —Guido paró de hablar cuando sintió que Georgette le daba un potente codazo.

—¿Qué? —preguntó Seamus mientras tiraba a la basura los platos y rescataba los cubiertos de entre los restos del accidente.

—Nada, nada —respondió el cocinero frotándose donde Georgette le había sacudido.

Pareció como si el silencio que había reinado en el comedor los hubiera perseguido. En aquella cocina solo se oía el sonido de los utensilios de cocina de Guido, que se movía a la máxima velocidad para reponer los platos arruinados.

—Deberías subir a cambiarte —recomendó Georgette mirando atentamente la ropa de Seamus.

—Yo creo que con un poco de... —la interrumpió él. Tenía la camisa y el delantal cubiertos de salsas de diversos colores, sin hablar de los zapatos, que daban pena.

Cuando levantó la mirada se encontró con que Georgette lo observaba esperando que le diera la razón.

—Vale. De acuerdo, ahora subo y me cambio —accedió a regañadientes.

—Pues no tardes, que los platos estarán listos enseguida —le advirtió Guido.

Protestando, Seamus abandonó la cocina por la puerta trasera, dejando solos al cocinero y a su pareja.

—¿Sigues creyendo que esto acabará bien? —preguntó Guido sin dejar de mover los brazos de una sartén a otra.

Georgette lo miró, estaba claro a qué se refería su novio. La camarera miró hacia la puerta por la que había desaparecido Seamus y sonrió.

—Estas cosas siempre acaban bien.

\* \* \*

Tuvieron que pasar varias horas antes de que el coche de Patrice se detuviera frente al restaurante y Lucía bajara de él. Durante todo ese rato, Seamus anduvo muy despistado. Se había equivocado de mesa al servir los platos, había hecho mal más de una cuenta y había ralentizado todo el trabajo. Sin embargo, ninguna de las dos personas más afectadas por su comportamiento, Guido y Georgette, se atrevió a decirle nada. No porque fuera su jefe, sino porque sabían bien lo que estaba pasando por su cabeza, o al menos lo sospechaban.

—¿Qué le pasa hoy al jefe? —preguntó Dominique a Georgette en cuanto se dio cuenta del comportamiento de Seamus.

—Demasiadas cosas como para explicártelas a ti, cotilla, que pareces más una portera que un cartero —le respondió Georgette. Y sabía de qué hablaba: su madre había sido portera en Rennes y, si bien siempre fue discreta, solía enterarse de todo lo que ocurría en la finca y en el vecindario.

Cuando Gérard y Jean-Pierre aparecieron repitieron la pregunta de Dominique, pero este les advirtió de que lo mejor sería pasar por alto el tema, pues Georgette estaba a la defensiva.

Y era normal que lo estuviera, Seamus era su amigo y sabía que pasaba un mal rato. No se atrevía a afirmar que se hubiera enamorado de Lucía, sin embargo tenía claro que se sentía muy atraído por ella.

Pero cuando Lucía bajó del coche y cruzó la puerta de La Calogero, la camarera confirmó que lo de Seamus era algo más que una mera atracción. Sabía que no lo admitiría si se lo preguntaba, pero estaba claro que se había enamorado de aquella chica. Al verla su cara se iluminó y recuperó su habitual energía. Rápidamente salió de detrás de la barra para ir a recibirla.

—Hola, ¿qué tal?

—Voy arriba a cambiarme —contestó ella, sin percatarse de las más que evidentes ganas que tenía Seamus de verla.

Sin apenas dirigirle una mirada subió las escaleras de la casa. Y sin preocuparse por lo que pensaría la gente, Seamus se lanzó tras sus pasos.

Guido, como miembro del público de aquella peculiar escena, miró a su pareja interrogativamente, repitiendo con los ojos su pregunta por enésima vez.

—Seguro, esto acabará bien —respondió Georgette, menos convencida que antes.

Lucía y Seamus entraron en el salón.

—Bueno, ¿qué te ha dicho Mauresmais?

—Nada.

—¿Nada?

—Nada.

—Entonces, ¿por qué has tenido que ir a verle? —preguntó Seamus impaciente.

Lucía lo miró por fin a los ojos. No quería decir lo que le tenía que decir, pero no había más remedio. Ya nada la retenía en Ploumanac'h.

\* \* \*

De camino a casa de monsieur Mauresmais, Lucía no había podido sacarse de la cabeza a Seamus, la manera en que lo había dejado y su cara de pena cuando la vio abandonar el restaurante. Pero debía centrarse en los problemas que en ese momento tenía que resolver, como, por ejemplo, su ropa sucia. Seamus había salido peor parado del accidente con los platos, pero ella llevaba toda la parte superior del cuerpo cubierta de manchurriones que desprendían un

fuerte olor a comida. Aquel aroma hubiera sido agradable en un plato, pero no en su ropa. Sentada en el asiento del copiloto, se quitó el jersey de punto lleno de manchas rezando para que la blusa que llevaba debajo se conservara intacta.

Enrolló el jersey y lo tiró al suelo del coche, y empezó a observar detenidamente la camisa de color azul celeste. Parecía limpia, igual que los pantalones y las zapatillas. Tal vez no era el modelito más apropiado para una reunión de trabajo, pero como mínimo estaba decente. A pesar de su aparente suerte inicial, a partir de ese momento todo iría cuesta abajo.

Mauresmais la recibió igual de amable que en la anterior ocasión, y Patrice se convirtió en la sombra que los seguía mientras recorrían las salas de la mansión.

—Antes de que este paseo nos lleve a una nueva discusión, le agradecería que me dijera por qué me ha hecho venir —le informó Lucía cuando el pequeño grupo se detuvo en el comedor repleto de cuadros.

Mauresmais la observó con severidad, pero tras unos segundos con el ceño fruncido relajó su expresión y sonrió.

—Me cae bien, Lucía —dijo mirándola atentamente—. Por eso voy a ser sincero con usted.

Lucía le dirigió una mirada cargada de escepticismo.

—No me mire así, se lo digo muy seriamente. —Mauresmais hizo una pausa esperando a que la joven cambiara de actitud. Al ver que no lo lograba añadió—: Venga.

Se dirigió a una puerta que había al fondo de la estancia. Nada más atravesarla Lucía se quedó pasmada. Aquella sala, casi igual de grande que el comedor, no solo tenía las paredes cubiertas prácticamente en su totalidad por todo tipo de pinturas; además, había numerosos caballetes con más cuadros. Algunos tenían marcos, en otros casos se trataba de lienzos que parecía que acabaran de salir del estudio del pintor. También vio esculturas de muchos tamaños sobre pedestales o dispuestas en fila en el suelo, y maquetas de edificios famosos y barcos antiguos. Y en mitad de la estancia, un pequeño escritorio de madera sencillo, con una libreta abierta sobre él y un montón de folios repletos de una letra menuda.

—Afuera está lo que me sirve para impresionar a mis visitas. Aquí tengo lo que me impresiona a mí —explicó Mauresmais sentándose en una discreta silla tras el escritorio, e invitando a Lucía a hacer lo propio en otra silla idéntica, frente a la suya—. Como he podido comprobar que no es una mujer fácil de impresionar, he tenido que ofrecerle esta visita rara y excepcional a mi *sancta sanctorum*.

Lucía no respondió, en aquel momento intentaba catalogar y tasar todo cuanto la rodeaba.

—Como puede ver, soy un coleccionista empedernido. Compró sin cesar todo aquello que me llama la atención —continuó, abriendo los brazos como si quisiera abarcar todos sus tesoros.

—Sin duda —aceptó Lucía.

—Pero este tipo de consumismo también comporta ciertos riesgos.

—Las falsificaciones.

—Exacto.

—Patrice, por favor —dijo dirigiéndose a su secretario y señalando un caballete cubierto por una sábana.

El obediente empleado dio dos grandes zancadas y apartó la tela, dejando ver lo que Lucía estaba esperando desde hacía días.

—Ante usted tiene el cuadro que nos ha reunido. Un retrato no catalogado de unas bailarinas de Degas.

Lucía, desde su asiento, intentó valorar la obra, saber si era auténtica o no, pero las palabras de Mauresmais se interpusieron.

—Como digo, los riesgos de este tipo de aficiones son las falsificaciones —Mauresmais apartó la silla y contempló la pintura—. Este cuadro en concreto me ha costado una fortuna. Si fuera falso sería mi ruina, ya que por muy bonito que resulte no se trataría de una pieza de coleccionista. Mis conocidos saben que lo he adquirido y esperan a que yo o algún representante clame a los cuatro vientos que se ha descubierto una pieza importantísima del impresionismo. Si resultara ser una falsificación, me convertiría en el hazmerreír en mi círculo.

Lucía escuchaba atentamente a Mauresmais intentando imaginarse a su grupo de «amigos».

—Así que, después de pensarlo detenidamente, he decidido que esta adquisición siga siendo un rumor, y no beneficiar ni perjudicar a nadie.

La joven lo miró. No se sentía afectada. Después de su primer encuentro había supuesto que aquello podría acabar de ese modo, es decir, en nada.

Como ya sabía por casos anteriores, los nobles eran los clientes más exigentes y complicados a la vez, y si encima tenían tanto dinero, aún más. Podían permitirse el lujo de derrocharlo en el mero hecho de hacer traer especialistas a su casa para más tarde despedirlos sin haberles permitido hacer su trabajo y haciéndoles perder su tiempo. Por suerte, ella no lo había perdido del todo durante su estancia en Ploumanac'h.

Mientras reflexionaba se quedó donde estaba, sin inmutarse, observando a Mauresmais sin bajar la mirada. Ambos sabían por qué estaban manteniendo ese pulso con sus pupilas.

Viendo que Lucía no parecía dispuesta a despedirse y marcharse, Mauresmais alzó la mano derecha en el aire y Patrice rápidamente le entregó dos objetos: una chequera y una pluma.

—Evidentemente, abonaré los honorarios correspondientes. No es culpa suya que yo no la deje hacer su trabajo, ¿verdad? —dijo mientras abría la pequeña libreta de cheques y empezaba a escribir algo en ella. Cuando hubo terminado, arrancó hábilmente una hoja y se la entregó—. Espero que sea suficiente para cubrir los gastos y las molestias ocasionadas.

«Lo es», pensó Lucía al ver tantos ceros juntos. Más que suficiente, aunque no tanto como haber podido verificar la autenticidad de un cuadro desconocido para el mundo del arte. Pero qué podía hacer ella, al fin y al cabo no era suyo.

—Creo que lo cubrirá todo —respondió intentando mantener el tipo para no saltar de alegría por el ingreso que estaba a punto de tener su agencia—. Y no dude en...

Durante un instante, Lucía se planteó ofrecerle sus servicios para futuras ocasiones, pero viendo cómo actuaba aquel hombre prefirió callarse.

—¿En qué no tengo que dudar? —preguntó Mauresmais.

—En disfrutar de su colección por todos aquellos que no podemos hacerlo.

Fue lo primero que le vino a la cabeza. No supo si había sonado bien o impertinente, pero ya no le importaba. En unos minutos estaría fuera de esa casa y de la vida de aquel hombre.

—Así lo haré, señorita —afirmó Mauresmais, y ofreciéndole la mano añadió—: Encantado de haberla conocido.

—Igualmente —dijo ella aceptando el apretón, aunque en su interior una vocecilla soltó: «¡Mentira!».

Sin más ceremonias, acabaron de despedirse amablemente y Mauresmais ordenó a Patrice que se hiciera cargo de buscarle un vuelo para aquella misma noche y la acompañara sin demora al aeropuerto, para que pudiera retornar cuanto antes a sus quehaceres.

\* \* \*

Mirando a Seamus después de haberle explicado lo sucedido, Lucía no supo qué más decir. Patrice la esperaba para llevarla al aeropuerto, y después del fracaso con Mauresmais pensaba que lo más lógico era subir a ese coche y volver a Barcelona.

—Y ahora, ¿qué harás? —preguntó Seamus.

Ella lo miró apesadumbrada, como si buscara las palabras apropiadas para no romperle el corazón.

—Debo irme —fue cuanto pudo decirle.

—¿Por?

—No hay nada que me ate aquí, he de recuperar mi vida y mi trabajo.

Se miraron fijamente a los ojos.

—Puedes quedarte unos días más —propuso Seamus sonriendo, esperando que ella aprovechara aquella oportunidad.

—No puedo —dijo Lucía con voz temblorosa—, tengo que regresar a Barcelona.

—Si te sientes culpable por abusar de mi amabilidad, puedo darte trabajo en el restaurante.

Ella sacudió la cabeza negativamente.

—Pero...

Lucía lo detuvo con la mano, no quería que siguiera. No quería que le propusiera otro plan para que se quedara. Deseaba hacerlo, que no hubiera nada en Barcelona que la obligara a volver y que en Ploumanac'h hubiera algo que la convenciera de quedarse. Sin embargo, las cosas no eran como ella deseaba. Las cosas eran como eran y su obligación era regresar a su casa y despedirse de aquellas costas, de aquellas piedras rojizas, de la gente que había conocido y, muy a su pesar, de Seamus.

Él no dijo nada más, veía en la expresión de Lucía que no cambiaría de idea por mucho que él se lo pidiera. Triste y resignado, la dejó sola en su casa para no ver cómo empezaba a empacar las cosas en su pequeña maleta. En aquella con la que la vio aparecer una semana antes, perdida y empapada de arriba abajo, buscando un lugar donde dormir.

Cerró la puerta tras él y bajó las escaleras mientras una triste sonrisa aparecía en su rostro. Aquella semana había sido una de las más divertidas y entretenidas de toda su vida. Desde que llegó a Ploumanac'h años atrás, había llevado una existencia tranquila, trabajando en su restaurante y sin apenas dedicarse tiempo a sí mismo. El poco que tenía lo pasaba mirando películas, escuchando música o jugando a la videoconsola. Se podría decir que su vida era apacible, pero también aburrida y monótona. Sin embargo, siete días antes aquella chica que había irrumpido con fuerza en su día a día la había trastocado por completo. Las tareas más rutinarias, como preparar el desayuno o despertarse, se habían convertido en todo un espectáculo gracias a ella.

Seamus tenía claro lo que sentía. Quería intentarlo con Lucía. Quería poder decirle aquello que se repetía para sus adentros cada vez que la veía sonreír. Quería volver corriendo a su casa y confesarle que la quería, que la amaba, que

deseaba que se quedase para probar si aquello era cierto o solo un arrebató de un tipo solitario. Pero había llegado tarde, su mano ya estaba en el pomo de la puerta que daba acceso al restaurante. A medida que lo giró sintió cómo su corazón se resquebrajaba un poco más. Respiró profundamente, se obligó a sonreír para que nadie le hiciera preguntas a las que no quería responder, y entró.

Lucía no tardó demasiado en bajar. Apareció cargando su maleta, que parecía haber engordado desde que llegó. Con una sonrisa forzada empezó a despedirse de Guido, de Georgette, a la que le dio un fuerte abrazo, de los tres parroquianos, que le desearon un feliz y más afortunado viaje de vuelta, y de Seamus. Su sonrisa también era forzada. Se miraron durante unos instantes a los ojos y, sin decirse nada, como si con aquella mirada se lo hubieran contado todo, la joven salió del restaurante.

Seamus, llevado por un extraño sentimiento, fue tras ella. Tal vez porque quería despedirse como un perfecto anfitrión, o tal vez porque aún albergaba la esperanza de que Lucía decidiera quedarse.

—Adiós —pronunció mientras ella cargaba la maleta en el asiento de atrás del coche de Patrice.

Lucía volvió sobre sus pasos y subió los pocos peldaños frente al restaurante.

—Antes de que se me olvide, toma esto —dijo ofreciéndole algo que tenía entre sus manos.

Era el reproductor mp3 de Seamus.

—¿Lo tenías tú? —preguntó él falsamente sorprendido.

—Como si no lo supieras... —respondió ella.

Por primera vez en aquel día, ambos sonrieron de verdad.

Lucía se acercó y, con la mayor de las ternuras, le dio un beso en la mejilla. A Seamus le pareció que aquel beso era el más dulce que jamás le habían dado.

—Adiós —dijo ella tras separarse.

Seamus se despidió con la mano, mientras ella lo miraba entristecida desde detrás de los cristales del coche.

Y se quedó allí plantado, a la puerta de su restaurante, hasta que vio cómo aquel vehículo en el que iba Lucía desaparecía tras una curva.

«¿Volveré a verte alguna vez?». Era la pregunta que debía haberle hecho antes de que se marchara. Ahora estaba solo, y no había nadie que pudiera responderle.

## XXVII

El avión con destino a Barcelona procedente de París tomó tierra sacudiendo a todos sus pasajeros y tripulantes. Entre ellos Lucía, con la mirada perdida mientras todo el mundo se movía a gran velocidad alrededor de ella. No estaba atenta a lo que sucedía. Desde que abandonó Ploumanac'h su cabeza le decía que todo aquello era un sueño.

No se percató del chasquido de los cinturones que se desabrochaban. Como era habitual en los vuelos comerciales, las azafatas tenían que lidiar con pasajeros apresurados y nerviosos que, prácticamente, parecían querer saltar en marcha del aparato. Pero ella seguía sentada en su asiento, sin prestar atención al nerviosismo de sus compañeros de viaje. Todos aquellos turistas, ejecutivos y viajeros se habían levantado apenas el avión tocó el suelo y luchaban por ser los primeros en sacar sus equipajes de los compartimentos y avanzar hasta la salida, justo detrás de la cabina del piloto.

El avión hizo sus correspondientes maniobras para encarar la puerta con el túnel extensible que lo conectaba con el aeropuerto. Finalmente, tras unos minutos en los que los pasajeros se apretujaron en el estrecho pasillo central, los técnicos permitieron que las azafatas abrieran la puerta. Una marabunta de gente casi las tumba. Entre empujones y golpes con las maletas y los codos, en apenas unos minutos, la cabina del avión había quedado vacía.

O no tanto. Porque Lucía aún permanecía dentro, embobada, contemplando las rayas blancas pintadas en el suelo de la pista.

—Disculpe, señorita, hemos llegado, ya puede bajar —le advirtió una de las azafatas, sorprendida de ver a alguien que no había enloquecido por bajar del avión.

—¿Qué? —preguntó ella distraída.

—Debemos desalojar la cabina, usted es la última pasajera que queda a bordo —le explicó la amable azafata.

—¿Ah, sí? Disculpe, no me había dado cuenta.

La azafata sonrió falsamente comprensiva, sin creer que aquella mujer no se hubiera percatado del alboroto que había organizado el resto de los pasajeros.

Lucía, sin alterarse ni ponerse nerviosa, se desabrochó el cinturón y se levantó dispuesta a salir del aparato. Al recorrer el pasillo, la azafata, que la seguía de cerca comprobando que ningún viajero se hubiera dejado nada, observó que no llevaba maleta.

—¿Ya ha cogido su equipaje? —preguntó. En una época en la que todo el mundo lleva el equipaje más pequeño posible para abandonar el aeropuerto cuanto antes, sin tener que esperarlo en la cinta transportadora, era extraño que aquella mujer hubiera facturado el suyo.

—No, lo he facturado en París.

Lucía cruzó la puerta y, con una misteriosa amabilidad que no reconocía ni ella misma, miró al grupo de azafatas que esperaban a que bajara del avión y se despidió.

—Adiós, y muchas gracias.

El grupo de empleados de la compañía, a la que se había unido uno de los oficiales de la cabina, respondió cortésmente, y la joven comenzó a recorrer el túnel de acceso a la terminal.

Igual que si diera un paseo por el parque, caminó con total tranquilidad por el aeropuerto de Barcelona. Aprovechó las cintas transportadoras para mirar, relajadamente, todo lo que la rodeaba, como si fuera la primera vez que estaba en ese aeropuerto o en cualquier otro del mundo. Al llegar a la sala de recogida de equipajes, en lugar de buscar a la desesperada el suyo esperó que la pequeña y rechoncha maletita apareciera sobre la superficie de caucho negro. La cogió, comprobó que seguía cerrada, extendió el asa y siguió con su paseo hacia la salida.

No había avisado a nadie de que volvía, por lo que nadie iría a recogerla. Por un segundo pensó en Eduardo y en lo práctico que hubiera resultado que fuera a buscarla. De todos modos, por mucho que hubiera querido llamarlos, seguía sin teléfono móvil. Así que, sin acelerar el paso para ganar tiempo, salió y buscó la parada de taxis. Se dirigió hacia la cola de clientes. Tampoco se preocupó cuando un elegante ejecutivo la adelantó para ganar una posición.

Avanzando poco a poco, la cola fue menguando frente a Lucía hasta que pudo montarse en un taxi.

—Hola —dijo el conductor mientras tragaba el último pedazo de su bocadillo, que, por el olor, debía de ser de salchichón.

—Buenos días —respondió Lucía.

—¿A dónde la llevo? —preguntó sorprendido de que su nueva pasajera no se lo hubiera dicho todavía.

Lucía lo miró, no sabía a dónde ir. En realidad no sabía ni la hora que era.

—¿Qué hora es? —le preguntó.

—Las seis menos cinco —respondió el taxista tras mirar su pequeño reloj de pulsera.

Lucía pensó. Era un día entre semana, así que lo mejor sería ir al trabajo y después ver qué hacer. Le dio la dirección al taxista que, sin dudarlo, arrancó su coche y se puso en camino hacia Barcelona, concretamente hacia la Diagonal.

El viaje en el taxi transcurrió en un abrir y cerrar de ojos, pues fue tan distraída como durante el vuelo. Al bajar del vehículo no pudo dejar de contemplar el edificio en el que estaba ubicada su agencia. Era el clásico edificio de la Diagonal de finales del siglo XIX, remodelado para albergar oficinas como la suya. Antes de entrar miró a ambos lados de la calle. Aquella amplia avenida solo estaba iluminada por la tenue luz del alba que conseguía penetrar entre los árboles. Seguramente todavía no eran las siete, y hasta las nueve o las diez no llegarían Berta y su hermana. Tendría tiempo de ordenar las ideas que en aquel momento ocupaban su abstraída cabeza.

Cuando abrió la puerta de la agencia le pareció otra: sin luz, sin su hermana hablando por teléfono a gritos con su madre, sin Berta haciendo la chafardera. Incluso hubiera podido decir que no era la suya. Un suave resplandor se colaba entre las tiras de las persianas. Se dirigió a su despacho perezosamente, sin querer retomar su vida allí donde la había dejado. Estaba igual que una semana atrás, como si por él no hubiera pasado el tiempo. Los montones de papeles seguían acumulados, las carpetas repletas de informes apiladas, tan solo algunos pósits se habían despegado de la pantalla de su ordenador y caído sobre la mesa. Si no hubiera sido por aquel pequeño detalle, Lucía habría pensado que en realidad nunca abandonó Barcelona y que su visita a Ploumanac'h solo fue fruto de su imaginación o su subconsciente.

Se sentó en su silla con la intención de completar y archivar algún informe, deseando que aquello volviera a darle el ritmo habitual a su vida. Sin embargo, no quería hacer nada de todo aquello. Prefería tomarse un buen desayuno, como los que había aprendido a hacer, y después bajar a un restaurante.

«¿Se puede saber qué estás diciendo?», se preguntó, como si acabara de descubrirse pensando en algo en lo que no podía pensar.

Observó con desgana los papeles de trabajo que tenía enfrente. Debía retomar su vida, pero estaba claro que el trabajo no iba a ser el primer paso.

«Debería haber ido a casa», se dijo apesadumbrada.

Sin darle más vueltas al asunto, se levantó, cogió su maleta y salió por donde había entrado. Al llegar a la calle, el aire fresco de la mañana la rodeó, el sol había subido lo suficiente como para considerar que la madrugada había pasado. Sin ganas de detenerse a buscar un taxi por las desiertas calles de

Barcelona, hizo algo que nunca antes se hubiera imaginado que haría: volver a casa caminando.

Tras un largo paseo llegó a su piso. Abrió y comprobó que había alguien. Deseaba no encontrarse con nadie, poder darse un baño y relajarse un poco antes de volver a su realidad. Por un segundo pensó que, quien hubiera visto su comportamiento y sus decisiones erráticas, habría pensado que no estaba muy bien de la azotea. Pero no tuvo tiempo de cavilar más, pues nada más cruzar el umbral de la puerta la voz de Teresa interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué te has dejado, Claudia? —preguntó desde la cocina.

—No soy Claudia, soy Lucía —respondió mientras se dirigía hacia donde estaba Teresa.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó la mujer al verla—. Todos estábamos muy preocupados.

Sin darle tiempo a responder, le dio un fuerte abrazo.

—Gracias, estoy bien.

—¿Por qué no has avisado de que venías?

—Decidí volver de improviso, más o menos como cuando me fui.

Teresa estaba planchando, tenía la tabla abierta en mitad de la cocina con un montón de ropa arrugada a un lado y prendas perfectamente dobladas y apiladas al otro. Lucía dejó la maleta en un rincón y después se sentó en una de las sillas de la cocina.

—Y bien, ¿cómo te ha ido en Francia?

La joven se encogió de hombros. En cuestiones de trabajo había sido un desastre y, personalmente... Ella lo había convertido en un desastre.

—Normal, las cosas no han salido como quería, pero al menos he desconectado un poco —no sabía si hablaba del trabajo o de ella.

Teresa siguió planchando alegremente al saber que Lucía había regresado sana y salva. Como la chica no decía nada, empezó a explicarle cómo su familia estaba en alerta desde que había abandonado Barcelona, y lo preocupados que estaban por Eduardo. Lucía sonrió al oírlo, pero no le afectó en ningún sentido.

Sin prestar demasiada atención a la verborrea de Teresa, que no paraba de hablarle de todo lo sucedido durante la semana que había estado fuera, se levantó de la silla y se acercó a la tabla de planchar. Empezó a buscar la ropa interior en el montón de la derecha, y a doblar con bastante habilidad y fluidez calcetines y camisetas.

—¿Qué haces? —preguntó Teresa sorprendida.

—Doblando la ropa que sé que no vas a planchar —respondió Lucía despreocupadamente, como si aquello fuera lo más normal del mundo.

—¿Te encuentras bien? —Teresa dejó la plancha y se acercó a Lucía.

—Sí, claro.

La mujer no salía de su asombro ante el extraordinario comportamiento de Lucía. Ya le había extrañado verla vestida con unos vaqueros, un jersey cualquiera y unas zapatillas deportivas, luciendo un rostro limpio de maquillaje y andando tranquilamente, sin prisas. Pero lo de doblar la ropa empezaba a preocuparle. Algo le había sucedido allá donde fuera que hubiera ido, pero el cambio era gratamente sorprendente, así que optó por no decir nada. Por primera vez en toda su vida Lucía la estaba ayudando, así que lo mejor era pasarlo discretamente por alto.

El resto de la mañana transcurrió con normalidad. Teresa siguió planchando mientras Lucía se daba un baño, ordenaba sus cosas y dejaba un nuevo montón de ropa sucia.

—¡Hala, ya tengo más faena! —exclamó Teresa bromeando.

—Bueno, ya pondré la lavadora —respondió Lucía mientras regresaba a su habitación.

No era la primera vez que Lucía proponía algo así y después no lo cumplía. Pero el colmo de las sorpresas del día llegó a la hora de comer. La mujer fue a su habitación y la encontró ordenando los armarios mientras se vestía.

—¿Ya saliste del baño? —preguntó Teresa.

—Sí, sí —respondió Lucía distraída.

—De acuerdo. ¿Te parece bien que lo limpie ahora y después prepare la comida?

—Genial.

Teresa cogió las cosas que necesitaba y entró en el baño, que estaba al lado de la habitación. Pero cuando la llamó para preguntarle qué deseaba comer no obtuvo respuesta. Lucía no estaba en su habitación, y se oía ruido de sartenes y cacerolas en la cocina.

Imaginándose lo imposible, Teresa, sin quitarse los guantes de limpiar, fue corriendo hasta allí y contempló la escena más extraordinaria que jamás había visto: Lucía estaba friéndose una hamburguesa.

—Lucía, ¿qué haces? —le preguntó al verla tras los fogones.

—La comida, es la hora de comer y después quiero ir a trabajar —respondió ella—. Así que, mientras tú limpiabas el baño, he decidido aprovechar el rato.

La mujer la observó con los ojos abiertos de par en par.

«Esta no es Lucía, me la han cambiado», pensó.

—Lo de que vayas sin maquillar tiene un pase, lo de doblar la ropa me ha sorprendido pero tampoco he dicho nada, incluso que hayas puesto la lavadora.

Pero verte cocinar me ha superado... Dime, ¿qué te ha pasado estos días? — preguntó preocupada.

—Bueno, me he visto obligada a hacerme la comida, a limpiar y a ese tipo de cosas.

—En tu puñetera vida has dado palo al agua en casa, y ahora vuelves convertida en alguien completamente diferente.

—Me he dado cuenta de que no necesito a nadie...

Lucía no continuó. Sí, se había dado cuenta de que no necesitaba a nadie, solo a aquel que le hizo ver que había algo más aparte del trabajo, las comodidades y tener a otros que le hicieran las cosas. Comprendió que solo necesitaba a Seamus. Pero tuvo que dejar de pensar en él antes de que la hamburguesa se le quemara. Tras salvar el trozo de carne, Teresa se acercó a ella y la miró con ternura.

—¿Sabes? Puede que estos días te hayan cambiado, pero ha sido para bien.

## XXVIII

Lucía caminaba por la Diagonal, cerca de la plaza de la Reina María Cristina. Había salido de casa hacía unos minutos con la intención de coger un taxi o un autobús que la llevara hasta la agencia; sin embargo, el paseo la había enganchado. Primero decidió llegar hasta la avenida de Pedralbes; después, al no encontrar transporte público, optó por bajar hasta la Diagonal, y al llegar a ella se dijo: «Total, ya casi he llegado». En pocas palabras, Lucía estaba yendo a pie hasta su trabajo.

Como Teresa había podido comprobar, aquella no era la primera cosa rara que hacía ese día. Además de ir a trabajar andando, cocinar, doblar la ropa y prometer que pondría una lavadora, había salido de casa vestida de un modo completamente diferente al que acostumbraba.

Mientras decidía qué ropa ponerse, había empezado a probarse alguno de los numerosos vestidos de marca que tenía en el armario, pero al mirarse en el espejo se vio demasiado arreglada, sobre todo después de haber descartado el maquillaje, una vez más. Por otro lado, hacía días que había renunciado a alisarse el cabello, y lucía su melena morena y ondulada, casi rizada. Finalmente, optó por unos vaqueros, que eran de marca pero apenas se los había puesto, las zapatillas que Berta le había dejado y que había utilizado todos los días que estuvo en Ploumanac'h y una camiseta lisa con un jersey que se había comprado con Georgette.

Como no tenía ningún bolso acorde a su nuevo *look*, tan deportivo, guardó una pequeña carterita en el bolsillo de su pantalón y las llaves en el otro.

«Total, para ir a trabajar tengo de sobra», pensó al mirarse por última vez en el espejo antes de salir.

—¿Irás así vestida? —preguntó Teresa al despedirse de ella.

—Sí, ¿por qué no? —contestó Lucía atusándose sus rizos frente al espejo del recibidor, mientras la mujer la observaba sin salir de su asombro.

Teresa no respondió, solo sonrió. Sospechaba que aquellos cambios de actitud no tenían nada que ver con una rebeldía hacia su madre o un enfado con Eduardo, sino que había algo, o alguien, que a aquella muchacha le había cambiado la vida.

A pesar de no estar muy acostumbrada a los paseos, Lucía disfrutó de la caminata. Anduvo por la acera de la Diagonal, bajo los plátanos que poblaban la avenida barcelonesa. Los rayos del sol del mediodía atravesaban las hojas y le daban el calor suficiente para contrarrestar el fresco de la brisa que bajaba desde el Tibidabo. Incluso, si forzaba el oído por encima del ruido de los coches, podía oír el canturreo de algún pájaro o el chirriar de los loritos verdes que vivían en las copas de los árboles de la ciudad.

El paseo le ocupó más tiempo de lo esperado porque se distraía con cualquier cosa. Y Lucía entendió, por primera vez, que gozaba con la naturaleza, por muy escasa que fuera en Barcelona. ¡Incluso pensó en ir al zoo!

Mientras oía y sentía todo aquello, no pudo evitar recordar el pueblecito de la costa bretona que se alzaba sobre grandes piedras rojizas, en las que el mar chocaba sin cesar.

«No pienses en Ploumanac’h —se ordenó—. No pienses en... Ni tan solo digas su nombre». Y no porque no deseara pensar en él o verlo, todo lo contrario; lo que pasaba es que no quería echarlo de menos.

Sumida en sus pensamientos, apenas se dio cuenta de que había llegado al trabajo. Subió hasta la agencia y, como si no se hubiera ausentado, entró como cualquier otro día.

—Buenos días.

—Buenos... ¡Lucía, has vuelto! —exclamó Claudia con alegría desde detrás de su escritorio, pero enseguida cambió de actitud—. Pero ¿qué te has hecho? —añadió señalándola de arriba abajo.

—Claudia, cariño, esto se llama un cambio de *look* —contestó Lucía cogiéndola por los hombros antes de abrazarla.

Instantes después de que soltara a su hermana pequeña, que seguía atónita por el aspecto de Lucía, apareció Berta.

—Hola, ¿cómo ha ido por...? —se detuvo y contempló a Lucía desde lejos—. Espera, espera, espera. ¿Esto es un cambio de *look*? ¡Ni tan siquiera pareces la misma persona!

Lucía sonrió. En parte, ya no era la misma persona.

—Me parece que tienes que contarme bastantes cosas —dijo Berta.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto —añadió su compañera cogiéndola de la mano y llevándosela hacia su despacho—. Te haces cargo de la agencia —ordenó a Claudia.

—Vale, pero recuerda que hoy acabo antes, que viene Eduardo —respondió.

—¿Eduardo? —preguntó susurrando Lucía.

—Que tú tengas que contarme cosas no significa que aquí no haya sucedido nada importante.

—¿Pero Eduardo?

Al llegar a su despacho, Berta cerró la puerta. Suponía que si su amiga le confesaba algo no querría que su hermana se enterara. Ocupó su silla tras la mesa y Lucía se sentó en una de las que había enfrente. Normalmente se reunían en el despacho de Lucía, que por algo era la jefa, y le sorprendió lo ordenado que tenía Berta el suyo en comparación con el de ella.

—¿Por qué crees que tengo algo que contarte? —preguntó deseando que Berta le sonsacara la confesión que ella misma se negaba.

—Nadie cambia de *look* tan radicalmente porque sí, siempre hay una razón importante tras ello. Y, en este caso, creo que la razón no es algo, sino alguien, ¿me equivoco?

—No, pero sí —respondió Lucía enigmática.

—No seas puñetera, confiesa —insistió Berta enfocándola con la luz de su escritorio.

Lucía rio por la broma mientras pensaba en qué decirle y cómo hacerlo.

—Conocí a un chico. Era muy amable, me ayudó cuando llegué, simpático y agradable. Incluso me acogió en su casa cuando me quedé sin hotel.

—Perdona... ¿¿Qué?! —exclamó Berta—. ¿Has estado durmiendo en el sofá de un chico? Espero que sea soltero y...

—Sí, es soltero, no es gay, y es muy guapo. Pero también dormí en su cama —explicó Lucía esperando ver la reacción de Berta.

Su compañera abrió los ojos y la boca hasta donde físicamente pudo, como si estuviera gritando sin pronunciar palabra alguna.

—Pero no pasó nada, o eso creo.

—¿Cómo que eso crees?

«¡Mierda!», pensó Lucía. Se le había escapado lo que no se le debía haber escapado.

—Bueno, una mañana nos despertamos desnudos en su cama.

—¿Y no lo recuerdas? ¿Cómo es eso?

—La noche anterior bebimos más de la cuenta y...

—Una cosa llevó a la otra, pero no lo recuerdas.

—Exacto.

Berta la observó. A pesar de aquella cierta tristeza en sus ojos, veía a su amiga feliz, radiante. Tenía la cara iluminada a pesar de no llevar maquillaje. Vestía de cualquier forma, como si no le importara lo más mínimo lo que pensaban los demás. Como si solo le importara lo que pensara una persona, en concreto, un chico.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —le espetó de repente.

Lucía se asustó.

—¿Por qué narices no te has quedado en... comoquiera que se llame ese sitio?

—Ploumanac'h.

—¡Eso! ¿Por qué no te has quedado con...? ¡Ni siquiera me has dicho cómo se llama!

—Seamus.

Berta agradeció la información y cogió aire.

—¿Por qué no te has quedado en Ploumanac'h con Seamus?

—Porque no había nada que hacer con el cuadro, que por cierto no me has preguntado nada...

—Me la suda el cuadro —la interrumpió Berta—. Debes ir con él, con Seamus.

—Apenas lo conozco, seguro que se trata de un amor pasajero. Puede que ni sea eso, que solo se trate de atracción.

—Pero por él has cambiado tu forma de vestir, incluso se te ve tranquila. Seguro que no has discutido con nadie desde que lo has dejado, ¿cierto?

Lucía pensó en ello. Su carácter era belicoso por naturaleza, pero desde que había conocido a Seamus había discutido muy poco, y desde el momento en que lo abandonó no lo había hecho con nadie.

—Pero sigo sin conocerlo, no puedo irme a vivir a ese pueblecito y dejar mi trabajo, mi familia y mi ciudad.

—Lucía, lo que conoces de él te gusta, el resto puedes cambiarlo con el tiempo —insistió Berta.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó la joven asustada.

—Conseguir un coche, conducir las horas que sean necesarias hasta Ploumanac'h y tirarte a los brazos de Seamus.

Lucía se levantó de golpe. Le daba igual no saber dónde conseguir un coche. El último se había quedado tirado en mitad de la carretera, recordó, pensando en el pequeño Twingo que la había llevado hasta Seamus por primera vez.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —Berta la empujó fuera de su despacho.

Al salir se encontró con quien, días atrás, hubiera detestado encontrarse, Eduardo.

—¡Lucía! —exclamó él al verla, separándose rápidamente de Claudia—. Quería disculparme...

—Queda todo perdonado —le interrumpió—. Y lo que sea que tengas con mi hermana espero que sea sincero, porque si no te capó.

—Vale —respondió él protegiendo su entrepierna.

Sin despedirse de ninguno de los presentes, y de nuevo sin teléfono, Lucía se dirigió hacia la puerta de salida. Pero en el último instante se dio la vuelta. Podía ser que la suerte empezara a sonreírle de nuevo.

—Una última cosa, Eduardo. Necesito tu coche.

—¿Para? —preguntó él titubeando.

—Asuntos personales.

—Pero...

—Si no haces más preguntas, además de perdonarte te consideraré un buen amigo.

El chico no supo qué decir. Sentía algo por Claudia y lo mejor para su relación era no tener a Lucía en su contra. Así que, a pesar de lo mucho que quería a su coche, rebuscó las llaves en el bolsillo del pantalón y se las lanzó a Lucía. Ella las cogió al vuelo y salió de la agencia.

Como era de esperar, el cochazo de Eduardo estaba aparcado sobre la acera, frente a la entrada.

«Menudo capullo», pensó mientras subía.

Puso las llaves en el contacto y arrancó. La radio empezó a sonar de repente, Eduardo debía de haberla dejado encendida. A través de los altavoces Lucía escuchó las notas de *Ain't No Mountain High Enough*, como si fuera una señal de que su suerte había cambiado.

Pisó con fuerza el acelerador y se incorporó al tráfico. Se situó en el carril de la izquierda y aceleró a fondo. No tenía que preocuparse de nada, solo de llegar a Ploumanac'h.

«Total, las multas serán para Eduardo», pensó entre carcajadas mientras adelantaba a un coche tras otro.

\* \* \*

Seamus cerró la puerta de su restaurante, como hacía al acabar cada jornada después de que Georgette y Guido le desearan buenas noches. Cruzó el oscuro y solitario comedor y se dirigió hacia las escaleras que subían hasta su casa. Pisó los peldaños pesadamente, como si no quisiera llegar nunca arriba. Sabía que una vez allí seguiría solo, como todas las noches, como todos los días. Excepto los últimos. Había sido divertido... Había sido entretenido... Había sido maravilloso compartir su casa durante ese tiempo. Ahora deseaba que nunca hubiera terminado. Pero su compañera de piso se había ido mientras él, como un

estúpido, se quedó ahí sin decir nada. Sin insistir en que se quedase. Sin decirle lo que realmente sentía.

Cerró la puerta tras él. Desde que Lucía se marchó solo se había dedicado a cerrar una puerta tras otra. No sabía si lo que sentía era algo temporal, pero su ausencia se le hacía tan difícil que llegó a creer que había algo más que simple atracción. Nunca lo sabría.

«Mira que eres estúpido», pensó mirando el sofá que, durante unos días, había estado invadido por las cosas de ella.

Tenía que quitársela de la cabeza, no serviría de nada que le diera más vueltas a lo que sentía. No volvería a verla. ¿Cómo iba una chica de la gran ciudad a renunciar a todo por estar con él? Convencido de que era imposible que aquello sucediera, caminó hasta la mesa del comedor. Sobre ella estaba el reproductor que ella le cogió y que él no había vuelto a enchufar desde que se lo había devuelto.

La música siempre le había ayudado. Una de las cosas de las que volvería a disfrutar ahora que Lucía no estaba era despertarse escuchando AC/DC. Cogió el pequeño aparato y lo conectó al sistema de altavoces de su casa. Le dio al *play* y la reproducción automática le empezó a ofrecer canciones.

Apenas había empezado a oír la primera cuando pulsó el botón para pasar a la siguiente. Hizo lo mismo con la segunda y con la tercera, y a las otras cinco ni siquiera las dejó sonar. No había ninguna canción que le gustara. Eso solo podía decir una cosa: no estaba de humor. Había algo que no le dejaba pensar con claridad, y sabía perfectamente de qué se trataba.

Desde la marcha de Lucía no había podido centrarse. Hacía el trabajo, pero sin su energía habitual. Servía los platos sin desear buen provecho, entregaba la cuenta sin su habitual sonrisa, estaba tras la barra sin intercambiar más palabras de las necesarias con sus clientes y amigos. Dominique, Gérard y Jean-Pierre lo habían querido animar con una de sus discusiones, pero solo habían logrado que se fuera a la cocina a limpiar los platos.

—Hay lavavajillas —le dijo Guido extrañado.

—Lo sé —respondió Seamus frotando con fuerza una cacerola.

—Ya veo, pero...

—Déjalo, necesita estar solo —le susurró Georgette al ver a su jefe y amigo fregando enfurecido.

Había pasado todo el día haciendo tareas pesadas y repetitivas para calmar los nervios. Unos nervios que no había sentido desde que abandonó Londres. Y ahora volvían a él por una chica. Si la primera vez fueron lo suficientemente fuertes como para que se decidiera a dejar la ciudad de toda su vida, esta vez serían capaces de hacerle cometer cualquier locura.

Seamus volvió a pulsar el botón para pasar a la siguiente canción, como si en ello le fuera la vida.

«Debería hacer algo», pensó deteniéndose en seco. Una nueva melodía empezó a sonar, pero no le prestó atención. A medida que escuchaba la letra una descabellada idea se abría paso en su cabeza.

«No, no puedo hacerlo», pensó. Y entonces fue consciente de lo que estaba oyendo.

—*You don't have to worry. 'Cause baby, there ain't no mountain high enough, ain't no valley low enough, ain't no river wide enough to keep me from getting to you...*

«Voy a hacerlo», se dijo. Y cogió las llaves. Pero cuando se disponía a parar la música, le pareció oír el sonido de un coche que se detenía frente a su casa. Al principio no le dio mayor importancia, pero entre las notas de la canción le pareció oír que alguien golpeaba la puerta. Puso atención y no escuchó nada, así que volvió a hacer el gesto de detener la música. Entonces los golpes se repitieron.

Malhumorado por la inesperada interrupción, Seamus bajó al restaurante y fue a averiguar quién le estaba molestando. Era una mujer. Una chica. La única a quien en aquel momento quería ver.

Su expresión cambió de golpe. Ya no estaba molesto, solo podía sonreír como un idiota. Como un idiota enamorado.

Abrió la puerta con nerviosismo.

—Creía que no lo oirías con la música —dijo Lucía cuando estuvo frente a él.

—¿Qué...? ¿Qué haces aquí? —tartamudeaba Seamus sin saber qué más decir o hacer.

—Quiero ese empleo de camarera —le respondió Lucía con la sonrisa más bonita que él había visto jamás.

La abrazó con fuerza por la cintura, la levantó un palmo del suelo mientras ella sonreía como no lo había hecho nunca. Con sus miradas entretejidas y unidas para siempre, Seamus cerró la puerta tras ellos sin soltar a Lucía y ambos se fundieron en un abrazo esperando que durara eternamente.

Mientras atravesaban el comedor y subían por las escaleras hacia la casa, sin separarse ni un centímetro, el mp3 cambió de canción y empezó a reproducir *Accidentally in Love*, de Counting Crows.

Llevados por una pasión irrefrenable, como si aquellas veinticuatro horas separados hubieran sido años, empezaron a besarse y a abrazarse nada más cruzar la puerta. Sin separar sus labios ni sus cuerpos avanzaron hasta la

ABBY BAKKER

**AL MAL  
TIEMPO  
BUENA  
CARA**

**D.J.57**

**Click**  
EDICIONES

habitación y se dejaron caer en la cama mientras la música seguía sonando por todos los altavoces de la casa.

—*These lines of lighting mean we're never alone. Never alone, no, no...*

## Notas

---

- 1 En Francia, casa de campo, generalmente residencia de un noble o señor.

*Al mal tiempo buena cara*  
Abby Baker

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Abby Baker, 2018

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta  
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18134-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

EN  
FEMENINO

---



¡Síguenos en redes sociales!

